

no  
fue  
pecado



S. M. VANESA

No fue  
pecado



S. M. Vanesa

Copyright © 2019 Vanesa Serna Martínez.  
Todos los derechos reservados.  
ISBN: 9781073768738

Email: [vane.serna@outlook.es](mailto:vane.serna@outlook.es)  
Wattpad: @Secretosville  
Diseño de portada: Vanesa Serna  
Edición: Vanesa Serna

Está expresamente prohibido copiar, transmitir, retransmitir, transcribir, adaptar, almacenar o reproducir por cualquier medio electrónico o mecánico el contenido de esta o alguna de mis otras obras, ya sea parcial o totalmente.

## DEDICATORIA

Para todos aquellos que alguna vez perdieron la esperanza en el amor, en las personas. Recuerden que en alguna parte del mundo existe esa chispa que los hará vibrar, sonreír, sobre todo confiar sin miedo a fracasar.

# Parte I



No fue pecado

Porque enamorarse de una persona imperfecta,  
aceptarla cómo es y lidiar con los obstáculos  
que se atraviesen a lo largo de la relación, de sus vidas,  
con sus demonios internos y recuerdos tormentosos,  
no es ni será nunca un pecado.

## Prefacio



## Evelynn

—¿Recuerdas lo que te dije años atrás? —susurra en mi oreja seductoramente, desabrochando sin ningún esfuerzo el primer botón de mi playera. Asiento con la respiración agitada, observando su torso desnudo, en especial ese lunar endemoniado que me atrapó desde los quince años.

Claro que recuerdo lo que dijo, ni en mil años lo olvidaría, debería estar realmente loca para hacerlo.

—No soy estúpida para no hacerlo —digo rauda, tosca, perdiendo la vista en cualquier punto lejano menos en él.

—Refresca mi memoria, preciosa —su ronca voz inunda mis tímpanos sin esfuerzo dejando así sus manos traviesas dibujar círculos en la parte baja de mi espalda. Muerdo el interior de mi mejilla, ignorando por completo ese cosquilleo en mi centro que me está volviendo loca, que me debilita los sentidos y neuronas.

¡Esto es tortura!

—N-no diré eso, idiota —balbuceo jadeante.

Había olvidado lo cuán excitante es su roce contra mi piel, lo satisfactorio que es sentir esa mirada hambrienta recorrer mi cuerpo con ansiedad, con lujuria intensa, de aquella que te doblega tus sentidos sin piedad, sin razón.

Lástima que esos momentos se esfumaron y solo quedaron migajas, fragmentos que no pretendo revivir.

—No te lo estoy pidiendo, Lynn, ya deberías saber eso —la posesividad en su tono seca mi garganta como un desierto, tal parece que no he ingerido agua en años.

A veces puede ser intimidante y estos años de haber perdido comunicación le asentaron muy bien. Demasiado para su propia salud... y la mía. Sin embargo, no me dejaré engañar por segunda vez, aprendí la lección, vaya que lo hice.

Él sólo me desea de una forma: desnuda y en su cama, algo en lo que no pretendo complacerlo. Porque él es, fue, y siempre será solamente una persona con quien compartí momentos, nada más.

Y si me atrevo a decir, también fue mi gran error.

—Te quedarás con las ganas, bebé —le doy un golpe en el abdomen y salgo de ese maldito lugar antes de cometer alguna imprudencia de la cual luego me arrepentiré.

La niña estúpida e ingenua que se dejó engatusar en la preparatoria por el lobo feroz se perdió en aquel departamento junto con todos los malditos recuerdos agridulces y mentiras.

Esta es la última vez que Hinojosa me ve la cara de estúpida.

Agitada bajo las escaleras de la terraza con ímpetu y me pierdo entre la multitud que se mueve al ritmo de la música pegajosa. Debo mantener la calma si realmente deseo no caer en sus redes

tentativas cómo en los viejos tiempos, así que hago lo mejor que sé; sigo el ritmo de la música y meneo mi cuerpo con soltura, derrochando sensualidad hasta por las pestañas, o eso quiero creer.

Sin vergüenza, y valiéndome una mierda que necesito llegar temprano a casa, sacudo mi cadera de un lado a otro dejando que el sonido me guíe por un mejor camino, uno lejos de él, de sus palabras, de sus ojos y presencia, sobre todo un camino alejado de todas las personas en este antro de mala muerte al cual nunca debí venir. Pero no pasa ni media canción cuando siento unas manos enormes colarse por mis caderas agitadas.

Pego un brinco.

No obstante, ignoro a esa persona y continúo bailando con más soltura, elevando mis manos al aire para mayor acceso al movimiento, rozando así mi trasero con algo duro, algo que enciende aquella llama apagada y que claramente manda ondas electrizantes por cada poro de mi piel morena.

Joder...

Es hora de divertirme, de abandonar aquellos sentimientos estúpidos que solamente dejaron cicatrices que sé jamás podrán ser curadas. Giro mi cuerpo entero y, sin miedo, sin tomarme el tiempo de escrutar al individuo que me manosea con descaro, estampo mis labios con los suyos que me reciben ansiosos, toscos.

Ya habrá tiempo suficiente para arrepentirme y echarme a llorar en un rincón por mis lamentos.

Claro, si la conciencia lo pide.



## Uno



## Evelynn

Las manos de ese hombre al que en un impulso besé, recorren con descaro mi trasero voluminoso mientras yo me aferro a su cuello definido, intentando profundizar más este beso sabor a hierbabuena que me tiene caliente, ansiosa, peor que una fogata en invierno. Su erección es presionada contra mi ombligo, acción suficiente para hacerme soltar un gemido lastimero que pronto es callado por unos labios carnosos y expertos. Así, sin más.

Su lengua navega dentro de mi boca, encontrando sin ningún esfuerzo la mía que lo espera deseosa de sentir esos cosquilleos intensos cargados de primeras veces, esa sensación mojada que enciende cada gramo de mi piel morena. Incluso puedo jurar que si continúa probándome de esa manera tan agresivamente sutil tocaré el cielo.

—¿Te parece si vamos a otro lugar? —gruñe en mi oreja una vez despegándose de mis labios pues el sonido de la música y los bullicios escandalosos de las personas en la pista no ayudan en nada.

En respuesta a su pregunta de doble filo, me encuentro depositando un beso en su pectoral descubierto, no comprendiendo del todo de donde saqué el coraje para hacer esta tontería que sólo una niña inexperta haría.

Él sonrío satisfecho y en cuestión de nada enlaza su mano con la mía para guiarme fuera del local, fuera de ese revoltijo aturdidor que lastimó mis tímpanos con música reggaetonera. En serio que Martin, el dueño del local, tiene malos gustos respecto a las canciones, eso es algo que no ha cambiado desde que era adolescente.

Sentir nuestras manos de esta manera cálida me hacen recordar la primera vez que Hinojosa lo hizo, aquella ocasión donde le permití guiarme hasta su recámara para que me hiciera suya, justo cómo lo estoy permitiendo con este hombre de ojos limón. ¡Maldición! Soy una perra que no sé da a respetar. ¿Pero cómo hacerlo si cuando lo hice decidieron botarme a un lado tal cual un pedazo de papel inservible? Además, sólo es sexo ¿verdad? Eso no le hace mal a nadie, al menos eso decía mi profesor de sexualidad en la universidad. “El sexo es cómo comer algún caramelo, te satisface durante momentos, pero al final te deja ansiosa por devorar algo más grande, más apetitoso. Algo mucho más intenso y poderoso”. Sí, mi profesor estaba loco, tal vez por eso perdió su puesto en la primera semana que ingresé a la facultad.

Llegamos a los estacionamientos, agitados, con sudor bajando nuestras frentes rojizas. Una punzada culpable se hizo presente en mi interior así que decidí cerrar los ojos e inhalar el aire fresco de Monterrey, aún con su enorme mano apretando la mía de una manera posesiva pero determinada que en vez de ponerme histérica me lograba calmar como si fuera alguna melodía de cuna.

Es ya de madrugada y el clima ayuda muy bien a relajar mis nervios, es lo que siempre hago al verme así, suelo salir a la terraza o subirme al techo de la casa, permitiéndome momentos a solas lejos de la cruda realidad. A veces los vecinos me ven raro, pues dicen que solamente los locos se suben al techo para tomar sol o cosas por el estilo, y la verdad es que ellos están mal. Si supieran lo beneficioso que es eso no estarían con sus caras largas ni lenguas filosas, es más, sus estados de ánimos mejorarían, puedo apostararlo hasta con los ojos vendados.

La calidez de momentos atrás abandona mi mano, dejando una sensación de tristeza desconocida a su paso. Abro los ojos de a golpe, visualizando a ese hombre que me escruta con ambos brazos cruzados sobre su pecho descubierto debido a la camisa en forma de “v” que cubre su escultura. Sus ojos lucen dilatados y su pantalón, el cual se encuentra ligeramente desabrochado, muestra una notable extensión que me hace agua la boca. Tan solo notar esa parte de su anatomía despierta y a la vista es suficiente para morder el interior de mi labio y sentir la temperatura corporal aumentar considerablemente.

—Vamos, suéltalo —habla y algo en mi cuerpo explota. Su voz es suave, pero a la vez ronca y sensual, nada comparada con la de ese imbécil. Incluso podía decirse que el desconocido está preocupado por esta situación al igual que yo. ¿Y cómo no? Si algo sale mal ambos perderíamos mucho en este juego seductor.

—¿Soltar qué? —respondo confundida, colocando ambas manos en la cadera.

Él suelta una pequeña carcajada que provoca un brinco en mi pecho. Zarandeo la cabeza, no es momento de pensar en esas cosas, no cuando me siento lastimada y vulnerable ante ese aspecto sentimental.

Solo ando en busca de diversión, nada más.

—Mira, no seré un experto en las mujeres, pero si soy observador y esos hombritos tensos — señala con su índice —, son producto de algo incómodo —finaliza acercándose a mí, pellizcando con delicadeza mi nariz gélida, gesto suficiente para activar una picazón en mis mejillas regordetas.

Su expresión es sensual, relajante, tanto que logra tranquilizar mis pensamientos, pero al mismo tiempo alborota las hormonas con sólo verle aquellos ojos verdes limón que me observaban atentos, coquetos, una combinación peligrosa para alguien como él.

Si hubiera significado concreto para el pecado, definitivamente lo sería él, no cabe la menor duda.

—Te equivocas —recito dándole la espalda, haciendo un esfuerzo grande por olvidar su mirada alucinante. Aquí lo importante es, ¿cómo demonio sabe eso? ¿Acaso escuchó mi conversación en la recámara con mi ex? Eso no podía ser posible, solamente estábamos nosotros dos, o eso pensé. Por eso detesto a Hinojosa, nunca fue bueno en hablar quedito, para todo tenía que hacer su escándalo atrayendo personas desconocidas.

—¿Eso crees? —susurra en mi oreja de una manera poco humana mientras sus manos grandes se posicionan en mis caderas. Presiona fuerte.

Su roce quema, arde, que incluso con la tela de por medio puedo sentir la tensión generada. No es que fuera experta en estos asuntos, a decir verdad, no salí con tanto hombre por miedo a ser lastimada como en el pasado, pero una mujer puede darse cuenta lo bueno que una persona del

sexo opuesto es con un toque suyo.

Al menos yo.

Porque estas manos prometen mucho, algo de lo que soy inexperta y me encantaría averiguar aún si implicara quemarme en el infierno más de una vez.

—Si —afirmo intentando ocultar el nerviosismo en mi voz. ¡Maldita sea! La piel es débil y teniéndolo jugueteando con mi cadera deja poco a la imaginación. Ni siquiera recuerdo lo que preguntó, su tacto es una distracción suficiente para aniquilar la poca sensatez vibrante en mi cuerpo.

—Hagamos algo —susurra ronco—, te invito un café y me cuentas que es eso por lo cual decidiste coger al primer güey del antro para follartelo —negocia aún con sus manos invasoras.

¿Un café? ¿Para qué quiero un jodido café a estas horas de la noche? Corrección, ¿para qué chingados necesito esa bebida estando caliente, deseosa por ser follada y desarmada? No tiene sentido.

—Eso no te incumbe en lo absoluto.

—Ahí te equivocas —chasquea su lengua y puedo asegurar que tiene una sonrisa torcida en sus labios—. Todo lo que tenga que ver con esta escenita me incumbe, por qué si no lo sabes, tus acciones, *chaparrita*, trajeron consecuencias —pego un respingo mortal cuando siento su ingle en mi trasero, haciéndome entender lo mucho que ese beso provocó. —Lo menos que puedes hacer es tomarte un café conmigo a ver si así logro calmar estas perras ganas de querer tomarte justo aquí.

Estoy dudosa ante su oferta. ¿Qué tal si es un secuestrador o un asesino que decapita a mujeres inocentes y vende los órganos? Yo no puedo arriesgarme a eso, menos sabiendo que tengo deudas pendientes. Pero al final mi negación no sirve de nada pues el “cara bonita, todas mías” sabe muy bien cómo convencer a una mujer con sólo una sonrisa torcida y un par de ojos hechizantes.

Pensándolo bien, esto es bueno, no siempre te encuentras con chicos dispuestos a dejar el suceso pasar sólo por un café y, en cierto modo, le agradezco de corazón.

Subo a su automóvil negro, cuidando lo mejor posible para no estropearle la pintura, joyas como estas deben ser cuidadas bien. Debatimos un momento al estar dentro pues él quiere una cafetería y yo otra, pero sabiendo lo terca que soy al final el hombre acepta a regañadientes. ¿Qué esperaba? No permitiría ir a un lugar desconocido con alguien más desconocido. ¡No señor! Seré descuidada, pero no idiota ni ingenua. Conozco a este tipo de llaveritos, primero son dulces, tiernos, atentos y al final buscan lo mismo, encontrar un lugar para romper tus bragas como animales.

Si, sé que yo inicié con todo, pero una tiene derecho a cambiar de opinión, ¿no?

Así que sugiero el lugar perfecto, uno que siempre frecuento al salir de mis clases en la facultad.

—¿Qué cafetería dijiste? —pregunta deteniendo el auto en un semáforo rojo. Lo miro por instantes, inspeccionando su perfil y notando un lunar en su cuello, justo debajo de la oreja. Es hermoso—. ¿Hola? ¿La niña sigue ahí? —vuelve a decir cuando no respondo su pregunta. Parpadeo un par de veces.

—Mi esperanza. Se llama Mi esperanza.

Diez minutos después estamos sentados dentro de esa acogedora cafetería que adoro. Las mesas están dispersadas por el local, lucen manteles blancos que contrastan con las paredes moca. Hay flores en cada mesa, dándole así, una decoración única y justo en una esquina, reside una rockola metálica moderna. Suspiro emocionada. Este lugar me regala paz, armonía, algo que disfruto día a día.

Mi esperanza se convirtió en rutina desde hace meses, la razón por la cual permanezco en la ciudad.

—Está muy linda —recita el chico, colocando su barbilla entre ambas manos. Esbozo una sonrisa y asiento dándole la razón.

Este es de esos pocos lugares que te hacen sentir en casa, los empleados son muy amigables con sus clientes, siempre te reciben sonrientes, con un brillo peculiar en los ojos, dispuestos a lo que sea con tal de complacer tus antojos.

Esperamos nuestros pedidos, pacientes, tarareando algunas de las canciones reproducidas. Platicamos sobre cualquier tema interesante, especialmente sobre una serie que ambos disfrutamos ver y no puede evitar sentirme cómoda a su lado, algo tiene esta mirada limón y esta sonrisa que logran relajarme.

Minutos después llega Fabián, el hombre que siempre me atiende al llegar, con una enorme bandeja metálica, lugar donde puedo observar unas deliciosas bebidas junto con postres de primera calidad.

Se me hizo agua la boca por segunda ocasión.

—Un frappé, para el joven —canturrea gustoso, obsequiándonos su típica sonrisa amigable —, y para la señorita —dice posicionando la taza al frente mío con una sonrisa más amplia y preciosa. Siento las mejillas arder—, un cappuccino. ¡Disfruten su bebida! Y gracias por hacer Mi esperanza su casa.

Dicho esto, Fabián sale a atender otras mesas dejándome a solas con él, quién todo el tiempo mantiene su mirada fija en mi rostro mientras retiene una sonrisa.

No me molesta que lo haga, al contrario, es placentero sentir esa atención por parte del sexo opuesto, pero una parte de mí, la parte tímida y poco sociable, suplica que mire a otra dirección.

—¿El ratón te comió la lengua? —pregunto dándole un sorbo a mi delicioso café. Cielos... sabe tan rico que podría tomarlo el día entero, más en esos días donde mis tareas están hasta el tope.

—Para nada, sólo estoy admirando la belleza frente a mis ojos —sonríe coqueto para después imitar mi acción con su café, y, por cierta razón, una punzada se hace presente en mi pecho, algo que me pone nerviosa.

Justo como pasó en la discoteca.

—¿Ah sí? Eso es bueno entonces.

—Claro que lo es —dice pasando su lengua por la comisura de su labio y limpiando el exceso de espuma.

¡Oh esos labios! Debo olvidar ese momento porque jamás se volverá a repetir, él es un chico muy diferente a mí, cualquiera lo notaría a kilómetros de distancia y lo que menos deseo es complicarme la existencia por otro hombre del cual no conozco ni el nombre.

Mi vida es lo suficientemente complicada como para traer más obstáculos en ella, sin embargo, no puedo dejar de verlo, me parece imposible apartar la vista, es como si sus ojos fueran imanes o algo por el estilo que me obligan a hacerlo.

No voy negar que este silencio incomodo es feo, pero es preferible estar así que contarle mis problemas. Siempre he pensado que la debilidad es más notable si las demás personas descubren aquello que nos atormenta. Por eso la confianza, para mí, es un ámbito esencial en mi vida. Casi nadie tiene acceso a ella tan fácil exceptuando tres personas: mi padre, mi hermano menor y mi mejor amigo. Ellos lo son todo y sé que jamás recibiré traición por su parte.

Me aman tanto como yo a ellos.

—Promete que recordaras —dice de la nada, sacándome de mis cavilaciones en plena cita.

No me había percatado de ello hasta que vi mi taza vacía, sin ningún rastro de cafeína o espuma. Mis ojos encuentran los suyos y el nerviosismo vuelve como un torbellino intenso. De pronto la Lynn caliente de hace minutos desvanece dejando a la Lynn tímida y torpe.

—¿Re-recordar qué?

Lo veo ponerse de pie y caminar al otro lado de la mesa con apuro. Frunzo el ceño.

—Esto —estampa nuestros labios de una manera amena, dulce, nada comparado con aquel beso arrebatado ni desesperado en la discoteca.

Este es diferente, lo siento diferente. La suavidad que brindan sus colchoncitos rosados derrite mi corazón y me hacen acunar sus mejillas con ambas manos libres para profundizarlo más. Es lento, lleva todo al ritmo de la balada que resuena por el local, me sube al cielo, viajamos por las galaxias oscuras, cruzamos planetas, meteoritos y al final llegamos a la estrella mayor que es el sol.

Una de sus enormes manos se enreda en mi cabello oscuro, pegándome más a él quien se puso de rodillas para alcanzarme. Juro estar soñando al sentir demasiada miel con este beso, pero luego entro a la realidad.

Nos separamos jadeantes, comprendiendo el grave error. Sé que apenas nos conocemos, pero ese fue el mejor beso, el primero que siento sincero. No obstante, la irritación llega, tanto que me pongo de pie, le doy una bofetada injusta y salgo corriendo a mi casa sin importarme nada, dejándolo ahí hincado.

No, no y mil veces no.

Nosotros no podemos hacer esto, no cuando aún tengo aquella espina clavada en mi pecho, porque por más que me niegue sigo queriendo al imbécil de Alonso, sus besos, sus caricias, absolutamente todo de él ha permanecido adherido a mi cuerpo y mente cómo pegamento por años. Y eso es frustrante.

Él jamás debió regresar, debió quedarse en Estados Unidos para siempre, nadie lo necesita aquí. ¡Nadie!

Llego a casa agitada, con el corazón en la garganta pues es la primera vez que corro tan descabelladamente sin descanso, ni en educación física lo hago. Me recargo en el umbral de la puerta sintiendo la gran necesidad de llorar y romper cualquier cosa con tal de sacar este ardor que quema mis adentros.

—Te necesito tanto, mamá —susurro para mí misma estando al borde del llanto. Camino a mi recámara, quito mis zapatos y me aviento al enorme colchón. Hundo mi cabeza en la almohada y grito con fuerza sacando toda la frustración, todo el dolor enjaulado en mi corazón.

Maldigo por ser tan patética, por ser tan débil ante sus recuerdos, pero sobre todo maldigo por haber dejado a esa perfección de hombre en la cafetería.

El chico de ojos limón no se merecía eso.

No sé cuánto tiempo permanezco así, pero al no tener más líquido que sacar, mis ojos van cerrándose, haciéndome caer en un profundo sueño lejos de mi miserable realidad. Lo curioso de todo es qué, a pesar de sentirme dolida por ese malnacido de Alonso, mi mente evoca aquella escena en la cafetería. Es entonces cuando la relajación invade mi cuerpo entero y una sonrisa queda plasmada en mis labios hasta el amanecer.

## Dos



## Evelynn

Los siguientes días transcurren con normalidad: papá va a sus viajes de negocios dejándome al cuidado de Erick, mi hermano de catorce años. Él y yo mantenemos una relación muy bonita a pesar de las malas rachas que podemos tener cuando no estamos de acuerdo en algo. A veces salemos por las tardes a tomar algún helado en la nevería Vázquez o simplemente vamos al parque para jugar fútbol, un deporte que ambos disfrutamos como nadie tiene idea.

Hay días donde ninguno de los dos se soporta pues ese niño es muy terco, muy necio cuando quiere obtener algo, no solo cosas materiales sino del colegio. Él hombrecito no sé conforma con un ocho o nueve en la boleta, a fuerzas quiere un diez enterito, por eso mismo estudia bastante, dice que los libros ayudan al crecimiento del conocimiento, algo en lo cual estoy de totalmente de acuerdo. Y eso me llena de orgullo porque hoy en día los niños de su edad prefieren andar vendiendo droga para obtener dinero que ir a la escuela para hacer cosas de provecho con sus vidas.

Por las noches lo dejo dormido o estudiando, dependiendo cuanta tarea tenga y me voy a mi trabajo de medio turno en el bar donde atiendo como mesera a los clientes extranjeros ya que ese lugar es exclusivo para eso.

En ocasiones encuentro a clientes insoportables, de esos que desearías darles un charolazo en la cabeza para que cierren el pico pues sus tarugadas van más allá que cualquier vulgaridad. En otras simplemente son normales, muy parlanchines y buena onda que hasta ganas dan de quedarse a tomar un trago con ellos pues algunos tienen historias jugosas que contar.

Esa es una de las ventajas de saber otro idioma, ganas más dinero ya que tienes capacidad de valer por dos. Y bueno, a quién carajos engaño, platicar en otro idioma resulta interesante.

—Buenas noches, Eve ¿qué tal tu fin de semana? —pregunta Stephen, mi supervisor y mejor amigo aquí en el bar. Ambos nos conocimos en el segundo semestre de la universidad, él estudiaba arquitectura en la UANL aquí en San Nicolás pero decidió cambiarse a medicina, mi carrera, poniendo de pretexto que no tenía vocación para el dibujo a pulso y las matemáticas intensas.

Hasta la fecha sigo preguntándome lo mismo, ¿por qué se cambió si la arquitectura es

interesante? En cambio, nunca quiere darme detalles, así que mejor lo olvido, tampoco lo obligaré a decirme cosas que tal vez prefiera mantener secretas. Lo cierto es que desde ese entonces somos inseparables.

—Estuvo algo intenso, Steph —murmuro recordando los besos que compartí con aquel hombre de los ojos limón—. ¿Qué tal el tuyo? ¿Siempre si ingresaste a los cursos de inglés? —le pregunto recogiendo los vasos de una mesa vacía junto con mi propina.

Stephen bufa y pasa una mano por su cabello chocolatoso.

—¡Qué va! Al final decidí irme por el francés.

—¿Y eso?

—Siempre me ha interesado, desde pequeño he sido fanático de ver series en ese idioma y en ocasiones me veías cantando por los cuartos en francés, aunque la mayoría de las veces parecía que estaba ahogándome con una papa —dice soltando una risa, metiendo sus manos en el mandil blanco. Sonríe.

Steph es atractivo, tiene veinticuatro años, un año mayor que yo, sus ojos son de un color miel que con sólo verlos quedas embobada y un cabello sedoso que las ganas de perder tus manos dentro de él son muchas. Al principio me atrajo, digo, ¿qué ser humano no se fijaría en alguien así? Además de sus ojos tiene buen carisma, una personalidad intachable. Si necesitas un hombro para llorar, ahí está él, no importa si es madrugada, si son vacaciones u horas laborales, él está disponible sea cual sea tu problema.

Por eso mismo lo aprecio mucho, porque gracias a su ayuda, a sus maravillosos consejos, no terminé vagando por las calles cómo la mayoría que conozco.

—¡Entonces me alegro hombre! —palmeo su hombro—. Si te gusta lucha por ello, sé que serás un excelente intérprete además de médico. Así podrías ayudarme con estas personas exasperantes.

—¡Evelynn! Lleva eso a la mesa siete —grita Felipe, el barman, interrumpiendo nuestra conversación. Pongo los ojos en blanco y me despido de mi amigo dándole un golpe en el tórax. Hace una mueca fingida.

«Relájate Lynn, todo estará bien», me animó mentalmente para después caminar al otro lado del bar con una sonrisa medio coqueta.

El barman me hace entrega de una botella de vino tinto y cuatro copas bien pulidas con rozarles talladas en el cristal, tanto que ni siquiera quiero agarrarlas bien por miedo a dejar mi huella plasmada. Las coloco en la bandeja metálica con sumo cuidado para después encaminarme hacia la mesa siete, donde tres hombres trajeados platican tranquilos.

La música del lugar impregna mis oídos sin pudor haciendo que inconscientemente agite mi cuerpo al ritmo de Bruno Mars con la bandeja en mano, disfrutando así, el inicio cautivador y por alguna extraña razón, unos ojos limón aparecen en mis recuerdos.

Los ojos de ese hombre.

Sonrió cómo tonta al recordar el beso que compartimos en la cafetería de Fabián. Fue tan irreal que rememorarlo es un sueño. Juré sentir tantas mariposas atoradas en mi esófago y tantas emociones brotar de mi pecho que, tan sólo pensar en ello, me eriza la piel y acelera el corazón. ¿A caso es una buena señal? ¿Significa que estoy dándome la oportunidad de seguir adelante?

Espero que sí.

—Buenas noches, señores. Aquí les traigo su pedido, espero estén disfrutando de su estancia en "Cautivados", cualquier cosa estoy para servirles —digo posicionando las copas sobre la mesa y llenándolas de un líquido rojo que jamás he probado.

Lo curioso de todo es que nada más hay tres hombres, dando a sobrar una copa. Ellos me

observan menear el cuerpo sin chistar, pues entretener a los clientes mientras sirves su pedido se convirtió en una nueva norma establecida por el jefe supremo.

Una norma estúpida obviamente.

—Muchas gracias señorita... —dijo uno que traía puesto una corbata azul marino.

—Elena, señor —interrumpo sonriente dejando a un lado la botella decorada.

Elena, mi seudónimo aquí en el bar. La primera vez que entré al lado de Stephen hace algún tiempo, me dijo que en estos lugares lo preferible es mantener nuestra identidad secreta por eso de los delincuentes ya que nunca se sabe cuándo alguien quiera propasarse o meterte en problemas legales.

Y no tenía problema, Elena es un lindo nombre para un rato, pero en lo personal prefiero quedarme con el mío ya que mi madre lo eligió debido a mi abuelita. Tan sólo recordarla hablándome de mi abuela cuando era pequeña mientras engullía alguna galleta que ella misma preparó, me hacen esbozar una sonrisa enorme.

Mamá hacía las mejores galletas que cualquier persona pudiera probar.

Me retiro de las mesas agitando la bandeja, estando al pendiente de que los clientes quedaron satisfechos. En eso siento algo duro golpear mi frente. Alzo la mirada y me encuentro con la persona menos deseada, aquella que hace mi existencia distorsionarse.

—Hola —saluda firme, clavando sus lagunas grisáceas en mis ojos marrones. Le sonrió con cortesía para después emprender mi camino hacia Steph.

Necesito salir de su vista. Ahora.

Un estirón en mi brazo izquierdo me detiene en cuestión de nada. Giro el rostro y veo una expresión quebrada, dolida, es cómo si con ella quisiera transmitir lo cuán arrepentido está. Algo en mi pecho brinca y no para bien, sin embargo, retengo cualquier pizca de angustia o preocupación.

Él no merece un lugar en mi cabeza ni corazón, si lo saqué de mi vida fue para nunca más dejarlo volver.

No soy una masoquista.

—¿Se le ofrece algo? —pregunto amable, o al menos eso intento pues en verdad me encantaría gritarle un par de cosas. Pero me abstengo, Alonso ni siquiera vale la pena de mirar.

—Sí, hablar contigo —refuta soltando mi brazo al ver mi expresión quejumbrosa.

—Perdone señor, pero tengo trabajo que hacer —anuncio alejándome una vez más de su presencia infecciosa. No puedo tenerlo cerca, no cuando sigo sintiendo que el corazón podría hacerme *crack* en cualquier segundo, no sabiendo las promesas pisoteadas, los recuerdos agrios.

Me ha costado tanto trabajo pegar los pedacitos con silicona que pensar en regresar a lo mismo hiela mi piel.

Perder algo que nunca has tenido es un dolor enorme, más aún cuando eso era la razón por la cual despertabas ansiosa para ir al colegio.

Ahora que recuerdo todas las estupideces que hice por él, me río de mí misma. ¿Por qué fui tan ingenua? ¿Por qué me humillé de esa manera denigrante con alguien que solamente deseaba sexo? Pude tener una historia distinta si mi testarudo corazón no hubiese actuado por sí mismo. Tal vez aún fuera virgen y lo mejor, no tendría ningún recuerdo amargo.

—Por favor, Lynn, sólo será un minuto.

—¿Qué parte de que no deseo tener nada contigo no entendiste, Alonso? —mis palabras parecen tomarlo por sorpresa, tanto que una mueca arrepentida aparece en esos jodidos labios que desearía golpear hasta dejarlos mallugados como pasas. ¡Maldita sea! Porque no sé pierde en la china o en algún poso.



Respiro profundo e intento estabilizar mi pulso que, de un momento a otro, se tornó violento. Odio sentirme vulnerable ante su presencia, pero no soy inmune, cualquier palabra, cualquier gesto suyo tiene el poder de afectarme igual o más que el pasado.

Todo porque no comprendo el significado de la palabra olvidar.

—¿Aún no me perdonas?

—¿Estas bromeando, cierto? —espeto incrédula, apretando con fuerza la bandeja metálica contra mi pecho. ¿En serio estaba diciendo eso? ¿Acaso no recuerda todo el daño que me ocasionó? ¿De las palabras venenosas? ¿Los engaños? No cabe duda que los hombres son unos cavernícolas insípidos creados para lastimar, más él quién todo el tiempo jugó con fuego.

—¿Que no entiendes lo mucho que te amo, Lynn? Por favor dame una oportunidad —suplica acercándose a mí. Doy un paso hacia atrás como reflejo, alzando un dedo al aire para detener su acción de acercamiento.

—¿Y tú no entiendes lo mucho que te odio? Mira, si aún tienes un poquito de dignidad —junto mi pulgar e índice y lo acerco a su cara—, hazme el gran favor de desaparecer, hombre, sólo traes problemas.

—¡Eres mía! ¿Entiendes? Jamás podrás alejarte de mí —grita exasperado, tomando mi brazo a la fuerza.

Forcejeo como loca cuando siento su mano apretar mi brazo con fuerza para sacarme fuera del local, es la primera vez que lo veo violento y eso me asusta. Le suplico me deje ir, pero no accede, simplemente me pega a una pared gélida importándole poco si golpeo mi cabeza. Comienza a besar mi cuello con desespero, aprisionando mis muñecas detrás de mi espalda. Pido ayuda, pero pronto sus labios sellan aquellas palabras auxiliares. Un tremendo temor crece en mi interior y no puedo evitar sollozar del temor. ¿Cómo pude amar a un monstruo cómo él? Jenn me lo advirtió, pero jamás quise escucharla, me decía que detrás de esos ojos hechizantes se escondía el más cruel ser humano postrado en la tierra y tenía razón.

Alonso no sólo se encargó de romper mi corazón, de hacerme creer que era la única en su vida, sino que ahora lastimaba mi cuerpo, todo porque me niego a estar otra vez a su lado, a ser suya como él lo proclama.

Su mano izquierda tira de mi blusa negra dejando al descubierto mis senos arropados, quiero gritar, suplicar ayuda, sin embargo, todas las palabras se borran de mi mente y sólo puedo pensar en el gran miedo al ser lastimada por él, por las manos que una vez añoré.

Aprieto mis ojos lo más fuerte posible, cómo si eso de alguna manera pudiera quitarme de encima a este animal salvaje, pero eso no sirve de nada pues al paso de los segundos eternos siento un puño estrellarse con mi mejilla haciéndome tragar cualquier pensamiento lastimero, dando libertad a un líquido que resbala por mi barbilla hasta el valle de mis senos.

Vomito en su camisa.

—¡Maldita perra! —gruñe y continua con su asquerosidad. Su olor a licor mareando cada célula de mi cuerpo.

—Deja de tocarme... —logro vociferar, pero solo gané que Alonso me soltara otro golpe. Uno en el vientre.

—Cuando una mujer te dice que la dejes de tocar, eso debes hacer —una voz ronca suena de la nada y, en cuestión de segundos, Alonso queda tirado al frente mío, quejándose por haber golpeado su nariz. Busco con mis ojos llorosos al héroe que intervino y mi boca cae al suelo. Es él—. Lamento llegar tarde —susurra preocupado, quitando su playera blanca para así, colarla sobre mis brazos, cubriendo mi pecho desnudo y ensangrentado.

Agradezco con la respiración cortada. ¿Qué hace él aquí? La última vez que nos vimos lo

abandoné en la cafetería, ni siquiera tuve la decencia de decirle adiós o hasta pronto.

Me siento avergonzada.

—¿Q-que haces aquí? —pregunto finalmente mientras arrugo las orillas de su playera que huele a esa loción varonil. Él observa mi acción, inclusive puedo deducir que está enojado, no obstante, ignora mi pregunta y gira el cuerpo entero hacia el hombre tirado sobre el pavimento que sigue quejándose por su nariz ahora rota.

Observo su enorme y ancha espalda desnuda, y lo único sano que aparece en mi mente es querer aventármelo para abrazarlo, para sentir cada proporción de su piel clara contra la mía.

—Vuelve a ponerle una mano encima, bastardo —, amenaza dando un paso a su dirección—, y juro por mi madre santa que esas pelotas estarán colgadas en un puente junto con tu pene. ¿Entendiste?

Veo cómo Hinojosa asiente atolondrado, mirando del hombre de ojos limón hacia mí con asombro evidente.

—Ahora lárgate —ordena sin inmutarse y el otro obedece sin chistar.

Nos quedamos solos en medio del callejón en plena noche fría viendo como aquel cobarde se pierde entre los callejones, maldiciendo a los cuatro vientos.

Quiero reírme.

Lo veo girarse a mi dirección, sus ojos posándose en su playera ahora color roja. Camina cauteloso hasta estar a unos cuantos centímetros de mi cuerpo y entre su dedo índice y pulgar, acuna mi barbilla para tener más acceso a mi labio roto y mejilla morada. El ojiverde entorna los ojos a lo que supongo es molestia, maldice por lo bajo para después guiarme hasta su auto donde saca un botiquín de primeros auxilios del tablero. Mi vista todo el tiempo en sus músculos.

—Sentirás calorcito, pero te prometo que no dolerá —informa al empapar un pedazo de algodón con agua oxigenada. Con la mirada pide permiso para proceder y yo acepto sin decir nada. Cuando siento el calor no puedo evitar apretar sus brazos fornidos con cierta fuerza que incluso lo escucho soltar una risa—. ¿Te quejas por tan poco, chaparra? —pregunta divertido, dando los últimos toques a mi labio partido. No respondo su pregunta, lo único que puedo hacer es contemplarlo igual o más de lo debido.

Tiene un aire familiar, de esos que he visto durante cinco años seguidos. Decido alejar esos pensamientos al caer en cuenta que debo regresar a mi trabajo si pretendo saldar las cuentas pendientes en el banco.

Le doy las gracias, dejo un beso fugaz en su mejilla y salgo corriendo como alma que se lleva el diablo hacia el bar. Una vez dentro, Stephen comienza a interrogarme y no hago otra cosa más que eludir el tema con cosas absurdas. No tiene caso contarle sobre aquel imbécil.

La noche transcurre sin apuros, con serenidad, algo nuevo para ser un miércoles por la noche. Atendí a los clientes, limpié las mesas, ayudé a Felipe con las bebidas tanto que el pelirrojo tuvo que acompañarme a comprar más botanas y, para la una de la madrugada, cerré el local con las llaves proporcionadas del jefe.

Meto las llaves a mi pantalón rojizo para emprender la caminata a mi hogar, donde espero encontrar a mi hermano perdido entre las sabanas, en algún lugar lejano a la realidad. Sonríe al recordarlo cuando era bebe. Mamá solía decirme que ese chiquillo sería una persona dedicada, extrovertida, responsable, soñador y tenía razón. Erick es un maravilloso niño que a su temprana edad supo madurar para bien.

Ambos lo hicimos aquel invierno.

Recordar el incidente donde los cuatro estuvimos en el lugar y hora equivocada me ponen a pensar. Tal vez si nos hubiéramos esperado diez minutos más en el centro comercial mamá

estuviera viva. Esa es una de las razones para no pisar un lugar de esos, sólo me recuerdan al día cuando esos asesinos desataron su guerra en plena calle, llevándose la vida de personas inocentes que no tenían culpa alguna en sus negocios sucios.

—¿Siempre sales a estas horas? —pregunta una voz a lo lejos, haciéndome detener el paso a secas.

—¡Deja de aparecer sin avisar! —exclamo asustada, llevando una mano a mi corazón acelerado.

—Lo siento —escucho su disculpa para después sentir su calor corporal a un lado de mi hombro entumecido por la frescura madruguera—. Pero no pretendía dejarte ir sin decir nada. No otra vez.

Entonces caigo en cuenta que le he hecho lo mismo. Me fui sin decirle nada salvo besarle la mejilla y eso sólo me hizo sentirme aún más avergonzada con este hombre tan provocativo y gentil que me salvó de ese degenerado.

## Tres



## Dante

Cuando ella se va dentro del bar y me deja solo por segunda vez en medio de la nada, decido que es tiempo de irme a casa a descansar pues no he podido dormir bien ya que el negocio se está complicando y los clientes están quejándose de la mercancía.

Pero entonces algo en mi pecho me detiene y hago lo que jamás imaginé hacer.

La espero hasta que termine su turno.

Tal vez soy un estúpido que no entiende cuando una chica se aleja sin decir nada, pero mis pies, mi cerebro, no me permiten irme y la verdad es que no quiero hacerlo, al menos no después de presenciar ese acto tan violento de Alonso. ¡Maldito hijo de puta! ¿Qué demonios pensaba al lastimarla de esa forma tan asquerosa? Juro que si lo tuviera ahorita al frente mío le partiría sus jodidos brazos por tocar a una mujer así, que digo brazos, lo golpearía tan fuerte que jamás podría ponerse de pie en su miserable vida.

Haberlo visto haciendo eso solamente logró desenterrar los recuerdos que intenté suprimir de mi sistema durante años, los mismos que acabaron con cualquier ápice de fraternidad hacia mí padre, hacía esta realidad oscura que me carcome cada día pasante.

Recargo mi espalda en el asiento de mi carro y dejo que Annabel de Alesana inunde mis oídos cómo si fuera agua. Comienzo a dar leves golpes sobre el volante en un intento por alejar recuerdos innecesarios cuando mi celular suena haciéndome detener mi perfecta distracción.

Maldigo en voz alta.

—Sabes bien que no debes joderme a este celular al menos qué sea de vida o muerte...

—Necesito que vengas a casa. ¡Ahora! —su voz furiosa interrumpe mi oración y cuando quiero responderle me doy cuenta de que ha colgado. El hijo de puta me ha colgado y sabe bien que eso me cabrea más que cualquier otra cosa.

Suelto un resoplido mientras froto mi nuca con frenesí. ¿Quién mierdas se cree ese imbécil para decirme que hacer? Medito durante minutos y al final decido mandar a la basura esa llamada. Nadie me hará moverme de este lugar sin antes ver ese endemoniado rostro de chica angelical.

Una vez que transcurren veinte minutos, mi impaciencia termina guiándome dentro del bar para tomar un trago y bueno, tal vez encuentre alguna chica para pasar el rato. O dos.

Me acerco a donde está el barman y pido un tequila doble con limón. Cuando tengo el vaso al

frente mío, lo tomo entre mis dedos y de un sólo trago me bebo todo el líquido amargo. Siento mi garganta arder, sin embargo, no hago muecas ni me quejo, simplemente pido otra ronda más. Esa es mi rutina durante las próximas horas: beber y beber.

Al sentir que estoy perdiendo el conocimiento por tanto alcohol, decido frenar mi ansiedad y mejor pido algo para bajar los mareos. Por fortuna en este lugar venden cafeína, lo cual es muy raro encontrar.

Entonces veo a mí... a la chica caminar con destreza por el local. Me quedo observándola por tiempo indefinido pues, aunque deseé alejar mis ojos de ella es imposible. Tanta vitalidad despojada merece ser admirada, protegida y querida.

Su cuerpo se mueve al ritmo de la música y una pequeña sonrisa se forma en mis labios ya que desde días atrás había tenido la gran necesidad de verla así, de ver su sonrisa, sus ojos. Sobre todo, esas cortas, pero definidas piernas que me encantaría tener rodeando mi cintura en alguna pared o cama.

Satisfecho, salgo del bar con intención de subir a mi automóvil, pero una idea llega a mí de la nada.

Emprendo mi caminata por los callejones solitarios de San Nicolás hasta llegar al único lugar donde puedo encontrar paz: un bonito lago situado a media hora de caminata.

Estar aquí me trae demasiados recuerdos lindos, de esos que quisieras revivir a cualquier costa. ¿Y cómo no? Si fue en este lugar dónde ella me dijo que seríamos padres, fue aquí donde le pedí matrimonio con toda la intención de que, cuando me dijera *si acepto*, nos fuéramos lejos de México para iniciar una nueva vida.

Solo nosotros tres.

Yo la amé cómo nunca pensé amar a alguna mujer. Por ella pude salir adelante, olvidar la jodida vida que me tocó vivir. Pero entonces me la quitaron, trituraron mi corazón en mil cachitos y desde ese día ya nada fue lo mismo. No sonreía, no salía de mi recámara e ignoraba a mi querida madre, la gran mujer bondadosa que no supe aprovechar cuando estaba con vida.

Eso de alguna forma me hizo sentir culpable, tal vez por esa razón decidí ir al bar junto con Adán, mi mejor amigo, el hermano que elegí veintitrés años atrás cuando nos mudamos de Argentina.

Cojo una roca en forma de óvalo y la lanzo sobre el agua, deleitándome del chispoteo que hace al ir avanzando. Reviso mi reloj con intención de tardar más tiempo, pero caigo en cuenta de que es la una de la madrugada. Así que decido tirar las tres pierdas sobre la tierra y regreso corriendo al bar, dejando atrás esas aguas mágicas que algún día quisiera visitar con la mujer indicada, con mi futura familia.

Disminuyo el paso cuando veo a una bella mujer de piel canela salir del bar. Mis ojos la escrutan de pies a cabeza con intensidad. El pantalón rojizo que cubre sus piernas voluminosas más la playera blanca holgada a su cuerpo me hace querer acercarme para descubrir con mis manos rasposas que paraíso se esconde debajo. De seguro su piel es tan suave como la seda. Eso puedo apostar.

—¿Siempre sales a esta hora? —me encuentro preguntándole de lejos y la veo pegar un brinco, ocasionando que sus llaves caigan al suelo.

Sonrío de medio lado.

—¡Deja de aparecer sin avisar! —reclama y no puedo evitar soltar una risa.

—Lo siento. Pero no pretendía dejarte ir sin decir nada. No otra vez —informo agachándome para juntar sus llaves. Veo por lo bajo cómo retrocede para darme espacio. Pero entonces mi mano atrapa la suya por alguna razón desconocida—. ¿Puedo acompañarte a casa?

Frunce levemente sus labios rosados y eleva una ceja. Eso me hace tragar saliva con dificultad.

—Mira, te agradezco que hayas intervenido cuando Alon... —tose y continúa—, cuando ése miserable me lastimaba y también por ayudar con mi labio roto, pero no te conozco, no me conoces. Es mejor así.

—Permíteme hacerlo entonces.

—¿Hacer qué? —pregunta confusa, ladeando su cabeza a un lado. Suelto un suspiro frustrado, desesperado.

—Conocerte. Permíteme conocerte.

Por minutos infinitos su mirada oscura escruta mi rostro, mi cuerpo. Esa maldita acción junto con el silencio amortiguador me pone nervioso.

Muy nervioso.

La morena cierra los ojos, suelta un suspiro y después me vuelve a encarar con una mirada más relajada, menos asesina.

—Te juro que no respondo si intentas sobrepasarte.

—Prometo no hacerlo —levanto mi mano izquierda en forma de juramento y no puedo evitar observarla con más detenimiento. Esta chica realmente es hermosa, inigualable. Estoy seguro que a su lado podría aprender muchas cosas emocionantes, al igual que yo podría enseñarle unas cuantas a ella, claro, si no fuera tan obstinada.

Una vez que la dejé en su casa sana y salva, regresé al lugar donde había dejado mi automóvil. Me sentía satisfecho conmigo mismo, ¿Y cómo no? Es la segunda ocasión donde una chica tan guapa no termina en mi cama gimiendo y pataleando por sentirme enterrado entre sus piernas.

Ahora estoy recostado en el sofá de mi recámara, completamente desnudo, exceptuando mis bóxers ya que odio dormir con ropa encima; mis brazos descansan sobre mi cabeza y mi mente evoca su sonrisa, su cabello negro hasta la cadera. Suelto un suspiro.

Entonces me pregunto qué se sentirá pasar mis dedos sobre él, ¿Será suave? ¿Rasposo? Y con esa pregunta rondando mi mente, caigo en un profundo sueño que ni el sonido de mi celular sonando me despierta.

La mañana siguiente amanezco ansioso, emocionado, ya que quedé con Evelyn, así se llama la chica que acompañé a casa, a ir al parque de diversiones. A decir verdad, siento mi estómago medio raro, sensible, pareciera que en cualquier momento el desayuno saldría evacuado de mi sistema, pero le resto importancia. Aquí lo importante es llegar lo más pronto posible a su casa, no quiero llevarme la gran desilusión de que al final optó por no darme la oportunidad de conocerla mejor.

Estando aparcado fuera de su casa, la veo despedirse de un niño castaño, más o menos de nueve o diez años, le da un beso en la frente, dice algunas cosas a lo que el niño asiente y después corre hacia mí, donde la estoy esperando fuera del auto con los brazos cruzados sobre el pecho. Mi cuerpo recargado en la puerta del copiloto.

—Buenas tardes, chaparra —saludo sonriente, atrayéndola para besar su mejilla. Evelyn golpea mi abdomen mientras me condena con palabras, palabras que quisiera fundir en mis labios. Pero no lo hago por dos simples razones: la primera, quedé en que no intentaría seducirla ni mucho menos sobrepasarme y dos, ese niño me observa atento, con una mirada asesina.

Ambos nos adentramos en mi carro, encendemos la radio y emprendemos esta peculiar cita. Una que estoy seguro disfrutaremos mucho.

## Cuatro



## Evelynn

Toda la maldita madrugada me la pasé dando vueltas en la cama, pensando en su propuesta humorista, en su invitación inesperada. ¿Para qué quería conocerme? ¿Qué obtendría de ello? Juro no comprenderlo, bueno, pensándolo bien no tengo porque hacerlo si no lo conozco, pero, Dios... es tan difícil ignorar a alguien que si se preocupa por mí a su manera incluso sin conocerme.

Cuando me invitó a su casa dudé durante instantes pues así comenzó mi relación clandestina con Alonso, decía querer conocerme mejor, querer pasar el rato cómo amigos y al final siempre deseaba lo mismo como todos los hombres que me rodean.

Deseaba estar metido entre mis piernas.

No digo que Dante sea igual, no todos los hombres lo son, pero... el temor de volver a ser lastimada, de volver a intentarlo y fracasar me paraliza. ¿Y si solamente está jugando conmigo? Digo, a veces los hombres necesitan encontrar una forma de poder complacer su ego. Al menos con él así fue. Quería comprobar que, gracias a su cuerpo escultural, a su mirada grisácea, podía conseguir lo que se propusiera y en parte tuvo razón. Me consiguió por mi ingenuidad, por mi estupidez gigantesca de creer que me amaba cómo yo lo hacía. Pero era de esperarse de alguien con su reputación intachable.

En sí lo que dolió no fue el haberle entregado mi virginidad o el haber sentido su ausencia cuando decidió irse a otro país, sino fueron sus malditas palabras las que perforaron mi alma en lo más profundo. Esas dos palabras significativas que solo se deberían decir a la persona correcta, la indicada.

Ese te amo fue mi ruina.

Enciendo el microondas para calentar una sopa del día anterior que me quedó riquísima y volteo el pan tostado que dejé en la estufa hace tres minutos. Cuando giro mi rostro en dirección contraria, me encuentro con los ojos dormilones de mi persona favorita.

—Buenos días, campeón. ¿Dormiste bien? —pregunto acercándome para plantarle un beso en la frente. Erick suelta un bostezo mega intenso, abre sus bracitos, me enjaula en ellos y después hunde su cabeza en mi abdomen—. Al parecer no —suelto una carcajada.

Mi hermano arrastra sus pies hasta el comedor, lugar donde reposa su cabeza plácidamente. Me acerco hacía él con cautela, pensando en su similitud con aquel animalito llamado el perezoso.

Luce agotado, ojeroso, quiero hablarle, pero se me ocurre algo mejor. Camino hasta el frigorífico, saco el galón de zumo de manzana y en un su vaso preferido, aquel que tiene un diseño de Thor, *mi* Thor, vierto el líquido cafésoso. Le acerco dos rebanadas de pan tostado, la mantequilla, la mermelada de fresa y tomo asiento a su lado con una sonrisa.

—Vamos, Rick, debes desayunar bien si quieres sacar ese diez en tu examen —lo ánimo mientras hundo mis dedos en su largo cabello negro. Erick es un niño muy lindo, tierno, dedicado en sus cosas y puedo asegurar que cuando esté más grande será todo un conquistador, un galán que traerá a las chicas babeando por él.

No lo digo sólo por ser mi hermano, si no que he visto como interactúa con las niñas y santo cielo, es una faceta desconocida al niño que vi nacer. Una faceta atrevida y seductora.

Justo cómo lo era mi padre con mi madre.

—Mañana es mi examen, Evy. ¡Y no entiendo nada! —suelta de repente alzando la cabeza, sus ojos luciendo apagados, preocupados—. Si no lo acredito, o, mejor dicho, si no obtengo ese maldito diez mi vida colapsara ¿Entiendes lo terrorífico que es no sacar un diez en la boleta? ¡Moriré!

Y bueno, también es un poco dramático.

—Claro que no colapsara ni morirás, Rick, Sólo no te demandes tanto ¿vale? Haz lo que yo, si no entiendes algo déjalo un momento y ponte a hacer otra cosa. Ya cuando estés mucho más relajado entonces regresas. Pero jamás te des por vencido.

—¿Y si mejor me ayudas a estudiar? Digo, tú sabes de ciencias naturales y a lo mejor entendería mejor viniendo de ti —pide dándole un mordisco al pan. Lo contemplo durante segundos y asiento. ¿Qué más puedo hacer? Es mi hermano, me necesita, y yo estoy dispuesta a lo que sea por su bienestar, siempre he estado para él y hoy no será la excepción.

—Cuenta con ello.

Una vez que terminamos de desayunar él regresa a su recámara para dormir otro rato, obviamente le dije que saldría con un conocido y, aunque al principio me cuestionó mucho, dijo que podría esperar a que regresara para estudiar. Eso sólo confirmó la importancia inmensa que le da mi hermano a sus estudios académicos y me enorgullece formar parte de sus logros, de sus metas.

En estos momentos cepillo mi cabellera oscura y la cojo en una alta coleta ya que aborrezco tener el cabello regado en mi cara. A veces es difícil comprender algunas cosas, como el hecho de que las personas quieran acercarse a mí sin ningún interés, sin ninguna intención malévola. A mi pensar, la relación estúpida que tuve me hizo desconfiar mucho, sobre todo cuando se trata de los hombres.

Me digo que todo estará bien ante ese pensamiento, que solamente es una cita cualquiera con una persona normal y en automático mis nervios disminuyen, pero vuelven a aumentar al recordar sus enormes manos recorrer con descaro mi trasero, mi cintura, sus ardientes labios probar y succionar mis labios carnosos.

Agito mi cabeza para sacar cualquier obscenidad abrumadora de mi mente e intento detener el cosquilleo delicioso entre mis piernas y, al parar de hacerlo, escucho el sonido de un claxon fuera de mi casa. Supongo que es él. Salgo de mi recámara apresurada, sintiendo el corazón acelerado mientras pasó mi bolso de mezclilla sobre mis hombros descubiertos.

En el pasillo me encuentro a Erick y este me acompaña hasta la salida, dice algunas cosas, mira de reojo a Dante para después entrar a nuestra pequeña casa.

—Buenos días, chaparra —saluda muy animadamente, esbozando esa maldita sonrisa que me hechiza por completo. Su siguiente acción me deja sin aire, perpleja. Con una mano enjaula mi



cintura y me atrae hacia él, depositando así un ligero beso en mi mejilla. Mis pies amenazan en tirarme al suelo pues esa acción me excita aún más, sin embargo, su enorme mano se encarga de sostenme con firmeza, pegándome a su fuerte pecho. Algo en mi interior brinca de la emoción y me reprimo mentalmente por permitirle a mi corazón latir así.

Sólo es Dante, nadie especial.

Le doy un empujón en el pecho con ambas manos y abro la puerta del copiloto para subir. Segundos después un ojiverde sonriente sube a mi lado. Giro mi cabeza al lado contrario para ocultar la sonrisa estúpida que se formó en mi rostro al verlo relajado. A penas tengo que, ¿tres ocasiones en verlo? Y ya me siento una chica de secundaria babeando por el más guapo del salón.

Murmura algunas palabras que no alcanzo a distinguir ya que mi atención está inmersa en su maravilloso cuello pecoso y en lo único que puedo pensar es en perder mis labios por esos rumbos, besarlo hasta el cansancio y dejarle marcas rojizas sobre él. Zarandeo la cabeza al estar consciente de mis pensamientos pervertidos, otra vez, y mejor jugueteo con un llavero en forma de panda que me regaló mi padre la semana ante pasada.

Conduce por cuarenta minutos en los cuales estoy admirando por la ventana cada árbol pasajero, cada persona caminando hasta escuchar su ronca voz hablarme, incluso tarareo las canciones reproducidas en la radio que me sé.

—El niño que estaba contigo, era... —dice observándome de reojo. Suelto un resoplido atorado para después contestarle.

—Es mi hermano —hace una “o” con sus labios, como si mi respuesta le aclarara lo que pensaba.

—Se ve que te cuida mucho —inquire girando el volante a la derecha.

—Lo hace —me limito a responder sintiendo de pronto que nuestro intento de conversación es un asco—. Uh, ¿y estudias? —me encuentro preguntándole cuando nos detenemos frente a un semáforo. Dante baja una mano a su regazo, y niega con la cabeza. — ¿Eso quiere decir que ya te graduaste? —continúo preguntando al notar lo de pronto algo tenso, incomodo.

—Eso quiere decir que mi vida no es lo que parece.

Abro mi boca para decir algo, pero me veo interrumpida por su voz diciendo que hemos llegado. Ni siquiera me di cuenta cuando pasamos el parque a las afueras de la ciudad, pero, a decir verdad, lo que veo al estacionarnos es espléndido. Un lugar digno de encontrar paz interior.

Mi acompañante baja del auto y camina a mi puerta para abrirla. Le murmuro un diminuto gracias para después sentir sus dedos enlazarse con los míos. Esta acción me deja noqueada.

—Espero no te moleste que caminemos así, pero la bajada hacia mi casa está algo peligrosa —explica guiándome por unas escaleras de piedra que están inclinadas como si fueran rampas en algún parque de patinaje. Su mano se siente fría, sin embargo, la sensación es refrescante, más cuando el clima está nublado y algo bochornoso.

Al comenzar caminando puedo observar a lo lejos una cómoda casa moderna situada en medio de enormes rejas metálicas que son cuidadas por guaruras de expresión asesina. Dante refuerza su agarre sobre mi mano y pronto ambos estamos frente esas puertas tenebrosas. Dice unas instrucciones a esos hombres trajeados para después continuar nuestra caminata dentro de este paraíso exótico.

Disfruto del viento estrellarse en mi rostro, en ningún momento soltando su gruesa mano que parece haberse posesionado de la mía, y no me molesta en lo absoluto. A pesar de conocerlo hace poco puedo asegurar estar muy a gusto junto a él. Y es raro puesto que no suelo confiar en las personas tan pronto. Menos en personas que parecen tener todo lo que se propongan con tan solo tronar sus dedos.

—Uh, Evelyn, llegamos —dice con decepción palpable en cada palabra. Al menos eso pienso pues su expresión está decaída. No puedo evitar sentir mi pecho apachurrarse.

—Llámame Lynn —sugiero dando un apretón a sus dedos. Dan sonríe, me jala a su pecho y lo siguiente me deja sin aliento. Sus brazos rodear mi cuerpo en un cálido abrazo me deja sin aliento, no hay malicia, ni dobles intenciones, solo un sentimiento de añoro que no logro descifrar. Todo lo que ha hecho hasta el día de hoy me ha dejado tan vulnerable a su escrutinio.

Y eso no me gusta.

—Lynn... —murmura hundiendo su cabeza en la curva de mi cuello. Mis manos suben hasta su cabello y mis dedos se hunden en esa melena dorada suave. Comienzo a revolver su cabello sin saber muy bien por qué, pero lo disfruto y al parecer el también. El tiempo se detiene frente a mí cuando su mirada dilatada encuentra mis ojos. Lo observo, me observa, y no parece importar nada más. A través de nuestros ojos nos contamos tantas cosas bonitas, dolorosas, inigualables que puedo asegurar conocer más allá de esta máscara intacta.

Con su mano me guía hacia una puerta al final del pasillo, dejándome disfrutar de las pinturas colgadas en cada pared pasante, de las artesanías extranjeras. Nuestro paso es lento a comparación de cuando llegamos a su casa y esto sólo me permite admirar cada detalle de su casa moderna, con un ápice de antigüedad.

La verdad es muy linda y tranquila.

Diez pasos más adelante nos detenemos frente a la puerta azul marino. Entonces me pregunto si realmente fue una buena idea venir a casa de un completo desconocido. Trago saliva al imaginarme el peor escenario, pero eso no detiene mis pies al dar un paso hacia delante, es como si ellos tuvieran vida propia y quisieran averiguar lo que hay dentro de este acogedor lugar. De pronto, Dante camina a un lado para así quedar detrás mío y enjaular mi cintura en sus fuertes brazos. El aire que no sabía que tenía retenido, sale disparado frente a mis narices dejándome temblorosa, nerviosa con su cercanía y tacto sutil. Me dedico a observar la puerta aún no abierta, estudiando las curiosas líneas y figuras talladas en la madera mientras susurra cosas que no comprendo muy bien.

—¿Estás lista? —pregunta y tragó saliva. Asiento con la cabeza.

Sólo espero no arrepentirme de esta acción.

## Cinco



## Dante

¿Alguna vez te has sentido la gran necesidad que querer mandar todo a la mierda y perder la poca cordura viviente en tu sistema con tal de obsequiarle el placer retenido a tu cuerpo? Bien, eso mismo sentí cuando mis manos decidieron traicionarme para colarse en esa cadera ancha que anhelo tener sin ningún pedazo de tela que se interponga en mí camino.

Ya cuando quise apartarme para no cometer una locura tenía su mano apretando las mías en un tipo de suplicio ante mi tacto. Juré querer tomarla y hacerla mía en ese preciso instante sin importarme nada, pero lo único bueno que pude hacer fue separarme de ella y abrir la jodida puerta de una buena vez, esta fue la única manera que encontré para no brincarle encima como un animal salvaje en necesidad de carne.

Faltarle al respeto será lo último que haga, para empezar, yo soy un hombre de palabra y cuando dije que no intentaría sobrepasarla o seducirla, hablaba en serio. Por más que mi cuerpo me grite que necesita sexo no lo complaceré, ya habrá tiempo suficiente para darme placer en la ducha. Pero por ahora tengo que esperar e intentar pensar en otra jodida cosa.

Nos adentramos dentro de mí recámara, un lugar que utilizo para despejar mi mente de la miserable vida que llevo. Y todo el tiempo, Lynn se la pasa observando los detalles, en especial una esfera color naranja que tengo encima de mi escritorio junto con mi ordenador. A veces suelo escribir notas o filmarme hablando como si fuera un tipo de bloguero, eso me sirve de a montón cuando necesito sacar todo lo que quema mis adentros y esa precisa esfera me relaja, me brinda la tranquilidad que necesito.

—Dime que no es cierto —chilla tomándola entre sus finas manos. Me acerco hacia ella algo alterado, pues su cercanía segundos atrás sirvió solamente para despertar aquella parte de mi cuerpo que no deseaba tener despierta. No ahora.

—Está bien, pretenderé que ésta esfera no pertenece a la animación japonesa que adoro con el corazón, ni que tampoco perteneció al abuelo del protagonista obsesionado con la comida —dictaminé cruzando los brazos sobre mis pectorales, observando su expresión sorprendida, incrédula al hablarle de Dragon Ball Z. Suelto una risa. Evelyn se ve tan adorable cuando sonrío, cuando es ella misma. Eso lo comprobé el día que decidí esperarla dentro del bar donde trabaja.

Cielos, en esa ocasión parecía una lucecita brillante en la oscuridad, una niña pequeña

disfrutando del ballet. La forma en que movía su cuerpo, con esa sonrisa tan suya y al ritmo de la música, me hicieron entender muchas cosas, tantas que incluso me sentí mal cuando llegué a casa, mi otra casa. Ese maldito agujero negro que deseo enterrar en lo más profundo del universo junto con todos los recuerdos amargos que se empeñan en doblegarme.

Tan sólo recordar ese lugar fúnebre se me retuerce en estómago.

Yo necesito alguien con esta vitalidad en mi vida, alguien que sepa mantener mis pies sobre la tierra cuando las cosas salen mal, alguien que me haga olvidar la miserable vida que llevo, pero al recordar lo sucedido con mi antiguo amor, con mi hermosa madre, las ganas desaparecen haciéndome sentir roto y vacío.

—Hey, Dan, ¿estás bien? —la voz cantarina de Lynn me da a entender que nuevamente me extravié entre mis recuerdos, entre las pérdidas que he sufrido. Y odio cuando esto sucede. ¿Cuándo será el día en que pueda sonreír con el corazón? ¿Dónde los recuerdos se queden encerrados y me dejen vivir tranquilo? ¡Cuando!

—Por supuesto que estoy bien, la chica que me gusta está al frente mío —acaricio su mejilla con mi pulgar para demostrarle que lo que dije es cierto.

Evelynn me gusta, demasiado para mi propio bien y eso me aterra. No quiero lastimarla, pero tampoco deseo alejarme ni olvidar su sonrisa, su maravilloso rostro redondo. Tal vez sea absurdo teniendo en cuenta que llevamos poco de conocernos, pero algo me dice que nosotros nos hemos conocido antes, no sé dónde, pero lo hemos hecho.

Vaya dilema que tengo.

Ella cierra sus ojos con lentitud, es como si mi tacto la relajara y pensar eso me hace sentir bien. Muy bien. Tanto que decido atraerla otra vez a mi pecho en un cálido y fuerte abrazo. La escucho soltar un gemido sorpresivo y después, con su mano libre, enjaula mi cintura, dejándome sin aliento mientras su frente es apoyada en mi pecho. Aspiro su aroma embriagante, estando seguro que ella puede escuchar los latidos de mi corazón.

—Vainilla... es mi favorito —digo refiriéndome a su perfume. Ella asiente.

—El mío también —alza su vista, permitiendo a mis ojos perderse en sus orbes bicolors, una mezcla cafésosa con un toque de gris.

Maldición...

—Cómo deseo besarte —murmuro en su cabellera oscura, pasando una mano por su coleta bien peinada. Lynn se ruboriza ante mis palabras y sé que si tan solo me inclino un poco más, ella cederá a mi roce, a mis labios.

Sin embargo, no lo hago, y mejor la guio a mi cama.

—Espera, Dan... yo... nosotros no...

—Calla, chaparra, no es lo que piensas —aseguro al ver su expresión atolondrada. La recuesto sobre las sabanas, procurando que su cabeza quede reposando en una de mis almohadas preferidas. Sus ojos aún están abiertos e inspeccionan cada movimiento que hago, como si tuviera miedo a ser lastimada. Con suma delicadeza, y procurando no asustarla, quito sus zapatillas rojas, dejando al descubierto sus pequeñísimos dedos que me gustaría besar, acariciar. Posteriormente quito los míos, lanzándolos a cualquier parte de mi cuarto y me subo a su lado, quedando a unos cuantos centímetros de separados.

Una vez allí, giro mi cuerpo para quedar recostado sobre mi lateral izquierdo, con mi mano sosteniendo mi cráneo. Ella imita mi acción, salvo que su cabeza queda bajo ambas manos que parecen estar en algún tipo de rezo, su pierna derecha sobre la otra.

Suspiro.

Si todo sale bien, la ducha fría que tenía programada para cuando se fuera, quedará

suspendida.

Nos miramos sin decir una sola palabra, pues no es necesario estropear este silencio cómodo. Veo como poco a poco ella va cerrando sus párpados, dándome a entender que está cansada, supuse que es por su trabajo o por cuidar a su hermano. Nadie más que yo comprende lo que es cuidar de un menor y trabajar para llevar comida a la casa. Lo mismo hice cuando viví en Argentina con mi querido hermano. Aunque en mi caso fue más difícil ya que tenía que mantenerme en las sombras, con otra identidad para que el monstruo de mi padre no nos encontrara e hiciera daño.

Lynn deja salir un enorme suspiro, y enrosca su naricilla de una manera tan tierna que me hace sonreír y preguntarme qué sería despertar con ella todos los días hasta morirme. Probablemente la contemplaría mucho, al igual que me dejaría embriagar por su olor exquisito, o tal vez estuviera todo el día encima de ella, besando su piel morena, sus labios carnosos.

No obstante, alejo esos pensamientos absurdos de mi mente, lo que esta mujer menos necesita es una persona tan jodida como yo, una persona que toda su estúpida y miserable vida se la ha pasado huyendo, escondiéndose de su propia sangre.

Evelynn merece algo mejor.

—Esto es refrescante —musita. Una sonrisa se curva en sus labios.

—Lo es.

—Sabes, desde que mamá murió siempre estuve al pendiente de mi hermano, de mi padre y a veces era cansado, más porque estaba a punto de finalizar mi último año en la secundaria. Erick, mi hermano menor, era un bebé en aquella época, y papá no podía quedarse todo el tiempo en casa para cuidarlo pues alguien debía traer dinero para comer... —comienza a decir y todo el rato me la paso atento, escuchando cada palabra suya, de vez en cuando acariciando su bello rostro o jugueteando con algún mechón rebelde suelto por ahí.

Así estuvimos alrededor de tres horas, ella contándome sobre su vida de mamá joven, porque eso fue con su hermanito de apenas un año de edad. Lo crio, lo educó como su mamá lo hubiese hecho y dejó pasar demasiadas oportunidades de divertirse, de convivir con chicos de su edad. Pero eso no le importó ya que prefería perderse de esos momentos alocados con tal de ver crecer a su bebé. Igual que yo con Adrián.

Si antes pensaba que era una chica extraordinaria, ahora lo confirmo. Lynn es una completa guerrera que supo mantenerse cuerda cuando su mundo se desmoronó pieza por pieza, algo que definitivamente envidio. Yo cuando perdí a mis dos amores no pude seguir adelante, me estancué y me hundí en mis lamentos, en mis remordimientos, arrastrando a mis seres queridos conmigo.

Muy en el fondo sé que tuve la culpa de aquellas cosas y eso es algo que no me perdonaré nunca. En mis manos tuve el poder de protegerlas, pero tanto mi mamá como mi novia me previnieron de enfrentarme a Carlos. Jamás debí hacerles caso, tal vez ahorita estarían vivas, lejos de esta clandestinidad que carcome mi vida sin remordimiento.

## Seis



## Evelynn

Endemoniadamente perfecto, espectacular, único. Esas son las palabras que describieron mi cita con Dante en su casa semanas atrás.

Jamás había conocido a un hombre que pudiese controlarse de semejante manera ante mí, digo, no es que fuera una experta en la seducción, mucho menos soy una Megan Fox para traerlos babeando como perritos, pero por lo regular puedo descifrar las miradas intensas, extasiadas, de esas que lanzan millones de indirectas indecentes. Y con él experimenté eso.

Cómo siempre dicen; una mirada u acción valen más que las palabras. Al menos para mí valieron pues ver esa parte de su cuerpo despierta por mi tacto, por mi cercanía, me excitó.

Me excitó tanto que deseé tenerlo llenándome justo ahí, bajo el techo que resonaba por la lluvia, enredada con él entre las sábanas, queriéndonos, disfrutando y gozando el momento. No obstante, presentía que él no deseaba comprometerse, y es entendible ya que yo misma le dije que evitará su coquetería conmigo pues eso no le ayudaría en nada.

Sí, me hice la difícil, lo sigo haciendo, pero cuando el deseo sobrepasa la cordura no hay acción humana que aleje semejantes pensamientos impuros y calientes. Ansío tanto tener sus labios moviéndose con los míos como esa vez en el bar donde nada pareció importar salvo sus caricias cálidas y besos apasionados. Deseo cómo demente probarlo, sentirlo, escucharlo... pero, sobre todo, deseo tenerlo enterrado entre mis piernas, llenándome hasta el tope, sintiendo su bendita masculinidad follarme con salvajismo. ¡Mierda! Dante Ferrer se está convirtiendo en mi perdición demasiado pronto.

Suspiro agobiada, anotando los componentes de la anestesia que mi profesora dictó. Una vez que culmina su clase, ella sale apresurada por la puerta dándonos libertad de respirar con normalidad y es ahí donde decido alejar cualquier pensamiento perverso de mi mente ya que mi centro de un momento a otro comenzó a punzar, y me frustra no tener a alguien que se encargue de esto.

Yo podría hacerlo, pero tocarme por mi cuenta y en la universidad no me prende en lo absoluto.

Estiro mis brazos sobre mi cabeza y dejo salir un enorme bostezo que ni sabía tenía retenido mientras pienso que necesito llegar pronto a casa para arreglar mi ropa, preparar la cena e irme

corriendo al hospital ya que dejé algunos documentos pendientes del caso que atiendo con el Doctor Méndez.

Esta es una de las desventajas con mi carrera, a veces es imposible llegar a cenar con Erick ya que necesito estar al pendiente de mis pacientes, de cualquier emergencia que pueda surgir en el hospital. Como una vez nos pasó que estábamos teniendo un partido de fútbol súper intenso, ya habíamos anotado tres goles al equipo contrario y al anotar el cuarto, un mensaje llegó a mi mensáfono. Era mi superior, solicitándome para una cirugía urgente. No tuve otro remedio más que salir apresurada a la primera parada del metro, dejándole en claro a mi hermano que se regresará a casa temprano.

Por otro lado, me encanta estar ahí, sentir la adrenalina correr por mis venas cuando ayudo en las operaciones, en diagnosticar alguna enfermedad ya sea leve o terminal. Esa una sensación gratificante porque al final del día sabes que, con tus diagnósticos y cuidados, salvaste a un ser humano y plantaste una sonrisa en sus rostros.

Eso es la mejor sensación que puedo experimentar, más cuando se trata de niños pequeños.

—Necesito que le entregues esta carta a Rick, es de Emy —veo como mi compañera nocturna extiende su mano para entregarme un sobre amarillo decorado con florecitas de distintos colores.

Sonríó y ella imita mi acción.

—Hasta que decidieron hacer algo al respecto —me burlo recordando las palabras de mi hermano.

«El amor es para los perdedores, y yo claramente no soy uno, Evie.»

No. Él no es un tonto. Nadie lo es. El enamorarse puede doblarte, debilitarte, hacerte medio imbécil incluso, pero jamás te hará un perdedor. Perdedor es aquella persona que no sabe luchar, que se deja influenciar por las palabras hirientes de las demás personas, aquella que prefiere encajar en la alta sociedad sin importar los sentimientos ajenos.

Muy en el fondo supe que lo dijo por mi relación tóxica con Alonso, yo soy la culpable de que mi chico tenga esos pensamientos absurdos, lúgubres, pero de cierta manera lo estoy haciendo cambiar de opinión. Un adolescente de quince años no puede tener semejantes pensamientos por culpa de alguien que no supo darse su lugar cuando tuvo oportunidad.

—Es lo mismo que le dije a Stephen ayer en el hospital, estos niños terminaran dándome dolores en el cráneo, son más orgullosos que yo —resopla dejándose caer en la silla a mi lado. Miro por la ventana. Ahí puedo visualizar a mi querido amigo platicando nada menos que con mi karma, con el dolor que exterminé cuando se marchó.

—Tan siquiera ese orgullo no los lastimará como a una, Jenn.

La castaña guarda silencio por algunos minutos y sé que he dado justo en el punto. Al igual que yo, Jennifer experimentó de un corazón roto a temprana edad, en su caso, fue con un hombre casado. Ese miserable le prometió bajarle la luna y las estrellas, pero al final hizo como Alonso, decidió desaparecer del país, dejándola desolada, derrumbada sin siquiera rendirle una explicación. Eso es lo peor que un hombre puede hacer: ser cobarde e insensato.

Tal vez por eso la entendía muy bien, ambas sabemos lo que es perder a la persona que hacía tus días más tolerables, la que te hacía sentir esas maripositas revoloteando en tu intestino cada hora del día. Y sé que sólo intercambiamos palabras de vez en cuando, pero eso debe cambiar. Quiero que cambie. Ambas merecemos una oportunidad para cambiar nuestro destino.

Las clases restantes me la paso repasando sobre una cirugía que tendrá mi superior, dijo que si aprendía a hacer una sutura doble de aquí a media noche, podré asistirlo en la cesárea que le hará a una mujer de trillizos y el simple hecho de pensar en ello me pone la piel de gallina. Ese tipo de cirugías son emocionantes, tan emocionantes que siempre llego temprano a la sala de

operación para prepararme.

Estar al lado del Dr. Méndez es mi sueño hecho realidad desde que tengo memoria. Se le conoce por ser un obstetra muy reconocido en toda la República Mexicana. Siempre leí artículos sobre cada operación exitosa de él desde que tenía catorce años y me sorprendía que, a pesar de tener treinta y siete años, logró tanto en su carrera profesional a tan corto plazo.

A veces salgo a tomar un trago con él, en otras vamos a su casa y prepara una pasta italiana deliciosa, de esas que te dejan queriendo más, mientras miramos videos de sus cirugías.

Cuando le conté a Steph sobre mi relación amistosa con el superior, se enojó a tal grado de no hablarme durante semanas. Decía que cualquiera en el hospital podría mal interpretar nuestra relación, pero no me importó. Eduardo es un excelente hombre, un querido amigo que, al igual que Stephen, ha permanecido a mi lado a pesar de todo.

Nunca llegamos a algo más, y ni llegaremos, pues prefiero mantener su amistad que corromperla por un noviazgo que probablemente fracase. Él es un hombre recto, indomable, le gusta ser libre y no comprometerse, en cambio yo, prefiero las relaciones, lo estable, eso de andar con el Jesús en la boca todo el tiempo no me va.

Además, mi corazón parece tener dueño, un dueño de ojos verde limón. Tan solo recordar su sonrisa, sus palabras, me hacen ponerme nerviosa.

Observo mi reloj y me sorprende al ver la hora, de seguro mi chico está afuera esperándome impaciente. Guardo todos mis libros, los pego a mi pecho y salgo corriendo por los enormes pasillos de la facultad que, para estas horas, la mayoría ha ido a casa o al trabajo.

Inhalo y exhalo con frenesí, lo que menos necesito es morir mientras corro como si alguien estuviera persiguiéndome. A lo lejos puedo visualizar un Ferrari negro soltando humo. Esbozo una sonrisa cuando veo a mi querido amigo esperándome sentado sobre el cofre del auto con una enorme oblea de cajeta en mano.

Se me hace agua la boca.

—Perdóname la vida, Steph. El tiempo se me fue volando al estudiar —le explico doblándome a la mitad para recuperar mi aliento perdido. Por lo bajo puedo ver como él desciende y acuna mis mejillas con sus enormes manos. Siento mis mejillas teñirse de rojo al encontrarme con sus preciosos ojos oscurecidos.

—A mí no me pidas perdón, eso le corresponde a tu hermano —dice limpiando una gota de sudor que baja por mi frente—. Recuerda que hoy no dormirás con él, ni mañana —quita mi mochila del hombro y la sube en el asiento copiloto, posteriormente coloca la oblea en mi mano. Amo las obleas con cajeta.

—Ya ni me digas que me siento una mala hermana —bufo apretando el libro y la oblea contra mi pecho.

Stephen ladea su cabeza hacia la derecha, luce preocupado, pero aun así hace el intento de sonreírme y alborotar mi cabello como siempre.

—Eres una excelente hermana, Eve, una mujer maravillosa que dio su vida por ese chico. Deberías estar orgullosa, morenita.

—Lo estoy —afirmo—, mi hermano es un adolescente que, a pesar de haber sufrido la ausencia de su madre biológica, sigue adelante, dando lo mejor de sí mismo. Lo que me duele es no pasar tiempo con él —siento un nudo formarse en mi garganta y sé que debo de frenarme, alejar esos pensamientos tristes. No sería bueno soltarme a llorar cuando voy camino a casa a verlo.

—A todos nos duele, mírame a mí, casi ni veo a mi pequeño por estar en el hospital y en el bar, pero sé que al final todo valdrá la pena —sonríe—. Nando vale todo el esfuerzo que estoy haciendo.



Coloco una mano en su brazo y lo froto con delicadeza, comprendiendo lo mucho que este hombre adora a su hijo.

—Deberíamos de salir un día de estos con nuestros niños —inquiero haciendo un ademán para subir al auto—. Estoy segura que les encantaría.

—También lo pienso.

El trayecto a mi casa es largo debido al tráfico en la ciudad de Monterrey, por eso a veces preferimos ir en pecera o en metro pues es más fácil transitar por esos medios cuando el sol está bajando.

Mis músculos se relajan cuando mi canción preferida suena por las bocinas. Giro mi cara y observo el perfil del chico que siempre ha estado a mi lado, mientras canto la canción en mi mente.

Una hora después llegamos a casa algo frustrados por el tráfico, por qué, por segunda vez, llegaremos tarde a nuestra jornada laboral. Stephen va a darse una ducha y yo me quedo preparando la cena con la música encendida.

Preparo unos tacos de carne asada con cilantro, la comida preferida de él y espero a que la salsa roja repose en la cacerola para después vaciarla en un pequeño tazón con cuchara. Simplemente unos tacos sin salsa, no son tacos.

Erick entra por el umbral de la cocina con su típica sonrisa torcida. De inmediato recuerdo la carta que debo entregarle así que corro a mi recámara para sacarla de mi mochila, pidiéndole de favor que sirva las bebidas en el proceso. Él responde con un está bien, y yo me arranco por las escaleras. Para cuando llego a mi puerta siento el oxígeno abandonar mis pulmones por segunda vez en el día.

—¡Mierda! —reviro cuando me encuentro al castaño desnudo salir del baño. Debí tocar antes de entrar, pero como rayos iba a adivinar que apenas estaba saliendo.

—¡Oh santa mierda! —suelta de regreso cubriendo su miembro con ambas manos. Su rostro pasa de cremoso a rojo, y lo único que quiero es echarme a reír por la vergüenza que siento—. ¡Pásame la toalla! —grita bajando la mirada a sus pies desnudos.

Hago lo que me dice con manos temblorosas, sintiendo un calor sacudir mi cuerpo, haciendo sentir mis piernas débiles. Camino hacia la cama para pasarle su toalla negra y al dirigirme hacía él sin verlo, puesto que cubro mis ojos con la palma de mi mano, tropiezo con algo duro y ambos caemos al suelo. Yo encima de él.

—Te juro que no vi nada —lloriqueo escondiendo mi rostro en su torso aún mojado—. Yo solo venía por la carta de Rick, olvidé que tú aún... no quería... debí tocar.

—Entiendo, Eve, entiendo, pero por favor quítate de encima que estas aplastando mi pene y lo que menos deseo es fracturarlo —exclama soltando el aire que le fue arrebatado cuando caí encima de su cuerpo.

¡Por qué me sucede esto a mí!

Hago lo que dice y salgo corriendo de mi pieza sintiendo que en cualquier momento sufriré un ataque cardíaco. Es la primera vez que veo a mi amigo desnudo, la primera vez que sus abdominales dicen hola a mis ojos, la primera vez que toda su deliciosa y perfecta escultura queda al descubierto, y a decir verdad no me arrepiento.

Bueno si, bueno no. Dioses, ¡qué frustración sexual!

—Recuerdas el examen que presenté hace semanas —pregunta mi hermano cuando me ve entrar por la puerta de madera que separa la cocina y la sala de estar.

En automático mis pensamientos se ven fundidos.

—Claro que lo recuerdo, campeón. Estuvimos estudiando toda la noche —recalco agitada,

intentando eliminar su cuerpo de mi mente.

Piensa en Dante, piensa en Dante.

Carajo, eso no sirve de nada.

Doy unos cuantos pasos atrás, no sabiendo muy bien lo que me sucede, pero entonces me estrello con algo duro. Quiero mirar, pero estoy segura que es Stephen, así que mejor rodeó el comedor hasta llegar al lavabo. Tal vez lavando las cazuelas logre calmar mi corazón.

—El punto es que lo acredité. ¡Lo acredité! —exclama entusiasmado. Lo escucho caminar a una velocidad rápida hasta donde estoy. Sus brazos rodean mi cintura—. Estoy tan feliz, Evy, fui el mejor del salón y la profesora me exentó en el próximo examen. Dijo que, si sigo así, tendré permiso de faltar a sus clases para entrenar con el coach.

—¡Qué buena noticia, Erik! —lo felicita nuestro invitado, es entonces dónde puedo sentir otros dedos toquetear mi cintura. Me paraliza.

—Lo es, lo es —balbucea Erick en mi espalda, haciéndome retorcer por las cosquillas—. Pero deja de abrazarnos que me estás aplastando, Steph, y yo estoy aplastando a mi hermana.

El aire regresa a mí.

—Estuvo deliciosa la cena, gracias.

—Claro que lo estuvo, la preparé yo —me burlo para aligerar el incómodo silencio en los vestidores. Quito mis botines desgastados y con mi mano libre, agarro las zapatillas especiales para andar aquí en el hospital. De reojo puedo ver cómo el Dr. Peralta, o sea Stephen, quita su playera de cuello negro y coloca su uniforme rojo vino, después su bata blanca. Imito sus acciones cuando ya me aseguré de abrochar las cintas del zapato.

—Hoy es un excelente día para operar —murmura acercándose hacia mí para enredar mi estetoscopio rojizo en mi cuello, dejándolo caer sutilmente sobre mis pechos.

No puedo evitar mirarlo.

Guardamos silencio durante los próximos minutos, el acomoda sus pantalones, toma el mensáfono para introducirlo en algún bolsillo y yo estoy como tonta sentada en el sillón observando cada movimiento.

—Sobre lo que pasó en mi recámara, en serio perdón. Debí tocar antes de entrar, pero quería que mi hermano tuviera su carta lo más pronto posible.

—Ya lo discutimos en el camino aquí, no es nada, Eve. Yo olvidé mi toalla en tu cama, y tú entraste. A cualquiera le pudo haber sucedido —vuelve a decir, pero aun así no puedo dejar de sentirme tan culpable, tan malditamente caliente.

Jamás lo había visto como hombre, no hasta hoy y me molesta demasiado darme cuenta.

—Prometo recompensarte, pide lo que quieras —negocié perdiendo la mirada en la ventana. Hoy sí que será un largo día, lo bueno que esta vez no olvidé traer dinero.

—El miércoles cuando salgamos de aquí vente a mi casa, quiero pasar tiempo con ustedes y con mi hijo —sus largos dedos acarician el dorso de mi mano de una manera tan seductora que apretar mis muslos juntos ya no sirve de nada. Necesito que se vaya. Ahora—. Nos estamos viendo, morenita, que tengas muchas cirugías.

Besa mi mejilla y lo escucho salir de la sala.

Dejo escapar un gritito frustrado.



## Siete



## Dante

Desperté a las doce del mediodía con un tremendo dolor de cabeza debido al licor que consumí anoche cuando arreglaba unos negocios con los colombianos, y tan solo recordarlo me enfurece de a madre, más por la razón que mi rival vivirá bajo el mismo techo que yo gracias a las estúpidas ideas de mi padre. ¿Cómo mierdas vas a poner bajo el mismo techo a dos personas que no pueden verse ni en pintura? ¿Dos personas que tienen un pasado tormentoso, imposible de remediar o curar? Carlos es un pendejo, un maldito ingenuo que vive para joderme la vida desde que tengo memoria.

Siempre fue así desde que tenía cinco, controlaba todo a mi alrededor, decidía por mí, me decía que vestir, que comer, que ver en la televisión, con quien salir y como debía follarmelas. Hubo ocasiones donde lo pillé viéndome como tenía sexo con mi novia cuando era adolescente, y si se me ocurría chistar o decir algo al respecto, molía a golpes a mi querida madre y hermano, así que obedecía sin rebuznar, tragándome el pinche coraje más de una vez.

Incluso llegué a acostarme con cuanta persona me obligaba, según él, era bueno para su negocio.

Nunca me dejó hacer lo que me gustaba, nunca me dio libertad de nada.

Siempre quiso ser el mejor ante sus amistades, presumió tanto que su hijo mayor podía tener a cualquier persona en su cama con tan solo tronar los dedos. Y tenía razón, por algo extraño todas aquellas personas que pasaron por mi cama quedaban encantados, y la verdad no entiendo muy bien las razones asquerosas si nunca disfruté nada. ¿Qué clase de humano disfruta el sexo obligado? Claramente yo no.

—¿Otra vez te bebiste todo el tequila, Omar? —reprocha ese hombre alzando la botella al aire, llamándome por mi verdadero nombre. Vuelco los ojos. ¿A él que más le da si me bebo el ático completo? ¿No es lo que deseaba? ¿Tenerme bebiendo hasta perder la conciencia para utilizarme en sus juegos sexuales con los clientes? ¿Para mandarme a recolectar la droga que exporta a Europa? Neta que Carlos es patético.

Quito mi playera negra y quedo totalmente desnudo del torso para arriba. Necesito dormir, eso es lo único bueno que puedo hacer después de todo pues al hacerlo pierdo noción del tiempo, de los putos problemas que me rodean a diario.

—Te estoy preguntando algo, Omar. ¿O prefieres que te llame Dante? —ríe cínico—. ¡Habla por un demonio! Estoy esperando una respuesta, joder —vuelve a hablar, ahora con un tono más agresivo. Saco mi móvil y le mando un mensaje a mi chaparrita. Ella lo contesta rápido, pero antes de poder responderle, un enorme puño se estrella en mi cara. Mi trasero pega el suelo.

La furia que siento dentro de mí es inexplicable, quiero levantarme, partirle su puta madre, matarlo si es posible, sin embargo no lo hago por memoria a Elisa, el ángel que me fue arrebatado cuando era chico. Aunque sea absurdo, ella lo amaba con toda su alma a pesar de ser lo que es, a pesar de los golpes e insultos que recibió por su parte, de los engaños con cuanta prostituta se le atravesara y antojara.

Nunca la entendí, ¿por qué permitía tanto daño si tenía a hombres que la querían y respetaban con demencia? Uno de ellos era mi tío Fabricio, él la amaba con todas sus fuerzas y muchas veces lo demostró al interponerse cuando Carlos la golpeaba hasta dejarla sobre el piso sin mover o respirar. Sé que era indebido puesto que era el hermano de su marido, pero ese hombre sabía lo que quería, y él la quería a ella.

Si tan sólo se hubiera escapado cuando Fabricio se lo propuso ella estaría viva. Conmigo, viviendo una vida lejos de este monstruo.

Varias lágrimas empañan mi vista y me pierdo. Me pierdo dentro del abismo oscuro, dentro de los recuerdos que jamás podré eliminar, de las palabras o acciones que pude haber dicho y hecho con tal de salvar a las personas que amaba, que sigo amando después de tanto tiempo.

Me pierdo y deseo ser encontrado lo más pronto posible, yo no quiero convertirme en un animal como mi papá, no quiero vivir con la culpa por algo que pude haber evitado.

No quiero ser su marioneta.

Le fallé a Elisa, a María José, a nuestro bebé. Le fallé a Gustavo, mi precioso sobrino, y a Adrián, mi querido y único hermano. Pero no le fallaré a Evelyn, no permitiré que nadie me la arrebatara de mi lado sin siquiera tenerla. Debo luchar por ella, por lo que comienzo a sentir en mi pecho cada que la pienso y la veo. Así tenga que desatar una guerra en contra de mi papá y sus changos, lo haré.

Me levanto del piso limpiando con mi puño el líquido salado y rojo que corre por mis mejillas. Mi respiración está agitada, mi cabeza da vueltas y mis dedos pican por colarse en su cuello y estrangularlo hasta dejarlo morado, hasta hacerlo sentir todo el miserable dolor que él nos ha causado.

Pero me contengo, en cambio, le arrebató la botella de tequila de sus manos y la tiro frente a sus ojos, asqueado por su presencia.

Carlos contempla el cristal roto bajo sus pies.

Sonríe con frialdad.

—En tu puta vida me vuelves a decir que hacer, tú no eres nadie para mí, eso deberías saberlo, Carlos.

—Soy tu padre, así que me respetas maldito engendro —y ahí, haciéndolo tragar sus palabras, le suelto un golpe en el abdomen, haciéndolo caer sobre los vidrios rotos.

Tan rotos como esta supuesta familia.

Lo tomo de los cabellos y alzó su cabeza. Ahí le suelto otro golpe.

—Un padre jamás obliga a sus hijos hacer algo que no desean, jamás los humilla frente a las personas ni los golpea, mucho menos les arrebató a su madre de los brazos—, comienzo a decir, mi voz sonando ronca y amenazante—. Así que no vengas a decir esas pendejadas que tú no eres nadie. ¡Nadie! Ojalá te pudras en el infierno, maldito bastardo, tú y tus negocios asquerosos.

Dicho esto, tomo mi celular, una playera cualquiera, y salgo hecho una furia. Decidido a

nunca regresar a este lugar deplorable y durante los próximos días cumplo mi petición.

Es mejor estar lejos que en esa casa de locos, una casa donde bajé al infierno sin retorno. Así que hice lo que tanto me gustaba de pequeño; fui al campo de fútbol y jugué con mi equipo antiguo. Ahí me encontré con Ignacio, mi mejor amigo. Conversamos por horas infinitas sobre el césped, pasándonos el balón cómo en los viejos tiempos.

Me contó que su padre, el señor Franco, un hombre muy culto, les consiguió la convocatoria para participar en la etapa estatal y si corrían con suerte, podrían avanzar a la nacional y eso sería un gran logro tanto para el equipo cómo para él, un hombre que vive por y para el fútbol.

Cuando me lo contó no pude evitar sentirme emocionado, pasar la etapa interna es todo un sueño, ¿Pero llegar a la regional para ir a la nacional? Maldición, eso es el sueño de cualquiera. *Es mi sueño*. Siempre lo será, pero aunque intente enderezar mi camino, es muy tarde.

Un narcotraficante jamás puede alejarse de esta vida tan mierda, mucho menos sería aceptado en un equipo de fútbol conocido sabiendo que sus vidas corren peligro.

—Vaya... pensé que Carlos había cambiado, pero veo que no —resopla Ignacio, estirando sus piernas para evitar algún calambre. Le había estado contando lo que sucedió con ese hombre días atrás en su casa y realmente se sorprendió, más por el hecho que, después de tanto, me atreví a ponerle un punto final, a decidir por mí mismo y hacer mi propia vida. Una lejos de él.

—Por favor, Nacho, sabes que ese bastardo no cambiara su actitud ni bañándose en agua bendita —resoplo, viendo como el cielo comienza a nublarse.

—Realmente me alegra que hayas tomado esa decisión, Omar —dice, su mano palmando mi espalda—. Nadie más que tu merece tener una vida tranquila después de todo lo que has vivido.

—Estaré tranquilo el día que lo vea muerto —confieso sincero, mirando la cicatriz que tengo en mi mano a causa de su abuso.

—Comprendo... —dice vacilante. Carraspea—. Oye, Faby tendrá una fiesta en su casa esta noche, ¿crees que puedas venir? Realmente me gustaría que fueras, todos los del equipo irán —me dice sonriendo, poniéndose de pie para irse.

Nos despedimos de abrazo, y quedo en mandarle un mensaje para confirmar o no mi ida a la fiesta. Nacho se va corriendo hasta su automóvil antes de ser empapado por la lluvia.

De reojo veo como los niños de secundaria secan el sudor con una toalla mientras el entrenador da indicaciones. Cinco minutos después todos salen por la puerta trasera del campo. Exceptuando uno. El hermano de ella.

—Tú debes ser Erick —me acerco hacia el pelinegro. Sus ojos me rastrean completo de pies a cabeza. Toma una postura desafiante cuando su barbilla se alza, gesto que me recuerda a su hermana. Sonrió. De tal palo tal astilla.

—Puede ser. ¿Usted quién es? —su formalidad me hace sentir anciano, muy anciano. Paso una mano por mi cabello oscuro.

—Soy Dante Ferrer, un amigo de tu hermana —estiro la mano para saludarlo pero él me ignora. La retiro con incomodidad.

—Debí suponerlo —murmura casi para sí. Ahora veo la similitud gigantesca entre él y Lynn. Mismos ojos, mismo color de cabello, bueno, el de Erik es más claro al igual que su piel, pero sus contestaciones frías, cortantes, su postura, todo me recuerdan a esa lucecita hermosa que extraño.

—Esté... ¿Te gustaría ir a tomar un helado? —le pregunto de buena fe, pues si deseas ganar el corazón de la chica, primero tienes que ganarte a su familia, especialmente el hermano protector. Al menos eso dicen.

—Lo siento, pero yo no voy a ningún lado con desconocidos —suelta y sus palabras son como puñaladas a mi pecho, como ácido en mi torrente—. Menos con los que desean meterse

entre las piernas de mi hermana.

Noqueado, sin palabras, sin posibilidad de moverme. Así quedo al escuchar sus palabras venenosas. ¿Cómo sabe que deseo enterrarme entre sus piernas para hacerla mía? Rayos, este niño sí que es demasiado maduro para su edad, y será un completo reto conquistar su corazón.

¿Por qué los Martínez son tan complicados?

Suelto un bufido. Jamás en mi vida un niño me había cerrado el pico, ni hecho sentir tan despreciable.

—Bien, lo dejaremos para otra ocasión entonces —inquiero en un susurro cuando el pequeño va a muchos centímetros alejado de mí.

Una carcajada detrás de mi espalda me hace brincar.

—Su puta madre, ese niño sí que sabe dar justo en el ego —se burla Ignacio, cruzando sus brazos sobre el pecho. Le saco el dedo medio. Pero tiene razón, es muy valiente.

—¿Qué no te habías ido? —pregunto confundido, metiendo mis manos a las bolsas de mi short.

—Sí, pero olvidé mi celular en el césped —responde aun carcajeando—. Bendito sea el señor que pude presenciar esto.

—Oh cállate, Nacho, que estás en las mismas con Faby —me encuentro diciéndole al recordar lo que me dijo la última vez que lo vi.

Entro por los enormes pasillos y lo primero que mis narices resienten son el olor tan característico del hospital. Hace tanto que no pisaba uno. Me dirijo con alguna enfermera para corroborar mi cita. La chica de cabello castaño teclea algunas cosas en el computador y yo me dispongo a revisar mi correo. Nada, ningún mensaje suyo y eso me deprime. Cuando levantó la mirada, la enfermera, con una sonrisa coqueta pero amistosa, dice que en el primer consultorio del tercer piso estará alguien de apellido Martínez para atenderme. No puse atención si sería hombre o mujer, pues mi mente aún divaga en mi celular, esperanzado a recibir respuesta a mi invitación.

Subo al elevador sintiendo de pronto nervios. Pero el golpe que recibí de los guaruras de Carlos cuando salir de la casa de Faby, me dejaron con un tremendo dolor en las costillas. Debí suponer que me tendrían bien vigilado, no les conviene que esté lejos por qué al final de cuentas soy yo quien maneja el dinero y los negocios grandes con los clientes. Sin embargo, se pasaron de lanza, de perdido se hubieran esperado a que dejara la fiesta para torturarme, así hubiera evitado que otras personas salieran lastimadas por ayudarme.

Una campanilla hace ruido y sé que he llegado a mi destino. Salgo del allí para continuar la caminata de algunos treinta pasos. Demasiadas personas van y vienen, unos en camillas, otros atados a aparatos pesados siendo seguidos por enfermeras. Incluso puedo visualizar y escuchar como un superior, un hombre de algunos treinta años o más, regaña a sus internos por extraerle todo el potasio a una señora de la tercera edad. Sé que hicieron mal pues si quitas el potasio del cuerpo todo debe de posponerse, más si una persona está esperando trasplante o alguna cirugía que necesite mucha estabilidad.

De seguro tendrán mucho que explicar para no perder sus puestos.

Agito la cabeza; no quisiera ser ellos. Realmente están asustados.

—Buenas noches, la enfermera del primer piso me mandó con usted —me anunció cuando mi puño toca la puerta. Una figura de mediana estatura, con el cabello suelto hasta la cadera, se encuentra de espaldas acomodando a lo que supongo son documentos. No esperando por su respuesta, entro al lugar, cauteloso, procurando no tropezar con libros que hay esparcidos por el

piso.

La doctora continúa moviendo con frenesí los papeles y, al pararme a su lado, ella pega un brinco y yo, pues yo me quedo atontado admirando su belleza.

—No pensé encontrarte aquí —inquiero casi en un susurro, sintiendo mi corazón bombear como si fuera un automóvil de carrera. Se ve tan... sexy con esa bata blanca cubriendo su figura. Es imposible quitarle la vista de encima y no pensar en devorarla.

—Ya somos dos —sonríe—. ¿Qué te trae por aquí? —pregunta, tomando una pila de documentos en brazos y dejándolos en alguna otra parte. La sigo con los ojos.

—Un accidente, ya sabes —me limito a responder y Evelyn se detiene en seco.

—¿Accidente? Oh por favor dime que no tienes ningún hueso roto —su expresión es preocupante, su ojos se entristecen y camina apresurada hacia mí. Las ganas de besarla se apoderan—. Sabes qué, olvida eso, ve y siéntate sobre la camilla. Voy a revisarte.

Hago lo que me pide sin chistar. Este tipo de ordenes me agradan, más cuando se trata de una hermosa morena como ella.

Lynn sujeta su precioso cabello en una coleta alta, tan alta que hace lucir un cuello bronceado más largo. Trago saliva con dificultad. Algunos hombres se excitan viendo vídeos porno a todo volumen, otros mientras hablan sucio y tocan cosas, incluso cuando las escuchan gemir. Pero yo soy mucho más simple, tan simple que una coleta alta en la mujer que me fascina hace mis bolas pesar.

Maldición...

Pego un brinco cuando coloca la banda del esfigmomanómetro en mi antebrazo junto con la parte circular y metálica de su estetoscopio. Bombea sin esfuerzo y permanece concentrada en lo que hace. Segundos después libera mi brazo, por cierta razón me encuentro agitado, en necesidad de ser apaciguado.

—Tu presión algo alta, pero nada grave —informa clavando su mirada en mí—. Ahora, necesito hacerte una revisión, por favor retira tu playera y desabrocha un poco tu pantalón —indica y obedezco. Mi torso queda al descubierto cuando quito mi prenda blanca. La doctora Martínez recorre sin preocupación mi desnudez, y eso solamente sirve para ocasionar una opresión deliciosa en mi glándula.

Dios... me encanta que me vea.

Con sus finos dedos comienza a toquetear la parte baja de mi abdomen, y no puedo evitar aspirar su aroma a vainilla al tenerla cerca. Deseo tanto tenerla a mi merced, hacerla gemir y gritar, carajo, si la puerta no estuviera abierta la haría mía en este mismo instante.

Mis pensamientos son aniquilados cuando siento sus dedos presionar en la parte baja de mi lateral izquierdo, casi en la orilla del bóxer. Muerdo mi labio para no gemir del dolor.

—¿Te duele mucho? —pregunta, en ningún momento dejando la formalidad. Ella es realmente buena en lo que hace, se nota que le apasiona esta carrera.

—Sólo cuando presionas —respondo. Lynn da un paso hacia atrás. La observo relajar sus hombros. Me tomo mi tiempo en visualizarla, recorro con mis ojos verde limón su rostro completito, su cuerpo enfundado por ese uniforme rojizo oscuro, por la bata blanca. La observo y no quiero apartar mi vista, pues tan sólo verla logro calmar el huracán en mi interior y los problemas a mi alrededor parecen desvanecer.

—No parece nada grave, sin embargo, pediré una radiografía por eso de las dudas. ¿Ahora sí me dirás por qué tienes esos moretones en tu piel? —se cruza de brazos, tomando una postura intimidantemente sensual. Me bajo de la camilla, camino hacia la puerta para cerrarla y después regreso a donde ella está de pie esperando mi respuesta.



La tomó de la cintura.

—¿Cómo le haces para mantenerte tan fresca? Las otras doctoras que he tenido son unas amargadas, me hablan mal, y ni siquiera se preocupan por investigar más a fondo. Dime, ¿cómo le haces? —nuestros cuerpos están muy cerca y lo disfruto, más por el hecho que ella queda inmóvil ante mi acto repentino.

Al final sí soy capaz de ponerla nerviosa y eso eleva mi ego.

La doctora desdobra sus brazos para presionar los míos con sus manos, acerca sus labios a mi oreja y permanece ahí por segundos infinitos, unos donde puedo olfatearla a mi antojo sin parecer un demente. Su nariz frota mi lóbulo, provocándome una aceleración de pulso tremenda. Puedo sentir mi erección crecer en cada segundo pasante y cuando pienso que no puedo perder aún más la cabeza, sucede. Sus labios apetecibles rozan mi cuello lenta y ardientemente.

—¿En serio deseas saber eso? —murmura, su voz sensual mandando escalofríos por toda mi piel.

—Sí, si quiero saberlo.

Deja un último beso en ese lugar, asciende a mi oreja para decirme y para cuando sus labios rozan intencionalmente mi lóbulo una vez más, ya estoy perdido. Si ella me dijera que hiciera algo, cualquier cosa estúpida con tal de estar enterrado en su cuerpo, lo haría. Por esta lucecita haría lo que fuera, incluso dejaría que me amarre en la cama o en la silla.

—La masturbación, Dan, es jodidamente mágica —suelta y cuándo hace amago de alejarse, mi mano enjaula su cintura. La pego a mi pecho con fiereza, a mi notable erección que ella misma despertó. Sé que le había prometido no hacer nada al respecto pero es imposible no pensar en todo lo que podría hacerle con mis labios, con mis manos, en todo lo que me provoca su simple cercanía.

Quiero poseerla, tenerla para mi solito. Quiero perderla y cubrirla en un manto de placer, de lujuria que jamás olvidará. Y pronto lo haré. Mi boca tiene que navegar por toda esta piel morena que me embrutece así tenga que suplicarle de rodillas por su permiso.

## Ocho



## Evelynn

Una demente. Eso me describe cuando decido dejar a sus manos explorar mi cuerpo, mi cintura, mis glúteos, sin retenimiento. Verlo sin camisa, pasar mi mano por su enorme espalda y visualizar sus abdominales, me doblegan.

Me doblegan tanto que le permito subirme a la camilla y quitar mi bata blanca junto con la playera rojiza del uniforme, dejándome solamente en un sostén negro con encaje en la parte superior donde se abultan mis senos. Los ojos de Dante cobran vida en cuestión de segundos.

Hago amago de morder el interior de mi mejilla al sentir su erección presionar contra mis paredes ya húmedas, pero cuando estoy a nada de hacerlo, sus labios carnosos deciden comenzar un recorrido tortuoso por mi piel canela, haciéndome atragantar en el proceso.

Su nariz se hunde en mi melena ya alborotada y lo escucho aspirar mi aroma a vainilla. Cierro los ojos mientras me dejo llevar por sus manos expertas, que, de un momento a otro, se colaron dentro de mis pantalones.

Sus labios descienden por mi cuello, zona donde mechones de cabello castaño oscuro caen cubriendo una parte, pero él los mueve sin problema con alguno de sus dedos largos. Ahí deja besos suaves, traviosos, excitantes; con sus algodones esponjosos succiona y lame a su antojo ese pedazo de piel descubierta, y estoy segura que si continúa haciéndolo, una marca rojiza, tan roja como el uniforme, quedará tatuada en mi clavícula.

Pero no me importa.

Aprieto las orillas de la camilla pues tengo miedo a caer y estropear todo. Dante, utilizando su lengua puntiaguda, traza un camino mojado por mi pecho hasta que llega al valle escondido, ahí repite la misma acción que en mi cuello: succiona, muerde, lame, suficiente para hacerme tirar la cabeza hacia atrás.

¡Maldita sea! Lo necesito con urgencia.

—Evelynn... —murmura tan endemoniadamente erótico con su voz enronquecida, permeada por el deseo, la pasión, el pecado. Una presión en mi centro corta las palabras que estaban a punto de salir por mi boca, así que no digo nada, mejor le enseño.

Con manos temblorosas, pero de decididas, desabrocho mi sostén, dando libertad a mis chicas que ya lo esperan ansiosas, despiertas. Tomo una de sus manos entre la mía y la coloco encima de una, Dan abre los ojos de par en par y, al paso de los segundos, su mirada limón es

oscurecida a un verde pantano, un verde explosivo, irreal. Masajea como si estuviera moldeando plastilina, o creando algún jarrón de barro, lo hace suave, delicado, pero sin perder ese toque ardiente, atrevido. Mi cabeza cae hacia atrás una vez más y mi espalda se enarquea al sentir sus deliciosos labios tirar uno de mis montículos excitados. Hundo mi dedos dentro de su pantalón, o su bóxer, yo qué demonios sé, sus labios empañan cualquier pensamiento sano así que es difícil distinguir algunas cosas.

El ojiverde traza círculos con su lengua alrededor de mi pezón, y con su mano toma la parte trasera de mi nuca para encararlo, para verlo jugar a su antojo. Sus ojos escrutándome hacen la escena más erótica, más palpable.

Intento ahogar los gemidos que sus acciones provocan pero es imposible, lo único audible en el consultorio son nuestros jadeos cortados, los gruñidos desesperados.

Una de sus manos libres acaricia mi punto débil y es ahí, en ese preciso instante donde exploto por completo, donde necesito mucho más que toqueteos y lengüetazos.

—Señor Ferrer... —digo y él funde mis palabras no terminadas en su boca.

—No diga nada, Doctora...

Hago caso.

Segundos después, el sonido de su cinturón estrellarse con el piso de mármol me alivia y sé, por segunda vez en mi vida, que quiero experimentar esto con alguien, con él, sólo él, porque poco a poco, sin prisas ni obligaciones, Dante Ferrer fue metiéndose bajo mi piel, dentro mi corazón. Este hombre logró lo que ninguno pudo en tantos años; me hizo creer que después de sentir frío por la muerte de un ser querido, por un amor traicionero, si es posible sentir calor.

Me volví a sentir mujer.

—¿Estás segura, chaparrita? ¿No te será incómodo? —pregunta preocupado al acercarse y quitar mis zapatillas y mis bragas para dejarlas caer como un enorme charco bajo sus pies. Le sonrío, enternecida.

—Nunca he estado más segura de algo, Dan. Deseo hacerlo contigo, sólo contigo —susurro, enjaulando su cintura con mis manos. Pronto sus brazos rodean mi espalda y mi rostro queda hundido en su pecho acelerado, en este aroma varonil suyo que me enloquece.

—Está bien —frota mi espalda—. Prometo no lastimarte.

Dicho esto, siento su miembro hacer paso entre mis pliegues húmedos, y, aunque siento dolor cuando toda su extensión entra, procuro no soltar ningún quejido. Se mueve lento, como si estuviera bailando alguna melodía pacífica, deliciosa, su rostro se hunde en la curva de mi cuello, ahí deja un beso.

Lo escucho murmurar palabras etéreas, llenas de seguridad, de pasión, de esas que te hacen transportarte a otro mundo donde no existe nadie salvo los dos cuerpos queriéndose, probándose.

Entonces comprendo que los milagros existen, que después de vivir dentro de un callejón feo, los jardines coloridos llegan a tu vida disfrazados de hombres como él, hombres que saben esperar aun cuando sus deseos carnales excedan el límite.

—Ella es Melina Tijerina, tiene veinticinco años y sufre de traumatismo abdominal —comencé a explicar mientras mis compañeros escuchan atentos a lo que surge entre el doctor Méndez y yo.

La paciente muerde una de sus uñas con nerviosismo, y es lógico pues cuando tienes a muchas personas observándote como si fueras un pedazo de carne, algún aperitivo, lo único que deseas

hacer es desaparecer. Así me sentí la vez que me internaron de pequeña en el hospital cuando me diagnosticaron con problemas en el corazón, estuve internada por casi un mes que el hospital se convirtió en mi hogar, en un lugar donde, a pesar de tener a cientos de personas revisándome casi las veinticuatro horas del día, me sentía en paz.

Por eso decidí estudiar medicina, por qué cuando yo enfermé, ellos hicieron hasta lo imposible por mantener una sonrisa en mi rostro, por no dejarme caer cuando sentía no poder más con los tratamientos. Al igual que me sucedió a mí, yo quise brindarles esa felicidad a las personas cuando salen bien de sus operaciones, cuando están curados, quiero ser capaz de llevar un poquito de luz en sus días grisáceos.

Vivo por y para la medicina, para ayudar a las personas como alguna vez me ayudaron a mí.

—Muy bien doctora Martínez —dijo mi superior, cruzándose de brazos y llevando su mirada a los demás que residen en el cuarto—. ¿Alguien sabe qué procede?

Steph levanta un dedo en señal de que va a hablar.

Todos lo escuchamos atentos, algunos internos con el bolígrafo y cuaderno en mano.

—Debido a que presenta golpes contusos en la parte del abdomen, y una herida de bala que no sabemos su profundidad, tendremos que hacerle primero una tomografía seguida del rayos X para verificar que tanto daño hay en su interior.

—Y en caso de que encontremos el peritoneo dañado, o manchas oscuras entre el tejido subcutáneo que rodea el abdomen, procederemos con la operación lo más pronto posible —complemento lo que él dijo cuando me hace la seña que sólo nosotros sabemos.

El doctor Méndez asiente con su cabeza, estando de acuerdo con lo que dijimos.

Esta es una de las razones por las cuales me fascina tener casos con Stephen, somos un buen equipo que nadie ha sido capaz de vencer, somos dedicados, entregados en lo que hacemos, responsables y sobre todo, nos complementamos a la perfección, si él dice algo, yo lo término o viceversa. Nacimos para estar juntos.

Méndez dice algunas cosas a la paciente, ella asiente, aterrada, y después, con su mano izquierda, el doctor frota su nuca haciéndolo ver exhausto, con sueño, e incluso puedo ver cómo los rizos que tenía en su perfecto cabello castaño, han desaparecido.

Lástima de cabello.

Segundos después nos pide a todos que salgamos del lugar para darle algo de privacidad a la paciente con su pareja, y, aunque quiera ignorarlo, ella no luce tan feliz cuando salimos fuera.

—Muy bien hecho, Eve, cada día me sorprendes más —me elogia mi superior, frotando su hombro con una mano. Dejo el folio metálico de Melina a un lado para ponerle atención.

—Muchas gracias, doctor, hago mi mayor esfuerzo —le sonrió y él remueve un mechón de cabello que se ha soltado de mi coleta. No puedo evitar sentirme nerviosa.

—¿En qué quedamos, Evelynn? —cuestiona fingiendo enojo. Río por lo bajo.

—Disculpe doctor, digo, Eduardo, sabes que es difícil tutearte después de todos los rumores que hay aquí en el hospital.

—Como tú dijiste, son rumores. No tiene nada de malo que me llames por mi nombre. Además, tengo una invitación que hacerte. ¿Estás libre esta noche? —pregunta, metiendo ambas manos en su bata blanca.

Paso saliva. Nunca he sido fanática de dejar plantados a mis compañeros, menos cuando se trata de mi superior, pero esta vez no puedo aceptar su invitación.

No cuando quedé en ir a la casa de Steph hoy al salir.

—Lo siento, Eduardo, tendrá que ser en otra ocasión —le digo sonriendo, tomando el folio entre mis manos y saliendo en dirección a los casilleros.

Es hora de descansar.

Al llegar me encuentro con una enorme espalda ancha desnuda y de inmediato sé que es mi cita. Me acercó con cautela, no queriendo interrumpir a lo que parecen pensamientos muy emocionantes. Quito mi bata blanca, mi estetoscopio, dejó el mensáfono dentro de mi cajita donde guardo algunas pertenencias y después tiro de mi uniforme, quedando solamente en bragas y sostén.

—Alguien anda de buen humor —chifla mi compañía, acercándose a un lado para ayudarme a recoger la ropa que cayó al suelo.

—Claro que ando de buen humor, Steph, está noche no ocuparé a Manuel —suelto haciendo un ademán con mis dedos índice y medio. El rostro de mi amigo cambia de color abruptamente. Una sonora carcajada escapa de mis labios.

A pesar de que es muy activo en su vida sexual, y de que comparto todo con él, todavía se sonroja al saber que me masturbo a diario para encontrar la felicidad que nadie ha logrado darme. Bueno, hasta el día de hoy.

—Siempre tan sincera —su cabeza se mueve de izquierda a derecha mientras su lengua hace un tipo de chasqueo cómico. Adoro ponerlo incómodo.

—Así me quieres.

—Cómo no imaginas, morenita.

Una vez vestidos y con nuestros maletines en mano, salimos a los estacionamientos en busca de su automóvil. Mientras caminamos, Stephen me cuenta que una interna a su cargo lo está volviendo loco. Desesperadamente loco. No sabe qué hacer con ella, siempre se le insinúa, le dice cosas pervertidas y en cada oportunidad, cuando nadie los ve, ella le mete mano, literal. Incluso dijo que anoche le tocó su paquete así, sin inmutarse, sin importarle nada y si no hubiese sido porqué Jenn llegó a tiempo, lo más probable era que esa chica lo hubiera violado en pleno cuarto de la morgue.

—Vaya, qué suerte tienes —me burlo apretando mi abdomen por las carcajadas que salen solitas de mi garganta. Pero es inevitable no hacerlo, su situación es para morir.

—Oh calla, Lynn, que no es nada lindo estar en esa situación así y menos en medio de puros cadáveres —refuta girando el volante a la derecha. Cruzo mis brazos bajo mis senos, de pronto sintiendo una excitación enferma por hacerlo en la morgue con Dante.

—¿Desde cuándo te importa en qué lugar lo haces, hombre? Tú nunca te dejas amedrentar por tan poca cosa, o dime ¿acaso la chica no te gusta?

—Tiene buenas curvas y sus pechos estás para morir asfixiado entre ellas pero...

—¿Pero? —cuestiono, sintiendo una intriga inmensa.

Él nunca piensa las cosas, no cuando se trata de sexo y mujeres, es más, nunca piensa nada, siempre sigue su instinto y esta vez me sorprende. Mi querido amigo por fin está madurando a no ser qué...

—Dime que no es lo que estoy pensando —me quejo boquiabierto. Abriendo los ojos como platos.

—No estoy enamorado, Lynn, al menos no creo poder sentir algo después de lo que la perra de Carolina me hizo —espeto, amargo, perdiendo su vista en la calle frente nosotros.

Odio verlo triste por esa mujerzuela que no supo valorar el gran hombre que tenía frente a sus ojos. Mira que dejarlo a él y a su bebé para largarse con otro tipejo no fue humano. Por la culpa de ella Stephen es lo que es, alguien que solamente ve a las mujeres como un objeto sexual que puede utilizar a su antojo, por su maldita culpa mi amigo ha dejado pasar demasiadas oportunidades para ser feliz, pero especialmente, por darle una madre a su pequeño niño.

¡Lo que hizo Carolina es imperdonable!

—¿Conozco a la chica? —pregunto para cambiar de tema.

—N-no —balbucea nervioso, sacando la llave para meterla al picaporte.

Nos adentramos a su casa y, al hacerlo, un precioso niño de ojitos azules corre a mi dirección, sonriendo. Abro mis brazos para que Nando se aviente en ellos. Mi plática con su papá será para otra ocasión.

—Le dije que tenía que hacer la tarea pero no me hizo caso —dice mi hermano, cruzándose de brazos. Hoy era el día que juntaríamos a nuestras criaturas para tener una cena familiar y salir a ver alguna película al cine ya que los niños necesitan una distracción de sus colegios. Y claro, nosotros también. Más por el hecho de que nuestro servicio social está llegando a su fin, lo que significa que estaremos atareados con trabajo.

—¿Es cierto eso, cariño? —le pregunto al pequeño mirándolo a los ojos. Él baja su cabecita, una de sus manos se aferra a mi pecho.

—Yo etaba epelando a papi y mami, pelo Elick no quelia —murmuró casi al borde del llanto, suficiente para apretarlo a mi pecho y besar su coronilla. Este niño es muy tierno, muy sensible que me da miedo dejarlo solo. Me recuerda mucho a cuando Erick era un bebé, siempre procuraba llegar temprano de la escuela para cuidarlo puesto que papá salía en sus viajes por semanas enteras y no contábamos con niñera.

—Ah sí, ¿y para que mi amor? —ese fue Steph.

Puedo jurar que quiere reírse, pero si lo hace, Fernando jamás se lo perdonara. En cambio, mejor se acerca hacía nosotros y nos enjaula con sus enormes brazos a los dos. Erik se nos une al paso de los segundos.

Mi amigo se tensa cuando el pelinegro enrolla su brazo en la espalda de él.

—Pala eto.

Fernando se remueve entre mis brazos y sé que quiere ser puesto en el piso. Una vez ahí, corre hasta el sofá para traer un cuaderno entre sus manos. Lo abre por la mitad y un hermoso dibujo a color nos da la bienvenida a los tres.

—Pero que belleza, Nandito. ¿Tú lo hiciste? —pregunto entusiasmada y él asiente. Acaricio su cabellera—. ¿Quiénes son?

—Papi Tefen, mami Lynn, y manito Elick.

Esto, sólo necesito saber esto para sentir el agua bajar por mis mejillas. Realmente no sabría qué hacer si esta criaturita no estuviera a mi lado. *A nuestro lado.*

## Nueve



## Evelynn

Llegamos del cine temprano puesto que Nandito se quedó dormido a media película de Civil War, fue una lástima que sucediera porque realmente deseaba verla hasta el final, pero ya habría otra ocasión para terminarla cuando tuviera descanso o turno en la noche.

En el recorrido a casa, Stephen llegó a un restaurante de comida rápida y pidió tres hamburguesas con extra queso y muchas papas fritas, también algo de pepinillos sueltos ya que son mis preferidos. Una vez en su hogar, acompañados de nuestra serie preferida, cenamos la deliciosa comida y, cuando el capítulo terminó, jugamos al jenga por horas donde las carcajadas resonaron por las paredes que incluso la vecina vino a callarnos, casi me avienta su chancla cuando abro la puerta.

A las doce y cuarto Erick cayó rendido sobre la mesa como es ya de costumbre. Pero era de esperarse después del entrenamiento con su equipo de fútbol y más porque las semifinales están a la vuelta de la esquina.

—Me sorprende que haya durado tanto despierto —murmura Steph, acariciándole la sien a mi hermano.

Una sonrisa aparece en mi rostro. Me encanta la forma en que lo trata, es muy cariñoso, amable. Le pone atención, juega con él, salen a lugares juntos, todo lo que un padre haría con su hijo. Y si no me equivoco, mi hermano le ha tomado mucho cariño a este maravilloso hombre, lo cual es sorprendente pues él no confía en nadie debido a lo de mi ex pareja.

Desde que papá consiguió su trabajo como trailerero son muy pocas las veces en que lo tenemos en casa, en que Erick lo ve, por eso prefiero traerlo aquí en mis días de descanso, tan siquiera se olvida por ratos que está solo y que tiene tarea que hacer. Muchas veces me ha cuestionado sobre mamá, y cada que lo hace, no puedo evitar soltarme a llorar cuando él no sé percatada. Lo que sucedió aquel invierno en el centro comercial fue atroz, deplorable, desgarrador. Me marcó tan profundo que no sé si algún día sea capaz de borrar todo lo que vi, lo que sentí.

Sólo fueron tres jodidos minutos donde me descuidé para ver un gorro de gato en la vitrina cuando los gritos, el humo y los balazos resonaron por las paredes, asustándome, paralizando mis movimientos.

—Evie, toma a tu hermano y corre, cielo, corre y no mires hacia atrás —había dicho mi

mamá, alterada, mientras me daba a Erick en brazos con su maletín de pañales. La miré petrificada, yo no pretendía dejarla sola en plena masacre, menos sabiendo que papá estaba lejos, fuera de nuestro alcance para salvarnos.

—Pero mami... Yo no puedo...

—¡Entiende Evelyn! Vete, no quiero que les suceda algo —las lágrimas salieron de mis ojos sin avisar. Tenía miedo, mucho miedo, pero la obedecí—. Lo siento princesa, solo... por favor hazme caso, protege a tu hermano, nunca lo dejes solito, recuerda que come cada dos horas, y que odia dormir sin calcetines.

Sus palabras fueron como una cruel despedida que estragaron mi débil corazón, pensé que solo era mi imaginación, que tanto medicamento me estaba jugando una mala pasada, pero me equivoqué. Esa fue la última vez que escuché la voz de mi mamita querida, y no puedo evitar sentirme la peor hija del mundo; mi madre dio su vida para protegernos, para asegurarse que esos malandros no nos hicieran daño. Recuerdo que ese día corrí sin parar, sin soltar a mi hermanito de tan sólo diez meses, lo pegué a mi pecho y salí del lugar para esconderme detrás de algún basurero o edificio, yo... necesitaba mantenerme viva para cuidar de Erick.

Y así fue.

Aun así me culpo, yo pude haber hecho algo, yo pude haberla salvado. Papá muchas veces me decía que las cosas sucedían por algo, que no debía culparme por una situación que ni Dios pudo controlar, pero es imposible no pensar en ello cuando mi pecho arde cada que recuerdo eso.

—Morenita, vamos, es hora de dormir —la voz ronca de Stephen me regresa a la realidad de un tirón. Paso mi mano por mi rostro para limpiarme las gotas de agua que ni sabía habían salido. Sigo al castaño hasta su recámara, absorbiendo quedito pues no deseo preocuparlo, mañana tiene que despertar temprano para irse al último día en el bar ya que trabajar y estudiar no le está resultando como él pensó. Lo bueno de eso es que tendrá más tiempo para dedicarle a su hijo, y de paso para cuidarme a Erick cuando las cosas se me compliquen.

Entramos por la puerta procurando no despertar a los niños, y antes de que se deshaga de su ropa, lo enjaulo con mis brazos, recargando mi frente en la espalda que conozco de memoria. Aspiro su aroma a cítricos.

—¿Podrías llevarme a la casa de Dante, por favor? —pido a susurros, sintiendo una presión en mi pecho. Lo necesito, quiero verlo y poder sentirlo, quiero sentirme viva, algo que a su lado logro muy bien.

—¿Ahorita? —asiento.

Mi amigo suelta un bufido cansado, pasa una mano por su cabello, gira para encararme preocupado, pero no dice nada, en cambio, toma mi rostro entre sus manos y besa mi frente como costumbre, después mi mejilla algo húmeda.

—Sólo prométeme que no vas a llorar, odio verte así, Eve —sus palabras son un suplicio doloroso. Sabía que mis lágrimas no pasarían por apercibidas, no con él. Me conoce demasiado bien que incluso sabe las fechas de mi periodo, obviamente me evita esos días ya que soy insoportable.

—Te lo prometo, Steph.

Camina hasta su escritorio desordenado para tomar las llaves del auto. Con la mirada me dice que salga de la recámara y no necesito nada más. Minutos más tarde conduce por la ciudad solitaria, a la dirección que le proporcioné. Cierro mis ojos e aspiro el aroma a durazno que desprende el aromatizante que coloqué en la mañana, sintiéndome mucho más tranquila.

Cuando llegamos al emporio de Dante, le doy las gracias y bajo corriendo, dispuesta a enfrentar lo que sea con tal de verlo, de sentir sus manos recorrer mi piel, sus labios probarme.



Necesito con urgencia saber que él está para mí, para escucharme, para complacerme.

Llego al portón con la frente perlada en sudor, con las piernas temblorosas y me reprimo mentalmente por haber corrido, en mi condición no es recomendable hacerlo. Cualquier esfuerzo en exceso me puede hacer entrar en paro.

Los guaruras me interrogan, hablan por un aparato que desconozco y pronto me dan el paso, no desaprovecho ningún momento para entrar por los lugares que ya conozco. En la puerta, un hombre de torso desnudo, con barba incipiente, me recibe sonriente.

Muerdo mi labio, luce tan sensual sin playera y más con ese tatuaje en la parte baja del abdomen, justo donde comienza la línea "v". Oh esa línea.

Pierdo noción del tiempo en que llevo mirándolo con descaro, pero es imposible ignorar ese torso desnudo bien trabajado. Me encantaría pasar mis labios por cada rincón de su piel, sentirlo estremecer ante mi tacto, y quién sabe, también estaría dispuesta a averiguar qué tan lejos podríamos llegar sin miedo a ser descubiertos por sus trabajadores.

—Si continúas devorándome con la mirada no podré contenerme —dice en un tono peligroso, oscuro, excitante. Aprieto mis muslos juntos y muerdo mi labio inferior cuando aquella sensación aniquiladora cosquillea en mi clítoris.

—Nadie te pide que lo hagas —respondo atrevida, acercándome y tomándolo de la nuca para estampar mis labios con los suyos con urgencia.

Dante queda inmóvil, pero conforme pasan los segundos, corresponde mi beso agresivo. Nos adentramos azotando la puerta con fuerza, pegando nuestros cuerpos como si dependiéramos de ello para vivir, para respirar.

Los adentros de la casa están completamente oscurecidos, lo que hace incrementar la adrenalina, el deseo por hacer cosas malas, si acaso puedo visualizar alguna veladora encendida al final del pasillo, entonces me pregunto si hubo un apagón en la ciudad.

Me despego de sus labios al sentir el aire faltarme, solo a mí se me ocurre aventármele como animal salvaje.

—Me parece que su paciente requiere de un examen físico, doctora —murmura en doble sentido, llevando mi mano temblorosa a su enorme bulto. Sé a dónde quiere llegar y no desperdicié ningún segundo más. Al fin de cuentas nada pierdo, me desea, lo deseo, ¿qué más podemos pedir?

Me pongo de cuclillas, importándome poco lo frío del piso. Con lentitud bajo su short holgado, seguido por sus bóxers, dejándolo al descubierto para mí. Paso mi lengua por mis labios, extasiada por sentirlo tan emocionado, tan despierto gracias a nuestro beso. Mi mano rodea su extensión; comienzo a hacer movimientos sincronizados, suaves, cada y cuando aprieto para hacerlo gemir. Así transcurren demasiados minutos, yo jugando a mi antojo, haciéndolo maldecir, gruñir, retorcerse por mi tacto. El cosquilleo en mi centro cada vez es más intenso y apretar mis piernas ya no sirve de nada. Pero me controlo, debo hacerlo.

Por ahorita.

Cuando los movimientos de mi mano ya no son suficientes, acerco mi boca a su miembro, lo visualizo como cuando veo mi comida preferida y posteriormente lo introduzco en mi boca, enterito. Comienzo a succionar, a lamer, a probarlo como si fuera un caramelo diseñado especialmente para mí, un putito caramelo que me enloquece y enciende las cenizas dentro de mi cuerpo.

Sus jadeos son cada vez más eróticos, más enardecientes y sé que estoy haciendo un buen trabajo.

Entonces, una idea loca llega a mi mente de imprevisto. La pongo en práctica. Mientras

devoro su extensión, con una mano libre jugueteo con sus testículos, haciendo que los gemidos sean más intensos, más agresivos y que resuenen como largos ecos por la casa solitaria. Dante gruñe como león.

Lista para intensificar los movimientos dentro de mi boca, ahueco su trasero con ambas manos para introducirlo más hondo, para devorarlo con más descaro y posesión. Siempre fui fanática de ser quien lleve el control de cualquier situación, no me gusta que me posean, pero si poseer, lo disfruto demasiado y es algo que nunca cambiará en mí, pero a su lado, dudo mucho mantener mi régimen pues algo tiene este hombre que me hace querer ser doblegada, manejada como una marioneta cuando se trata del encuentro sexual, si bien no he tenido tantas experiencias sexuales, sólo una, se lo que me gusta que me hagan, cómo y por dónde. No por nada experimenté en vano con mi dildo, juguetito que mi querido y considerado amigo me regaló cuando cumplí años.

Sus manos fuertes tiran de mi cabello ahora suelto y eso sólo provoca que un gemido torturado escape de mi boca ocupada.

—Cielos Lynn... detente... —suplica cortado, alejando mi cabeza a un lado. Caigo en mi trasero por mi desequilibrio mientras pruebo su calidez salada que terminó derramada en mi piel, en mi pecho descubierto.

El ritmo de mi corazón cambia velocidades muy rápido, tanto que necesito respirar bien si es que deseo continuar con este acto placentero. No obstante, mi acción es interrumpida cuando una de sus manos tira de mi ropa junto con mis bragas, y sin avisarme, sus labios asaltan el nudo de nervios que se creó entre mis piernas.

Quiero hablar, pero su lengua probando mis pliegues húmedos me hacen apretar mis labios con fuerza. Nunca pensé que tener a alguien devorando mi sexo como él lo hace sería tan gratificante y caliente. Lengüetea mi centro con desespero, y eso solo me hacen retorcerme como una anaconda en su nido. Tiro de su cuero cabelludo en un intento por sostenerme, pero lo único que consigo es que su acción se torne violenta, agresiva. Segundos después su lengua folla mi entrada.

Satanás, llévame ya.

—D-dan... —gimoteo, desesperada por sentirlo llenándome, estirándome como aquella vez en el hospital. Con mis manos le suplico lo haga, pero ignora mi petición. Dos de sus dedos se introducen en mi vagina, y estoy consciente de que en cualquier momento me correré. Sin embargo, mi compañía detiene su acción y no puedo sentir otra cosa más que mis adentros contraerse deliciosamente por la tensión generada y no liberada.

Lo escucho sacar un empaque de su short regado, lo abre con premura, el delicioso ruido llenando mis tímpanos. Lo coloca en mis manos.

—Pónmelo —ordena, su voz más ronca de lo normal, incluso podría decir que algo fría. Obedezco. Tomó el condón entre mis dedos, me acerco cautelosa, temerosa de golpear mi frente con algo. Con mi mano deslizo todo el látex sobre su miembro, le doy un apretón. Dante maldice.

Más pronto que nada, me encuentro boca abajo, con mis senos esparcidos por los mosaicos, sintiendo la frialdad envolver mis pezones. Él se acerca a mi oreja izquierda, murmura algunas palabras sucias que no entiendo muy bien. No obstante, cuando sus manos me hacen hincar, cuando siento su dedo frotar el lugar prohibido de mi trasero, una electricidad inmensa me recorre de cabeza a pies. Es algo que no puedo controlar. A punto de preguntar lo que está haciendo, siento su miembro deslizarse dentro de una sola embestida. Ahogo un grito.

—Due-le... —me encuentro diciendo, pero no me escucha. Él está sumido en su propia burbuja lujuriosa, una donde ahora sé que no tengo acceso. Intento no llorar, pero el dolor que

siento en mi trasero es mucho para soportarlo. Muerdo mi labio inferior con fuerza, un saborcito raro me da la bienvenida—. Dan... Por favor detente, me estás... lastimando —vuelvo a decir, pero ahora con las lágrimas inundando mi boca. Santo apocalipsis de películas... ¿Por qué nadie me dijo que el sexo anal era más doloroso que el normal? Estoy segura que mañana no podré ni moverme.

Un líquido caliente cae por mi espalda desnuda, sus movimientos han cesado, mi dolor no. Hago amago de moverme, pero es inútil, su cuerpo entero ha caído encima del mío, pegándose aún más al piso.

—Perdóname —susurra por mi cuello cubierto en sudor, es ahí donde una absorción de su nariz me da a entender que algo está mal. Mi Dante está llorando. Quiero moverme para abrazarlo, para decirle que estoy bien, que solo es un dolor sin importancia, pero no puedo—. Te necesito, chaparrita, vayamos a dormir... te lo suplico —pide con la voz rota, mi pecho se hunde.

¿Hay algo peor que escuchar a los hombres llorar? Sí, y es escuchar a mi hombre llorar por algo que no comprendo. Pongo mis manos al frente para poder ponerme de pie cuando él me deja libre, pero al hacerlo, una humedad en mi mano derecha me hace bajar la mirada. Sangre. Llevo una mano a mi retaguardia y al volverla, la encuentro roja. ¡Roja! Siento el piso moverse y lo último que veo es a Dante meter las manos frente a mí para atraparme.

## Diez



## Dante

—La merca está lista para ser enviada cuando usted lo ordene, patrón —informa Tigre, posando su mano en el águila que tiene su cinturón. Aprieto los puños a mis costados, sintiéndome impotente, un ser miserable que rompe las leyes, porque en efecto eso es lo que hago.

—Ya te dije que no me digas así, tu único patrón es Carlos, yo aquí no soy nadie, Tigre, además, hoy mismo dejo el cartel para comenzar una nueva vida —reviró algo irritado por la situación. Seguía sin comprender cómo demonios dieron con mi casa, se suponía que era un lugar de alta seguridad, que nunca nadie podría dar a este emporio, pero veo que me equivoqué. Como siempre.

Ahora todos los hombres de Carlos Guerrero invaden mi casa, descargan su mugrero en el césped que con mucho trabajo corté y guardan armas de fuego detrás de los árboles.

Froto el puente de mi nariz con mis dedos índice y pulgar. Carajo, necesito dejar esta miserable vida si es que algún día deseo construir una familia.

—Mire, patrón, no quiero ser grosero con usted después de todo lo que hizo por mi familia cuando los jalisquillos atentaron contra nosotros, pero sí puedo decirle unas cuantas cosas como amigo y fiel trabajador —suelta el hombre, acercándose con cautela, es obvio que nadie puede escuchar nuestra conversación.

Siempre ha sido así desde que tengo memoria, necesitas cuidarte bien las espaldas por qué nunca sabes cuando el enemigo vaya a clavar sus uñas y sacar tus sesos para dártelos de comer, así acostumbran todo en este puto lugar, te equivocas, te matan, dices una mentira, te matan, robas la novia u esposa de alguno, ten por seguro que te matan a sangre fría.

»Nadie más que yo comprende lo que es vivir escondiéndose en las penumbras, con temor a recibir un pinche balazo en la frente o ver a tu familia en algún pozo, pero es imposible escapar —suspira y aprieta su agarre sobre el cinturón. Lo miro dubitativo, cubriendo los rayos solares que queman mi frente con la mano—. Así que por favor piense bien las cosas, lo que menos necesita en su vida es otro desastre como aquel, y, si realmente quiere a la muchacha que está durmiendo en su cama —apunta a mi casa con la cabeza —en este preciso instante, déjela ir, se lo que le digo. Primero arregle este asunto tan cabrón, haga lo que sea para que salga ileso, no sé, cámbiese la identidad otra vez, píntese el cabello, algo, por qué yo veo lo mucho que esa morena

le importa, y ambos sabemos que salirse de este mundo es con los pies por delante. Cuídese, pero, sobre todo, cuídela patrón.

¿Qué la deje ir? Ja. Como si eso solucionara la puta vida que llevo, pero en parte Tigre tiene razón, yo no puedo arriesgarla, no puedo permitirme verla muerta por mi culpa, esa mujer merece algo mejor que un novio delincuente. Sí, Evelynn se metió en mis entrañas muy pronto y dejarla ir me será como una patada en el hígado, pero si realmente deseo verla bien, sonriendo, pero más que nada, con vida, necesito poner punto final a lo que apenas comienza a surgir entre ambos, ella es una mujer fuerte, extraordinaria y con muchas virtudes, sé que podrá encontrar a alguien mejor y tener la vida que cualquier mujer desearía, que es tener una familia y vivir en la tranquilidad sin miedo a dormir y no saber si va a despertar.

Mi chaparrita merece todo lo que yo no puedo darle.

No digo ninguna palabra al hombre y continuó mi camino hacia la casa. Una vez dentro, me dirijo a la cocina para preparar algo de desayunar que de seguro ya despertó y ha de tener hambre. Minutos después unas quesadillas con zumo de sandía descansan en una bandeja de madera junto con un plato de frutas frescas. Coloco algunas gomitas en forma de osito a un lado y recorro el pasillo entero en pleno silencio, pensando en lo que diré cuando termine su desayuno, en lo que haré una vez que decida dejarla ir.

Abro la puerta y la encuentro recostada boca abajo, dejando al descubierto sus cortas piernas bronceadas y una parte de su cintura, está leyendo algo en su celular. Sonrío. Yo podría acostumbrarme a verla metida entre las sábanas, sobre mi cama, pero más vale que me vaya haciendo la idea de que eso nunca sucederá. Es por nuestro bien. Por su bien.

—Buenas tardes, chaparra, ¿cómo te sientes? —Sus ojos oscuros chispeantes me vislumbran con una familiaridad candente. Evelynn sonrío de lado y en automático mi corazón suelta unos cuantos latidos que intento disimular. Este no es el momento para ser romántico, al menos no cuando pretendo rompernos el corazón en mil cachitos.

—Mejor que ayer, creo que la crema sí funcionó —suelta animadamente, dejando el aparato ese a un lado y prestándome atención. Sus cejas bailan cuando ve la bandeja llena de comida. Meneo la cabeza, divertido—. Por favor dime que es para mí esa delicia —se relame sus labios con tanto erotismo que las ganas de asaltarla en este preciso momento me ganan. Pero la idea sale volando cuando recuerdo la noche anterior donde la lastimé, sólo a mí se me ocurre descargar mi frustración con ella. En su pobre trasero.

—Podría ser para mí, pero prefiero obsequiárselo a una maravillosa mujercita que ha hecho mis días más luminosos —me encuentro diciendo y me golpeo mentalmente por ser tan cursi.

La sonrisa de Lynn se amplía y cuando menos lo espero, la bandeja es arrebatada de mis manos y sus labios están moviéndose con los míos de una manera apasionante que mis manos reaccionan por sí solas. La tocan con desespero, como si quisieran memorizar cada facción suya, la textura de su piel para jamás olvidarla.

Demonios... ella me complica las cosas. No quiero terminar lo que sea que tenemos, pero tampoco quiero arrastrarla al infierno. Soy egoísta, pero no tanto.

—Muchas gracias, Dan, huele delicioso —deja un último beso en mis labios y se dispone a comer sus quesadillas—. ¡Madre mía! ¡Esto es el cielo!

La veo engullir todo su almuerzo como si fuera la criaturita más hermosa que haya visto, bueno, es la criaturita más hermosa que he visto en algún tiempo. Me gusta, joder, me gusta tanto ver la frescura con que toma las cosas, me gusta ver su cabello amarrado en esa alta coleta que deja al descubierto su cuello bronceado, me fascina tenerla entre mis brazos, sintiendo como su naricilla respingona juguetea en mi pecho, es tan ella, tan decidida y atrevida que ahora me doy

cuenta lo afortunado que será el hombre que decida tomarla por esposa.

Una punzada en mi pecho se hace presente al pensarla con alguien más, en visualizarla besando y tocando a otro hombre como lo hace conmigo, no la quiero compartir, Dios sabe que no pero es inútilocular el sol con un dedo, tarde o temprano sucederá algo que me haga arrepentirme por el resto de mi vida, y si tengo que arrepentirme de algo, es el haberla dejado libre y no verla en una tumba a cinco metros bajo tierra por mi maldita culpa, no soportaría perder a otra mujer.

—Ya deja de mirarme así, me pones nerviosa —murmura dando el último trago al zumo. Ladeo mi cabeza para contemplarla mejor. ¿Por qué la vida es tan injusta conmigo? Cada que algo bueno y hermoso llega a mi vida tengo que alejarlo, de no ser así me lo arrebatan a sangre fría. En serio que he intentado alejarme de tanta porquería, pero ni cambiándome el nombre sirvió para alejar a mi padre.

Todo mi esfuerzo no sirvió de nada.

Bien dicen que del narco nadie sale vivo.

—Hay algo que quiero obsequiarte.

De mi bolsillo trasero saco un anillo con la esfera del dragón que tanto le gusta a ella, y al verlo, sus ojitos se abren como dos enormes lunas que es imposible no soltar una risa. Es tan bella...

Tomo su delicada mano entre la mía, dándome cuenta que es la cosa más suave que he sentido en toda mi vida, parece un algodón, así, suavcito, esponjocito.

Con mi pulgar dibujo círculos en su dorso provocando que Evelynn cierre los ojos, extasiada ante mis caricias delicadas. Deposito un casto beso en ese lugar y después introduzco el anillo en su dedo anular, repito la misma acción con mis labios hasta que es imposible alejarme. Sin embargo, lo hago. Alejo mis labios de su piel porque conociéndome, conociéndola, esto solo desatará una colisión de emociones que deseo evitar.

—D-Dante... es... hermoso... —chilla quedándose estática, levantando su mano temblorosa al aire para ver el anillo descansando en uno de sus dedos.

Vuelvo a sonreír, necesito no estropear esto. Abro mi boca para decirle lo que he querido desde mi plática con Tigre, pero su llanto, sus hipidos cortados, me detienen en seco. La chica más hermosa, más cariñosa e inigualable de este universo llora al frente mío como una niña pequeña, y lo peor de todo es que no tengo las agallas suficientes para tomarla entre mis brazos como deseo, para decirle que todo estará bien, que siempre estaré a su lado.

Joder, joder, joder y mil putas veces joder. Todo esto es tan injusto, tan doloroso que no puedo más, no soporto verla así, no me soporto por reprimirme de mis sentimientos, yo la quiero, pero no deseo sumergirla a mi mundo lúgubre, ella no necesita más dolor en su vida. No obstante, algo dentro de mi pecho me doblega, me acerca hacía ella con brazos abiertos. Lynn se escabulle entre ellos sin ningún esfuerzo hasta llegar a mi pecho, como si ya conociera ese lugar de memoria, sus manos arrugan el borde de mi playera roja con fuerza.

El tiempo parece detenerse cuando ella alza su barbilla y sus ojos llorosos encuentran los míos, que, para estos momentos, ya están al límite y han derramado gotas saladas junto con ella.

—Yo sé que es muy precipitado todo esto, pero... necesito decírtelo, Dan, necesito sacar lo que mi corazón grita —dice absorbiendo por su nariz, sus manos tenues acunan mi rostro. La observo, destrozado, sintiendo ya las palabras que aún no dice. Una parte de mi cerebro dice que no la escuche, que cambie de tema lo antes posible, pero mi corazón, todos mis sentidos me roban el habla, me hacen escucharla, atento.

» Desde que mi madre murió en ese centro comercial mi vida cambió radicalmente, no comía, no hablaba, me deprimí tanto que no cumplí mis obligaciones como hermana mayor. Muchas veces

pensé en suicidarme pues una vida sin mí madre, sin mi mejor amiga, no tenía sentido. Mis adentros estaban vacíos, llenos de telarañas y hielo, pero luego llegó Alonso, y cambió mis pensamientos como nunca imaginé —su voz comienza a quebrarse, y su cuerpo a temblar, con una mirada le digo que no tiene por qué hacer esto, pero ella continúa—. Recuerdo que tenía dieciséis años cuando me enamoré de él pensando que sería bien para mí, lo que nunca supe fue que él me engañaba, que tenía novia y yo solo fui su plato de segunda mesa.

Absorbe por su nariz, sus ojos en ningún momento abandonando los míos. El coraje que siento al escucharla hablar de Alonso me emputa, juro que si lo tuviera en frente lo haría pagar todo el daño que le ha causado a Lynn.

» Ese día, cielos, ese día mi mundo terminó por voltearse, por derrumbarse como una muralla. Sabes, él fue el primero a quien permití me llevara a su casa para hacerme suya, pues lo amaba tanto que no lo pensé dos veces y cuando supe su engaño todo se derrumbó. Me ordené a mí misma no volver a enamorarme, a sentir mariposas en mi estómago cada que veía a algún chico, pero después llegaste tú... —dio una breve pausa para acariciar mi rostro con una ternura desconocida, arrebatadora, inigualable—. Llegó tu carisma, Dan, tu sonrisa sensual, tus maravillosos ojos verdes que cada que los miro me pierdo, me sigo perdiendo. Al paso de las semanas ansí verte, tenerte cerca, aunque a veces me molestara tu actitud prepotente y tus bromas, en mi cabeza siempre pensé que solo me querías utilizar como objeto sexual, justo como lo hizo él.

Para este momento mi miedo y furia se desvanecen, solo me permito escucharla, a tomar su mano para asegurarle que todo está bien, que puede confiar en mí y decirme lo que quiera. Lynn acurruca su cabeza en mi pecho y yo la arropo con mis brazos, pegándola más a mí.

—Con qué ojos maravillosos y sonrisas sensuales, ¿eh? —bromeo riendo, haciendo el mayor esfuerzo por no romperme frente a ella. Ella ríe bajo mi tacto.

—Si, Dante, y ambos sabemos que eres consciente de ello —bueno, ahí tiene un punto, yo soy muy consciente de lo que puedo provocar en una chica, también que mi ego a veces gana, pero alejando eso, puedo llegar a ser un buen hombre. —El punto es que yo te quiero, Dan, te quiero tanto que no sabría vivir sin ti, te has convertido en alguien muy especial y si me permites, me gustaría conocerte mejor, me... gustaría tener estos ojos verdes mirándome para toda la vida —cierro los ojos para que sus labios besen mis parpados.

A mí también me encantaría conocerla mejor, conocer cada uno de sus miedos, de su felicidad, de los detalles más mínimos que le agradan o incomodan, me gustaría llegar a envejecer junto con ella, en un lugar alejado de toda esta mierda, y quien sabe, incluso con algunos hijos o animalitos, pero es imposible.

La tomo de los hombros con delicadeza, listo para decirle lo que sé será nuestra perdición. *Mi perdición.*

—Yo también te quiero, chaparra, te quiero tanto que todo el tiempo vivo con miedo encima, qué más quisiera pasar una vida a tu lado, llegar a conocerte como dices, poder ver tus ojitos todas las mañanas e incluso antes de dormirme, pero lamentablemente no podemos —sus ojos oscuros decaen y la tensión no tarda en llegar. Mierda.

—Pensé que después de todo esto querías...

—Claro que quiero, ¡Por Dios! Lo deseo tanto, pero debes comprender que yo no puedo arrastrarte a mi mundo, no cuando corres peligro.

—¿Peligro? —Evelynn me observa confundida, atenta.

No sé cuánto tiempo llevamos cerca, pero de pronto sus manos caen a un costado, formándose en puños. La angustia invade sus facciones en cuestión de nada. Trago saliva.

—¿Recuerdas cuando dije que mi vida no es lo que parece? —Ella asiente—. Pues no lo es, pequeña, yo soy el tipo de hombre que deseas evitar. Desearía estarte mintiendo, pero es la verdad, a mi lado corres peligro, tu hermano, tus amigos. Todos correrán peligro si decido quedarme —sus ojos lucen asustados, y su labio inferior comienza a temblar. Puta madre, mi intención no era asustarla.

—¿Qué carajos significa eso? —pregunta levantándose de la cama y retrocediendo algunos pasos. Su mano aferrando el anillo. El miedo que intenté exterminar regresó a mi sistema como un balde de agua fría, jamás he tenido tanto miedo en mi vida, pero verla asustada, retrocediendo como si fuera algún asesino, me aterra. Yo jamás he matado a nadie, solo me dedico a vender drogas, pero ser o no ser, es lo mismo, ambas cosas producen terror, horror.

—Por favor no hagas esto —suplico al ver que no se detiene, que me prohíbe acercarme a ella. Pudo soportar todo menos que me tenga miedo.

—¡Responde mi puta pregunta, Dante! —grita y al abrir mi boca, el ruido de balazos fuera de mi casa nos hace tirarnos al suelo como arañas. No. No. No. Esto no puede estar pasando aquí, ahora.

Mis ojos inspeccionan la recámara en busca de ella, de alguna señal que no está herida. La encuentro gateando hacia la puerta, pero rápidamente me incorporo y corro a su lado, estaría demente si la dejo salir sabiendo lo que ocurre fuera.

—¡Suéltame! —grita desesperada, aventando patadas al aire. Me la llevo hasta mi armario a la fuerza, ahí nos adentramos asustados, con gotas de sudor bajándonos la frente. Los sollozos no tardan en abundar el pequeño espacio y maldigo por lo bajo. Esto es justamente lo que deseaba evitar a toda costa, no quería que ella experimentara este tipo de miedo después de lo que sucedió con su madre.

—Escúchame, Lynn, necesito que te quedes aquí adentro, no hagas ruido, no te muevas por lo que más quieras. Yo ahorita regreso —ordeno empujándola hasta que su espalda topa la pared. Con desespero, y sintiendo mis piernas temblorosas, saco mi celular del bolso trasero de mi pantalón, le pongo *play* a una canción y coloco los auriculares en sus orejas, ella no tiene que escuchar aquello.

—N-no t-te vayas, n-no me dejes sola —murmura, su voz agudizada. Me acerco para besar sus labios, pero ella me esquiva y no puedo evitar sentirme decepcionado, ¿pero que esperaba? Ahora lo importante no es el dolor que siento por su rechazo, sino saber quién mierdas está ocasionando este alboroto en mi propia casa.

Mi pulgar limpia sus lágrimas, mis labios murmuran palabras de consuelo y, cuando salgo del armario para dirigirme a la puerta con mi arma en mano, sé que es la última vez que veré a mi mujer, la primera y última vez que la escuché decirme te amo antes de partir a la guerra de plomo que jamás desee tener.



## Parte 2



No fue opción

Dicen que para vivir hay que sentir, que para lograr hay que sacrificar, y es justamente lo que él hizo: sacrificó su amor por una vida libre de peligros, de tormentos. Decidió que era bueno alejarse antes de que ocurriera lo que más temía, pero por desgracia, su temor lo persiguió, lo consumió tanto que perdió el conocimiento, la razón entre las penumbras. Él la amó cómo nunca imaginó, pero dejarla para protegerla, para saberla bien, no fue ninguna opción.

## Once



## Stephen

Cuando la vida te quita, también te dá, eso me decía muy a menudo el abuelo Eugenio cada que iba a visitarlo a Cancún durante el verano. Y ahora que estoy a unos cuantos días de cumplir lo que tanto he anhelado desde pequeño, me doy cuenta que sí, sus palabras son totalmente ciertas y encajan no sólo conmigo, sino con mi amiga, casi hermana, Evelyn Martínez.

Ella perdió un fragmento de su roto corazón aquel otoño, el día dónde la palabra "esperar" o "volverá" se convirtió en algo primordial, esencial en su vida diaria. Como su amigo, o mejor dicho, como el único amigo cercano con el que ha compartido todo desde hace ya un tiempo, estoy preocupado por ella. Sé que es fuerte, carajo que lo comprendo a la perfección, pero muy en el fondo sé que lo único que la mantiene con los cinco sentidos bien alertas es Erick, ese maravilloso jovencito que tanto ha enardecido mi existencia, pero, sobre todo, ese bebé que cargó durante siete meses en su vientre cuando Dante se fue.

Theodoro, así se llama mi hijo, aquel niño que adopté como mío el día que nació. Y así me ve él, como su padre, y no lo culpo, pues he estado a su lado desde que estaba en el vientre de su preciosa madre.

Una risita se escapa de mis labios al recordarlo cuando tenía un año, apenas podía caminar y cuando lograba hacerlo, parecía un patito caminando e incluso un pingüino recién salido del agua. Muchas veces me desesperaba porque, por más que intentaba, el pequeño no me hacía caso. Theo es igual o más testarudo que su madre, vaya que lo compruebo día a día.

Oh su madre...

Recuerdo perfectamente aquella fecha donde los paramédicos entraron corriendo por los pasillos, yo estaba en el turno nocturno, y pensé que era cualquier persona, no sé, por mi mente circuló que tal vez se trataba de un accidente automovilístico o algo menos grave, pero cuando vi el rostro de mi mejor amiga pálido, casi sin vida, todo a mi lado se desvaneció. Corrí cómo loco a la sala de emergencias, yo tenía que estar a su lado. Mi chica, la mujer que se convirtió en una madre para Nandito desde que la ingenua de Carolina nos abandonó, reposaba en una camilla inconsciente, con auriculares en sus orejas ensangrentadas y un balazo en el brazo.

Lo peor de todo es que, al querer entrar en acción para ayudarla, para evitar que perdiera más sangre, Eduardo, nuestro superior, me alejó. Decía tener el control de la situación y al no haber otro remedio, permití a Jenn que me llevara a sentar en la sala de espera.

Ese día fue el más impotente de mi vida, se suponía que era médico, que podía controlar su

hemorragia, pero no me dejaron, me hicieron a un lado como si fuera un pedazo de mierda inservible, y, desde entonces, cada que veo al imbécil de Méndez rondar los pasillos por las noches, me dan ganas de aventármele encima y golpearlo hasta partirle su estúpida mandarina en gajos.

En otras palabras, todo lo que forma el cráneo.

Por otro lado, nunca lo he hecho ya que salvó la vida de mi morenita, y tan solo verla despampanando felicidad por cada poro, verla sonriendo cuando entra por el hospital con su niño de la mano, toda la cólera desaparece dejando solo gratificación y satisfacción.

—Y bien, ¿qué tenemos para hoy? —pregunta Lynn, sonriente, atando su corto cabello en una coleta baja para poder colocarse los guantes de látex azul.

Es extraño verla sin su melena larga, pero desde el incidente, decidió que lo mejor era cortarlo cada y cuando para evitar tenerlo largo y así empezar de cero, además, este nuevo *look* le asienta mejor, sobre todo por qué la señora dice estar vieja y según el corte la hace ver joven.

En mi opinión, sus veintiocho años son los mejores que he visto en mi vida. Lo digo en serio, tengo conocidos con esa edad y Dios santo, parecen abuelitos, pero no los culpo, esta carrera nos consume mucho tanto física como mentalmente.

—Hubo un accidente por la calle de Guadalupe, según me informaron, un camión de carga perdió control y varios automóviles se estrellaron —informo, colocando una malla en mi cabeza, necesaria para entrar a la sala de operaciones—. Martín dijo que la ambulancia viene en camino, así que prepárate, morenita, porque no saldremos de la sala por algún tiempo —le guiño un ojo y ella pega un brinquito de felicidad. Sé lo mucho que adora operar a estas horas de la noche.

Ambos salimos corriendo hasta la puerta principal, en espera de la ambulancia, algunos internos con sus residentes nos acompañan, todos lucen expectantes y no puedo evitar sentirme emocionado, me recuerda a la primera vez que experimenté esto hace algunos años atrás, no podía parar de sonreír como lunático, justo como lo hacen ellos.

—¿Siempre si vendrán a celebrar? —pregunta Jennifer, nuestra amiga, inspeccionando los alrededores como búho.

—¿Cómo no hacerlo? Esta será nuestra despedida de residentes, al fin logramos lo que tanto hemos querido —responde Evelyne sin siquiera importarle que me he quedado con la boca abierta para decirlo yo mismo.

Dios, esta mujer me sacará canas verdes, juro que si no la conociera ya la hubiera abandonado o pegado su boca con cinta adhesiva.

Minutos después la conversación es interrumpida por ambulancias entrando a la zona, no necesito más para saber que el accidente fue grave. Pronto algunos paramédicos con ayuda de nuestros doctores, se adentran en el hospital con urgencia, y sé que la acción acaba de comenzar. Lynn y yo intercambiamos miradas fugaces, aquellas que solamente nosotros sabemos descifrar, ambos entendemos que la jornada laboral será intensa pero agradable.

Las personas corren como locos dentro de los pasillos del hospital en busca de los elevadores para subir al quirófano, mientras Evelyne corre con Eduardo al quirófano cinco, yo le grito a dos internistas para que me ayuden. En cuestión de segundos estamos dentro del elevador, camino a nuestro destino.

Las once en punto de la noche se llegan y he terminado con mi último paciente, bueno, solo le faltan algunas puntadas en el abdomen y quedará como nuevo, como si nada hubiese sucedido. Si tan solo la vida fuera así de simple no existieran los corazones rotos, todo se arreglaría con una simple sutura.

Marisol, la enfermera a mi lado izquierdo, limpia algunas gotas de sudor que han resbalado

por mi frente, le doy las gracias y ella continúa su labor. Yo me despido de mis colegas e informo a mis internos que la operación fue exitosa, solo queda avisar a los familiares de la persona. Ellos asienten y salen de la sala con una expresión aliviada, seguro que muy dispuestos a entregar la noticia.

Listo, es hora de ir a casa.

Cuando salgo al pasillo solitario con propósito de subir el ascensor, me encuentro a un joven de cabellos negros y mechones rojos recargado en la pared rojiza con esa típica pose de chico malo. Trago saliva. Éste, al verme, alza su barbilla y me pierdo, me pierdo como un tonto lo hace cuando algo le gusta. Pestañeo varias veces, sintiéndome de pronto acalorado.

No me gusta que aparezca sin avisar.

Me pone nervioso.

—Evy salió hace media hora, dijo que la disculpas, pero Theo quería comprar un libro que vio en la mañana —explica el muchacho, acercándose a mí. Su olor varonil sube por mi vía nasal y me permito cerrar los ojos para disfrutarlo, hace tiempo que deseaba tenerlo cerca, para mi solito. Agito la cabeza cuando presiento que mis pensamientos están tomando otro rumbo.

Uno indebidamente excitante y peligroso.

—No hay problema, Erik, ¿nos vamos? —extiendo mi mano en espera para que él la tomé, pero me ignora. Su ceño se eleva, está enfurecido, y sé que he metido la pata, otra vez. Siempre hago lo mismo.

—Escucha, Steph, ya no soy un niño al que debas cuidar, tengo diecinueve años por Dios santo, casi veinte, estoy suficientemente grandecito para saber dónde está el puto ascensor, así que, por favor, deja de actuar como si fueras mi padre, ¿entiendes? Tú y Evelyn ya me tienen hartos con tantos cuidados exagerados.

Y así, dejándome anonadado en pleno pasillo, con un mal sabor de boca y el corazón hundido, Erick, el niño que vi crecer, gira su cuerpo entero y camina por el lado contrario de los elevadores. Puta mierda...

Suspiro. Debí suponer que una vez creciendo dejaría de quererme. Demonios, ¿qué necesito hacer para ganarme su amor? No me importa lo que los demás piensan de mí, siempre y cuando no sea él quien me juzgue. En verdad me duele mucho que me trate como si no fuera nadie, como si solamente estuviera a mi lado porque ahí tiene todas las comodidades que cualquier persona quisiese tener.

Froto el puente de mi nariz y subo al elevador, exhausto. Pulso algunos botones y espero a que las puertas estén cerradas. Necesito llegar a casa. Pronto.

Cuando mi amiga me preguntó quién era la persona de la cual estaba enamorado algún tiempo atrás, jamás tuve el valor de decírselo, ¿cómo?, después de todo era un delito sentir cosas por un menor, pero ahora que él va a cumplir veinte años no sé si realmente pueda continuar ocultando lo que siento por él.

Erick es... diferente, siempre pensé que su mentalidad era propia de un adulto y no me equivoqué, pero ahora que ya ha crecido, que ha entrado a la adultez, mis pensamientos vagaron muy lejos, asustándome en el proceso. Ya no hablamos, no salemos a jugar fútbol, no vamos al cine, ¡ya nada! Poco a poco nos fuimos separando, algo que definitivamente preocupó a Lynn, incluso con ella es cortante, y no sé si es por el hecho de que tuvo un bebé o por su trabajo, lo que sí puedo deducir es que su actitud dio un giro intenso después de los quince. Si tan solo diera su brazo a torcer todo sería más sencillo.

Una vez en mi coche, manejo alrededor de cincuenta minutos pues en el transcurso me detengo a comprar el helado favorito de Fernando y algunos chocolates para Evelyn.

Llego a casa a eso de las doce, por fortuna es viernes así que no tengo por qué preocuparme de que mi hijo esté despierto a estas horas de la noche. Aparco mi coche en el lugar acostumbrado, justo al lado del automóvil de ella y entro por la puerta de madera. Mi pecho se comprime y se desmorona como si fueran pedazos de galletas oreo cuando mis ojos amielados captan a ese jovencito besando a una chica en mi sofá. ¡Frente a mí!

Tragándome el nudo bastardo que siento en mi tráquea, hago la idiotez más errónea, bueno, no tan errónea contando que tiene efecto en cualquier persona. En él específicamente. Tiro de mi camisa negra de un solo jalón para quedar solamente en pantalones y, con mi mano izquierda, agito mi cabello, provocando mis abdominales flexionarse. Los labios de Erick se despegan de los de esa mocosa y sus ojos color café me tragan vivo, entero. Recorren cada milímetro de mi piel expuesta y puedo sentir el ardor de su mirada quemarme a fuego lento, un fuego canijo que desearía con todas mis fuerzas apaciguar ahora mismo. Sin embargo, no sé puede, así que mejor camino hasta la cocina con una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo muy bien lo que acabo de provocar.

Saco el bote de nieve para meterlo al frigorífico, posteriormente tomo una lata de coca cola y me la bebo de un solo trago, hace tanto que no probaba una. Dando el último sorbo, las carcajadas de Theo inundan mis tímpanos.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Mira lo que mamá me compró! —chilla el pequeño ojiverde mientras corre a mi lado para enseñarme un enorme libro de superhéroes en manos. Lo comienzo ojear y me sorprendo al ver las ilustraciones hermosas, tan hermosas como mi libro de anatomía de primer año. Sonríe.

—Guau, se ve genial, campeón —acaricio su melena oscura y él cierra sus ojitos.

—¡Verdad que sí! Estoy seguro que Nando querrá leerlo conmigo —suelta y puedo sentir la emoción en su vocecilla—. ¡Ahora vuelvo!

Dicho eso, Theo sale corriendo de la cocina y sus pasos resonar en las escaleras me dan a entender que va a la recámara de su hermano. Evelyn suelta una carcajada cantarina al entrar por la cocina con su pijama sensual que siempre usa. Esta consta de un mini short rojo de seda junto con una blusita holgada de tirantes del mismo material que cae como una cascada por sus pechos.

—Lamento llegar tarde, pero Theo andaba de necio que quería ese libro —dice acercándose a mi lado. Su rostro luce cansado, ojeroso, pero aun así está bellísima. Mis dedos acarician sus mejillas redondas y hacen su camino hasta ese cuello hechizante. Comienzo a masajearlo con suma delicadeza, ella cierra sus ojos y recarga todo su peso en la barra de la cocina.

—¿Qué tal estuvo tu jornada? —digo en un susurro, pegando mi ingle a su trasero. Lynn suelta un gemido cortado y algo en mi interior se acelera.

—Muy pesada —espeta tajante, reforzando su agarre—, dos de mis pacientes fallecieron y no sabes lo impotente que me sentí, Steph. Odio ver a las personas morir.

—Lo siento, morenita. Pero mira el lado bueno, salvaste a otras, ¿eso cuenta como algo, no? —con su cabeza asiente. Los minutos transcurren dentro de este pequeño lugar y cada vez me encuentro más pegado a ella, es como si una fuerza sobrenatural me impidiera alejarme.

—Oye, Steph... —murmura, su voz algo pastosa, enronquecida.

—Dime.

—Por qué no vamos a la cama, necesito que me ayudes con algunas cosas...

—¿Q-qué? —me encuentro preguntando, alterado. ¿Escuché bien? ¿Dijo recámara? ¿O sea en nuestra recámara? Demonios, yo no puedo, digo, si puedo pero no debo, no cuando siento cosas por su hermano, pero mierda, hace mucho que no tengo sexo con nadie y mi cuerpo lo reclama. Justo ahora. Y estoy completamente seguro que ella ya notó mi necesidad.

—Quiero sexo, Steph, necesito sexo ahora, hace tanto que no me tocas, no desde que perdimos al... —su voz se corta, y pronto agita su cabeza de izquierda a derecha. Sé lo que quiso decir, sin embargo, se detuvo para no recordarme malos momentos—. Sólo quiero sexo, por favor no te niegues, ya lo hemos hecho antes y ha sido maravilloso, qué más da esta noche, además... compré un juguete que estoy segura te gustará —con eso, nuestras manos se enlazan y pronto ambos subimos por las escaleras, asegurándonos que los niños están ya en sus piezas.

Lo que hago está mal, de eso soy muy consciente, pero soy un hombre bisexual que tiene necesidades bien cabronas, de alguna manera tengo que saciar mis ganas carnales. Además, solo es sexo sin compromiso. ¿Qué más puedo pedir? Lo que sucedió aquella noche fue inevitable, ninguno de los dos se imaginó que ella esperaba un hijo mío, mucho menos que aquella caída por las escaleras del hospital le provocaría un aborto espontáneo.

Desde entonces quedamos que solo buscaríamos la forma de expulsar toda esa tensión por el trabajo mediante algo que ambos necesitamos, dejando a un lado la loca idea de formar una familia.

## Doce



## Evelynn

Al final no pude tener satisfacer mis deseos sexuales con Stephen, no cuando sabía que la razón por la cual hacía eso era para olvidar que se cumplían cinco años desde que Dante desapareció de mi vida. Aún, durante la noche mientras pierdo mi vista por la ventana y miro las estrellas brillar, recuerdo todo lo que tuvimos, lo que experimentamos en tan poco tiempo.

Es una sensación gratificante recordar cómo sus enormes manos hacían de las tuyas para colarse por mi cadera y así tenerme pegada a su cuerpo, pero es aún más inolvidable recordar esos maravillosos ojos verdes que me prometían tantas cosas sin necesidad de decir alguna palabra.

Yo... lo amé como nunca pensé, y sé que no fueron tantos meses a su lado, eso lo comprendo muy bien, pero a veces unas simples semanas de conocer a alguien pueden ser suficientes para cambiar tu vida entera, para darle un giro de ciento ochenta grados a tu vida, a tu corazón. Gracias a él pude volver a sentir lo que creí muerto por culpa de amores pasados, pero su constancia, su determinación, poco a poco lograron escabullirse en mi pecho hasta que llegaron a mi interior. Y en ocasiones, por no decir todo el tiempo, miro a Theo, a nuestro Theo y su rostro aparece de la nada, doblegándose como sólo él sabía hacerlo.

Dejo salir un suspiro mientras pierdo la vista por el techo, viendo como brillan los aviones que me hizo pegar mi hijo cuando cumplió los tres años.

Aquel día donde Dante me dejó encerrada en el armario de su habitación con los auriculares puestos supe que sería la última vez en que lo vería, la primera y última vez que sus labios correspondieron a mis palabras de amor. Tuve miedo, tanto miedo que cuando transcurrieron quince minutos salí de ahí sin importarme nada, yo necesitaba encontrarlo, necesitaba tenerlo entre mis brazos y que me susurrara que todo iba a estar bien, que esos ruidos feos terminarían. Sin embargo, al bajar las escaleras después de haber corrido por minutos, un balazo perdido se estrelló contra mi piel y caí, caí sin piedad por los escalones, golpeándome en el transcurso.

No hubo momento más doloroso en mi vida que ese, más por el hecho que al golpear el penúltimo escalón, mi mente imaginó personas, mis oídos escucharon voces escalofriantes.

Me perdí en una penumbra profunda e inalcanzable.

Entonces, cuando volví a abrir los ojos y ver la luz del día, yo ya me encontraba en una camilla, con agujas clavadas en mi muñeca, pero sobre todo, con un aparato monitoreando el ritmo de mi corazón que de seguro estuvo débil y al borde de colapsar.



Stephen entró por la puerta luciendo más pálido que de costumbre, sus ojos estaban hinchados, su labio inferior temblaba y lo único que pudo hacer fue caer de rodillas a un lado mío y abrazarme como si el mundo fuera a explotar. Ese día comprendí lo afortunada que soy al tenerlo a mi lado, queriéndome, demostrándome que incluso dentro de la tormenta puedo encontrar la luz, la esperanza. Entre los dos nos complementamos a la perfección.

Limpiando una lágrima traviesa que resbala de mi ojo izquierdo, salgo de la cama y me dirijo al baño. Ahí acomodo mi blusa, mi cabello alborotado y cepillo mis dientes mientras permito a mis pensamientos vagar a la fiesta que habrá en la noche.

Cuando termino de arreglarme un poco, y de asegurar que mi melena ha sido atada en una coleta, bajo al primer piso con emoción, olfateando el olor a desayuno recién preparado. Los ruidillos de las aves haciéndome disfrutar aún más del momento.

—Buenos días, pequeños —tarareo al entrar por el umbral, visualizando como mis tres criaturas comen sus huevos rancheros que preparó mi amigo. Se ve delicioso.

—¡Mami! Buenos días —chilla Theo, dejando a un lado su vaso de jugo y corriendo a abrazarme. Al tenerlo entre mis brazos no puedo evitar hundir mi nariz en su precioso cabello ondulado: mi niño tiene el aroma más delicioso que alguna vez olfateé.

Bueno, después del pastel de zanahoria, claro.

—¿Qué tal dormiste, eh? —pregunto alborotando su melena. Theo deja escapar una carcajada sonora que acelera mi corazón. Sonrío.

—Demasiado bien, Nando me leyó dos capítulos del libro que me compraste.

—Sólo porque estuvo insistiendo como loco y no dejaba de brincar en mi cama —se queja Fernando, meneando su cabeza de un lado a otro. Una risa escapa de mis labios al ver al pobre niño con ojeras, luciendo cansado. Cielos... sí conoceré a mi hijo, puede ser muy terco cuando quiere conseguir algo.

Es tan idéntico a él.

—Oh por favor cierren la boca por una vez en sus vidas que intento desayunar a gusto —espeta Erick, amargo, haciendo que el ambiente se tense como costumbre. Theo baja su cabecita y coloca ambas manitas detrás de su espalda. La decepción que siento en mi interior al verlo decaído me carcome. Odio ver a mi pequeño triste y más por la culpa de su hermano mayor.

No comprendo cuando fue que Erick comenzó a comportarse tan rebelde, pero lo que sí puedo deducir es que su actitud vale madres me está hartando. Cualquier cosa que hagamos o digamos le molesta, en verdad no lo entiendo, mi Erick no era así y duele saber que aquel niño que crié desde bebé se ha esfumado para no volver.

Quiero pensar que es la adolescencia, que apenas le está pegando a sus casi veinte años, pero es difícil hacerme esa idea cuando siempre fue alguien maduro. Varias veces he intentado conversar con él, pero simplemente no da su brazo a torcer, es tan necio, tan arrogante que temo por su bienestar.

Sus calificaciones han bajado, llega tarde a casa, no obedece, trata mal a los niños y lo peor es qué le rezonga demasiado a Steph; es como si nos odiara por alguna razón que claramente desconozco.

—Me parece que nos debes una disculpa, jovencito —me encuentro diciendo sin ningún ápice de enojo, solo quiero hacerlo entrar en razón por una vez en su vida—. Nosotros no te hemos hecho nada para recibir semejante contestación de tu parte.

El mencionado me voltea los ojos y continúa picando su almuerzo. Cuando estoy a punto de decirle algo más, un hombre escultural entra por la puerta que da al patio, interrumpiéndome. Ugh, ¿cuándo aprenderá a usar playeras en casa? Su mera presencia desnuda me altera y eso no es

bueno, no cuando están nuestros hijos al frente.

Al estar ya dentro con nosotros, recarga su cuerpo entero en la barra de la cocina, dejando a la vista un torso bien trabajado, no puedo evitar perder mi vista por esas seis tabletas que poseè en el abdomen ni mucho menos ignorar las diminutas gotas de sudor que resbalan por su piel cremosa. Desearía con toda mi alma pasar mi lengua y lamer cada gotita traviesa, tal vez así logre olvidar unas cuantas cosas.

Reprimo mis pensamientos al recordar el lugar donde estoy, no es momento para pensar en semejantes cosas, pero tampoco es fácil ignorarlo, al menos no cuando siento tanta necesidad sexual que sólo él ha sabido complacer a lo largo de estos años. Y si, sé que anoche no pude dejar mi lado salvaje fuera, pero hoy es distinto pues los recuerdos han sido guardados en el fondo de mi cerebro.

Necesito sexo con urgencia.

—Veo que ya despertaste, dormilona, ¿quieres algo de desayunar? —ofrece amable, con voz ronca, regalándome la sonrisa traviesa que adoro ver y que espero nuestros hijos no noten.

—¡Por favor!

Lo que resta de la mañana nos la pasamos viendo películas en cama, Theo y Nando en medio de nosotros con una enorme cubeta de palomitas. Al llegarse las seis de la tarde Stephen sugiere llevar a los niños con su mamá ya que esta noche tendremos una fiesta y no sabemos muy bien a qué horas terminará.

No discuto con él y salgo de la recámara para alistar una mochila para cada niño con lo que ocuparan; como juguetes, libros, crayones, un cambio de ropa y algunas golosinas que guardan en sus cajones.

Recorro el pasillo, tranquila, sonriendo de la nada y agradeciendo a Dios por la familia que siempre soñé tener. La verdad nunca pasó por mi cabeza que aquel chico nuevo que entró a la facultad sería alguien tan importante en mi vida, alguien que me acompañaría en los momentos más frustrantes de mi existencia, así como los más felices y maravillosos. Pero por algo suceden las cosas, ahora soy muy consciente de ello, y si pudiera retroceder el tiempo no cambiaría nada, salvo haberlo bofeteado por accidente en la biblioteca al confundirlo con el chico insoportable que siempre me molestaba.

Una luz verdosa al final del pasillo llama mi atención. Viene de la pieza de Erick. Asomo la cabeza por la pequeña abertura que separa a la puerta de la cerradura y veo como una oleada de humo algo olorosa es expulsada de los labios de él. Siento mi pecho comprimirse cuando me doy cuenta que mi hermano está fumando marihuana dentro de la casa.

—¿Me puedes explicar qué demonios haces? —farfullo azotando la puerta abierta. Erick gira su rostro sin ningún ápice de culpabilidad y camina a mi dirección con esa cosa entre sus labios. Lo veo esbozar una sonrisa traviesa mientras exhala el humo en mis narices.

—Y yo pensé que por ser doctora sabrías que coños es esto —apunta al cigarro con el dedo índice. Vuelve a inhalar y exhalar, el maldito humo entrando a mis fosas nasales. Toso.

—Sé lo que es, Rick —espeto—, lo que quiero saber es que demonios haces tú con esta porquería aquí en la casa —reprocho cruzándome de brazos y pegando mi espalda a alguna superficie sólida, sintiéndome de pronto mareada, con asco.

No tolero este tipo de cosas, al igual que el cigarro normal, me marea tan solo verlo encendido.

—Estoy fumando, ¿acaso estás ciega? En serio, Evelynn, ahórrate tus discursos de mamá protectora que no los necesito.

—No es ningún...

—¡A la mierda, cállate! —un puño cerrado se estrella en mi rostro, provocando que pierda equilibrio y caiga al suelo de sentón. Mi labio inferior comienza a temblar, al igual que todo mi cuerpo—. Evie, yo... no...

—¡Lárgate! —me encuentro gritando, tragándome el maldito nudo que se forma en mi garganta—. ¡Sal de mi vista ahora mismo!

Erick abre sus ojos como farolas, y lo demás sucede en cámara lenta. Stephen entra a la habitación, su rostro asustado me observa y puedo ver el coraje instalado en sus ojos. Con brusquedad toma el brazo de mi hermano y lo saca a gritos de ahí, llevándose consigo el cigarro de marihuana. Segundos después Fernando y Theodoro entran corriendo a ayudarme, pero lo único que puedo hacer es soltarme a llorar como una niña indefensa mientras sus bracitos me envuelven, mientras mis niños me consuelan.

¿Cuándo, Dios mío? ¿Cuándo fue que mi hermano se me escapó de las manos? Él jamás me había puesto una mano encima, mucho menos me había hablado con tanto coraje y desprecio. Intento ponerme de pie, pero es inútil, mis piernas están demasiado débiles para hacer semejante esfuerzo, así que mejor permanezco tirada en el suelo, con mi cabeza hundida en los brazos de mis hijos. Intentando calmar mi alebrestado corazón.

—Todo va a estar bien, mami, lo prometemos —susurran ambas criaturas, uno en cada oreja.

A lo lejos escucho como una puerta es estampada con mucha fuerza, y como los gritos de dos personas se filtran por la casa como largos ecos. Segundos más tarde las pisadas de alguien subir por las escaleras llaman mi atención. Steph entra hecho una furia a la recámara, les dice a nuestros hijos que regresen a la habitación y posteriormente se hinca a mi lado. Sus enormes brazos me rodean y rompo en llanto como no pensé, aún temblorosa e hipeando por la situación.

—Tranquila, morenita, tranquila —susurra mi amigo en mi cabello, acariciando mi espalda desnuda con sus dedos rasposos. Inhalo su aroma masculino y cierro los ojos. Mi corazón está tan roto que lo único que quiero es dormir e imaginar que todo lo que sucedió fue producto de mi imaginación, que mi querido niño no se ha convertido en un monstruo capaz de golpear a mujeres.

Todo esto debe ser una vil pesadilla.

## Trece



## Stephen

Erick suelta infinidad de blasfemias cuando lo saca de la habitación a jalones, pero es lo mínimo que puedo hacerle después de haber visto su puño estrellarse con el rostro de Evelynn sin ningún ápice de arrepentimiento. ¿Cómo pudo hacerle semejante monstruosidad a su hermana? ¿La mujer que se ha partido el lomo para brindarle una vida de príncipe? ¡No lo comprendo! Y para acabarla, el idiota estaba fumando marihuana en nuestro hogar, casi en presencia de los niños.

Eso no tiene perdón y le costará caro.

Recorrimos el largo pasillo casi a gritos hasta llegar al primer piso donde no dudé en sacarlo al patio trasero, por lo menos aquí los pequeños no escucharían los gritos o reclamos. Es momento de que alguien le ponga un alto a este hombrecito.

—¿Me vas a explicar porque mierdas le pusiste una mano encima a tu hermana?! —farfullo, aguantándome las ganas de soltarle unas bofetadas.

Los ojos de Erick parecen dos enormes pozos oscuros, es como si de repente estuviera perdido, con miedo recorriéndole en cada vena de su cuerpo, atormentándolo. Y es para menos. Sólo a un completo imbécil se le ocurre comportarse de esa manera imperdonable con su hermana, casi madre.

—Te j-juro que no quise hacerlo —dice apenas en un susurro audible, bajando la cabeza y apretando sus manos en puños a un costado de sus caderas. Algunos mechones rojos de su cabello caen en su rostro, dejando a la vista un lunar mediano en la esquina de su oreja que siempre admiré.

Demonios, incluso así luce tierno el condenado.

Agito la cabeza, no es el momento adecuado para pensar si es tierno o no, cometió una imprudencia, algo indebido y tendrá que pagar las consecuencias le guste o no. En mi casa la violencia no existe y si tengo que poner un reglamento militar, lo haré, el bienestar de mi familia viene primero que nada en este jodido universo.

Ellos son mi familia.

—Pues déjame decirte que la cagaste, Rick —afirmo, mi voz ronca alzándose—. La cagaste muy bien y no te suelto una bofetada porque a golpes no solucionaremos nada, así que habla, ¿qué demonios te puso en ese plan? —me cruzo de brazos, esperando su respuesta.

Los ojos del pelinegro recorren mi figura entera y la electricidad que siento en mi piel cuando lo hace provoca una erección involuntaria. ¡Su puta madre! Debo aprender a controlar mis hormonas cuando lo tengo cerca, mejor dicho, debo aprender a reprimir mis ganas de follarmelo cada cinco minutos.

—Yo... no tengo porque explicarte nada, Stephen —suelta amargo, deteniendo sus estúpidos ojos avellana en los míos. Espíritu Santo, ¿qué hice para merecer semejante tortura? Dejo mis brazos caer a un costado, suelto un bufido y lo observo atento, es la única manera en que podré descifrar lo que está sucediendo, lo que le está sucediendo a este hombre.

Los ruidos que escuchaba en el segundo piso parecieron desvanecerse cuando me veo sumido en ese manantial peculiar. Ahora que deseo apartar mis ojos de él, no puedo, solo soy capaz de memorizar cada facción suya; su piel cremosa, su naricilla respingona, ese maldito cabello rebelde que parece no detenerse ni con gel, y como ignorar su largo cuello que porta alguno que otro lunar.

Cielos... tantas cosas que podría hacer en ese espacio con mi lengua, con mis manos. Estoy seguro que Erick no podría ni hablar de tanta excitación.

No obstante, decido ponerle un alto a mi mente porque al final de cuentas lo que estoy sintiendo por él es incorrecto, y no es que tenga algún problema en salir con hombres, solo... no con éste hombre en particular. ¿La razón? Me estoy acostando con su hermana. Sí, yo soy la palabra perfecta para describir a un cerdo enfermo que quiere follarse a cualquier persona que le pongan al frente. Pero soy humano, uno con muchas necesidades carnales, y por más torcido que suene, adoro tener sexo con Evelynn, pero deseo con brutalidad tirarme a su hermano.

No digo que tener sexo sea malo o incorrecto, el problema, como lo describió mi psicólogo, es que no puedo ir en la vida picando de lugar en lugar, menos cuando se trata de dos hermanos que alguna vez fueron unidos. La verdad no entiendo cómo fue que nuestro "juego" comenzó, ni mucho menos como llegamos tan lejos con esto, pero han sido cuatro años, cuatros largos años donde Evelynn y yo hemos mantenido una relación sexual intensa, deliciosa. Pero a veces no me entiendo y creo que nunca lo haré.

Por lo menos no ahora.

—D-deja de mirarme —lo escucho musitar a distancia, pero lo único que soy capaz de escuchar son los latidos de mi corazón en mi oreja. Aprieto la mandíbula con demasiada fuerza que mis dientes están rechinando. Trago saliva con mucho esfuerzo y lo siguiente me pierde en un mundo ajeno al que conocía.

Con lentitud, pero determinación, camino hacia donde está Erick de pie y lo acorralo contra la pared, así, sin temor, importándome el lugar donde nos encontramos. Ambas de mis manos apresan las suyas y con un movimiento brusco, las coloco encima de su cabeza, así mismo, con mi rodilla separo sus piernas.

Su cuerpo entero está a mi merced.

—El que calla otorga, Rick, así que te lo pregunto una vez más —me encuentro susurrando en su oreja, mi voz más ronca que de costumbre. El chico suelta un gemido sumamente excitante, ruido suficiente para tener a mis testículos y miembro punzando por su cercanía—. ¿Qué demonios te tiene así? Dudo que sea la escuela, o esa mocosa a la que trajiste a casa aquel día, así que dime, ¿por qué nos odias tanto? ¿Acaso te hicimos algo que te dañara?

—N-no p-pienso decírtelo...

Mis dientes tiran de su lóbulo con cierto salvajismo y es entonces cuando las piernas del chico fallan a tal punto de hacerme caer con él al pasto húmedo. Con mis manos me sostengo y lo miro atento, no pretendo moverme hasta que me diga la razón por la cual parece odiar a su

hermana, mejor dicho, la razón que tiene para odiar cualquier cosa que se mueve o respira.

Su rostro se gira al lado izquierdo, pero con mi mano derecha lo obligo a verme. Sus labios se encuentran ligeramente separados, y su aliento a menta con marihuana golpea mi nariz, acto suficiente para acercarme un poco más, a tal punto de dejar unos cuantos centímetros de distancia entre nuestras bocas. Tan solo necesito bajar un poco más la cabeza y tendré esos algodones rosados con los míos, devorándolos a mi antojo.

Bendita la hora que los vecinos decidieron salir de viaje, sino estaría en graves problemas.

—No me moveré de aquí hasta que me digas —amenazo apartando sus piernas con mi rodilla una vez más. El chico suelta un jadeo ronco cuando logro chocar con su miembro algo excitado en un intento por acercarme, y estoy seguro que ese movimiento me duele más a mí que a él.

De solo pensar que mis acciones son capaces de encenderlo como una fogata en plena noche hacen que mi ego se eleve peor que un globo aerostático.

—S-Stephen, n-no hagas eso —suplica cuando comienzo a hacer pequeños círculos con mi rodilla sobre su miembro. Estimulación, algo sencillo de hacer pero que en efecto causa grandes y graves problemas si no es debidamente tratado.

Los segundos parecen transcurrir demasiado lentos, y para cuando decido qué es momento de cerrar el poco espacio que nos separa el uno del otro, Erick me dice que lo siga a su recámara para explicarme. Satisfecho, esbozo una sonrisa y lo sigo dentro de la casa, mis ojos todo en momento en su espalda. Minutos después me encuentro sentado en la orilla de su cama, viendo como saca una hoja de su escritorio. Con mano temblorosa, pero en efecto decidida, me tiende ese pedazo de papel arrugado para después desplomarse al gélido suelo, su mirada decaída.

Rastreo con detenimiento la hoja desde el título hasta la firma final junto con un sello del hospital. Mi pecho se comprime cuando veo la firma de mi morenita en una esquina, donde da todo su consentimiento para que se lleve a cabo el procedimiento más horroroso de la historia.

El coraje que siento bullir en mi interior me hace salir apresurado de la recámara del chico, lo único que puedo pensar es en encontrar a Evelynn pronto, ya habría tiempo para platicar con él.

Voy a nuestra habitación pero no encuentro ningún rastro de ella o de los niños, así que reviso el baño y tampoco encuentro nada. Exasperado, lavo mi cara con agua fría, tal vez todo esto sea una puta pesadilla que en cualquier momento puedo despertar. Sin embargo, es la realidad, todo lo que estoy sintiendo en mis adentros es la pura realidad.

Furioso, le suelto un puñetazo al espejo hexagonal y pronto los vidrios de éste se encuentran clavados en mi piel, haciéndome gritar y soltar maldiciones del miserable dolor.

Unos pasos apresurados me alertan y, como si no estuviera sintiendo ningún dolor en mi cuerpo, salgo del baño echo una bestia solo para encontrarme con esa mujer de cabello oscuro mirarme preocupada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Lynn, acercándose a mí, pero con mi mano herida le hago una señal para que se detenga. Ella obedece sin pensarlo.

—Cierra la puerta —ordeno cortante, áspero. Cuando me aseguro que estamos solo nosotros dos dentro de la habitación, saco la hoja de mi bolsa trasera y se la aviento en la cara. Sus ojos hinchados me miran horrorizados—. ¿Me vas a explicar que putas mierdas es eso?

El tono de mi voz es duro, escalofriante, ni yo mismo me reconozco. Evelynn se pone de cuclillas para levantar la hoja arrugada y lo que descifro en su mirada me destroza en pedacitos, es como si de pronto alguien con un hacha me estuviera rebanando por la mitad.

—¿De dónde lo sacaste? —pregunta a secas, no atreviéndose a mirarme.

—Oh, por favor, eso es lo de menos, mujer. ¿Cuándo pretendías decirme, eh? ¿Hasta qué estuvieras en ese quirófano inconsciente? ¡Habla maldita sea! —grito exasperado, haciendo el

mayor esfuerzo por no derramar lágrimas.

—No me hables así, Steph —suplica, poniéndose de pie y dando unos pasos cortos hacia mí—. Yo iba a explicártelo cuando estuviera preparada, no quería que te enteraras de esta manera.

—¿Ah no? ¿Y según tú como es que me iba a enterar? ¿El día que estuviera yo en el hospital preguntando si mi amiga está bien? Ah, ya se, ¡cuando me dijeran que el aborto fue exitoso!

—N-no...

El silencio que se instala entre nosotros me hace entender muchas cosas que siempre creí jamás sucederían. De todas las personas en el mundo, nunca imaginé a mi chica con semejantes pensamientos suicidas y la verdad, me siento decepcionado, asqueado por la situación deplorable.

Ella siempre ha sabido lo mucho que he deseado tener un hijo, y saber que fue capaz de firmar semejante papel me entristece.

Dispuesto a no escuchar más su voz o sus explicaciones, salgo de aquí con el único propósito de embriagarme hasta perder el conocimiento, tal vez el alcohol ayude a aclarar tantas dudas que tengo en la pinche cabeza.

## Catorce



## Evelynn

Los días pasan como un remolino de cemento: lentos, aburridos, con sonidos irritantes que a veces es inevitable eludir. Stephen no quiso escuchar mis explicaciones de por qué decidí tomar esa decisión malévola, fría, pero realmente no tuve opción en ese momento.

Claro que deseo otro bebé, Theo y Nando podrían tener otro hermanito con quien jugar fútbol, pero a veces la vida es demasiado injusta que nos arrebatara ese privilegio cuando más lo deseamos.

Hace un mes, cuando me enteré que estaba embarazada, brinqué de la felicidad en el sofá de Jenn pues no podía creer semejante noticia tan bella. No creí que volvería a sentir aquella sensación de cargar a una personita dentro de mi vientre, al menos no después de que nació mi niño cinco años atrás.

—¡Estoy embarazada, Jenn! ¡Embarazada otra vez! —había gritado a las cuatro paredes medio alterada, con el corazón acelerado. ¿Pero cómo no estar extasiada? Yo adoro a los niños, y más si estos son propios.

—¡Felicidades, Evy! Estoy segura que Steph morirá cuando sepa la gran noticia —espetó subiéndose conmigo al sofá para brincar.

Así estuvimos por algunos minutos, brincando de la felicidad y pensando en alguna forma de decirle a mi querido amigo que seríamos padres por tercera vez, que tanta noche de pasión había cobrado una factura demasiado preciosa.

—Espero que no se desmaye al saberlo.

No había día en que no deseara decirle a Stephen que esperaba un bebé suyo, pero con eso de que lo habían nombrado jefe de cirugía, la oportunidad de verlo en casa a veces era poca. Tal vez no es una excusa extravagante por haberle ocultado el embarazo por un largo mes, pero en realidad no supe que hacer. No deseaba entrometerme con su trabajo, él estaba muy emocionado por esa oportunidad que a muy pocos se les presenta al final de su carrera.

Así que me lo guardé.

El tiempo pasaba frente a mis narices y yo cada día me encontraba más ansiosa por decírselo, no había momento en que la felicidad y emoción invadiera mis adentros de tan solo pensarlo sonriendo por la noticia o comprando ropita para el pequeño, pero así como llegan los momentos



de felicidad, de armonía pura, también llegan los problemas, las tristezas, mejor dicho, los desmayos en plena cirugía y los momentos donde tienes que tomar la peor decisión de tu vida, incluso cuando no quieres hacerlo.

Recuerdo haber presenciado un dolor extremo en la parte baja del vientre, y no fue hasta que Maggie, una de mis ayudantes, me susurró en la oreja que un pequeño charco de sangre comenzaba a formarse debajo de mi uniforme con cierta rapidez. Ese día colapsé en pleno quirófano y, cuando volví a abrir los ojos, me encontraba en una camilla, con agujas de suero enterradas en mi brazo derecho. Intenté ponerme de pie pero de nuevo ese dolor infernal tomó posesión de mi cuerpo, paralizándome por completo en esa camilla dura.

—Por favor no se mueva, doctora —dijo una de las enfermeras del turno nocturno mientras anotaba algo en el folio—. En unos minutos más llegará el ginecólogo.

Dicho eso, la joven mujer salió de mi habitación, dejándome completamente confundida. ¿Qué demonios me había sucedido? El pánico comenzó a sentirse más palpable cuando la idea de haber abortado a mi bebé sin siquiera saberlo inundó mis pensamientos.

Saber mucho de abortos espontáneos, ectópicos y demás estaba afectando mi vida, de hecho, esa es una de las desventajas de pertenecer al área de salud, muchos de nosotros creemos tener alguna enfermedad con tan solo escucharla, y ese día, toda la información y conocimiento que había recaudado cuando estuve rotando por ginecología y obstetricia me estaban volviendo loca.

Nunca me consideré hipocondriaca, pero ese día sí me lo creí.

—Veo que ya despertaste —una voz varonil muy conocida interrumpió mi paranoia. Eduardo entró por la puerta luciendo preocupado, algo ojeroso, pero suponía que era normal puesto que llevaba trabajando cuarenta y ocho horas seguidas.

—Dime que no le sucedió nada al bebé —me encontré suplicando, al borde del llanto. Yo no era capaz de soportar semejante dolor, no otra vez.

—Por ahora está estable —soltó mientras jalaba una silla para sentarse a un lado mío. La luz de la lamparilla en el buró iluminando su rostro—. Pero tenemos un grave problema, Lynn.

—¿A qué te refieres?

—Me temo que tu útero no podrá soportar un bebé más.

—¿Qué quieres decir con eso, Ed? —le pregunté, temblorosa, haciendo el mayor esfuerzo por no derramar ninguna lágrima. Pero mi intento por retenerlas se fueron a la mierda cuando me dijo que lo más conveniente era programar un aborto lo antes posible pues cuando me alivié de Theo, una de las internas hizo mal el raspado de útero y dejó residuos dañinos dentro.

En pocas palabras: mi vida y la del bebé correrían peligro si decidía tenerlo.

En realidad no comprendo que carajos pasó por mi mente cuando decidí firmar esa hoja que indicaba el día y la hora para matar a mi criatura, lo cierto es que, una semana después de haber hecho la cita, me puse a pensar durante mi ducha en el hospital, tal vez suene medio absurdo pero bien dicen que las mejores ideas o decisiones llegan cuando menos te lo esperas y así fue para mí. Así que hice lo que mi corazón dictó y cancelé aquella estúpida cita.

Nadie me arrebataría a mi bebé. Nadie.

Inhalo profundo el aire fresco del anochecer y me permito cerrar los ojos un momento, confiando en que los niños juegan en los columpios del parque. Cuando los vuelvo abrir, una figura masculina a lo lejos me hace tensar, pero en específico, hace a mi corazón acelerarse como una locomotora. Trago saliva con dificultad y parpadeo varias veces, ese hombre que se encuentra a unos cuantos pasos de mí no puede ser él.

—¿Nos vamos, mami? —la voz de Theo me hace salir de mi ensimismamiento y, por primera vez en la noche, me doy cuenta que extraño como loca a mi ojiverde, ese pelinegro que robó mi

corazón aquel otoño cuando solo tenía veintitrés años.

Recordar su sonrisa, su forma tan única de decirme chaparrita, hacen que una sonrisa se forme en mi rostro y que mis manos comiencen a temblar.

Cómo ha pasado el tiempo...

—Má, ¿podemos llegar a comprar una bolsa de cheetos flaming para ver películas? — pregunta Nando, atravesándose en mi camino y haciendo los pucheros más adorables que he visto desde que lo conozco. Detengo mis pasos y, con mi mano libre, tomo su cabecita entre ella para acercarlo y plantarle un enorme beso tronado en su cien.

—Claro que sí, mi cielo, vamos.

—Yo también quiero una bolsa de cheetos, mami —replica Theo, dando un jaloncito a mi vestido floreado.

Suelto una carcajada.

—En ese caso yo también compraré una para mí, eh —suelto burlona, viendo como ambos niños intercambian miradas traviesas. Cuando menos lo espero, Fernando y Theodoro se arrancan corriendo como lunáticos por la banqueta y cruzan la calle sin siquiera mirar a los costados.

Mis ojos se abren como platos cuando uno de ellos cae en plena carretera, pero lo que me hizo paralizarme en mi lugar, y que estoy segura que bajó mi presión, fue ver las luces de un automóvil acercarse rápidamente. Todo a mi lado pareció distorsionarse al ver que la persona no bajaba la velocidad, entonces sí mandé todo al carajo y corrí para ayudarlo.

—¡¡Theo!! —grito desesperada, con lágrimas empañándome la vista. Quiero correr más rápido pero la distancia que hay entre donde estoy a donde está el pequeño tirado es mucha. ¡Maldición! Me deshago de mis tacones bajitos y corro, corro como si no hubiera mañana, pero al llegar a mi destino, ya es demasiado tarde.

El hombre que vi minutos atrás es demasiado rápido e interviene antes de que el auto apachurre a mi criatura. Ese hombre acaba de salvar a mi hijo sin pensarlo dos veces. Respiro con normalidad al ver que ambos niños corren a mi dirección, obviamente sus sonrisas han desaparecido y es para menos. Dejo escapar un suspiro estruendoso para calmar mis adentros, pero más que nada, por el bebé.

Caigo al suelo de rodillas, temblando.

—¡No vuelvan a hacer eso! —me encuentro gritándoles, enfurecida, tragándome el puto nudo que se formó en mi garganta. Si algo les hubiese sucedido, si ese hombre no hubiera intervenido, no quiero ni imaginar que hubiera sido de mi vida sin ellos... Mis niños lo son todo para mí. Absolutamente todo.

—Creo que estos niños merecen un castigo.

Y ahí, en plena carretera, mientras escucho mi llanto y el de mis hijos, el mundo parece detenerse frente a mis narices cuando mis ojos encuentran al hombre misterioso que arriesgó su vida por mi pequeño, el ser humano que fue culpable de mis noches de insomnio, de mis tristezas, el hombre que me devolvió la esperanza. O eso pensé.

—¿D-Dante?

El hombre frente a mí me tira una de esas miradas confusas, pasa una mano por su cabello oscuro y después sonrío de una manera demasiado familiar. Pero al hablar, al sacarme de mi error, mi mundo parece desvanecer y la pequeña esperanza que tuve terminó esfumándose.

Si seré tonta...

—Me llamo, Adrián, un gusto —dice extendiendo su mano en forma de saludo y no me queda otra más que aceptarlo, decepcionada—. Vaya, esos niños sí que son traviesos, eh —revira soltando una pequeña carcajada y lo único que puedo hacer es visualizarlo, inspeccionar cada

centímetro de su piel descubierta, no sé, intentando encontrar algo que me diga que sí es mi Dante.

Pero nada, creo que los medicamentos me están afectando.

—Y eso que no has visto nada —me encuentro diciéndole, el hombre en todo momento viendo a mis hijos correr en círculos. Al parecer el susto ya pasó—. Bien, tengo que irme, perdón por la confusión y muchas gracias por haber salvado a mi pequeño, en serio que no sé cómo agradeceréte. Gracias, Adrián.

Dicho esto, me giro sobre mis pies y, tomando a cada niño en una mano, emprendo mi camino a la tienda para comprar esas frituras que prometí y alguna botella de agua para apaciguar mis nervios.

Llegamos a la tienda en menos de cinco minutos, lo cual fue tiempo récord considerando que en dos más cierran la tienda de Doña Cuquita. Fernando, sin desperdiciar ningún segundo, corre a tomar una enorme bolsa de cheetos picosos mientras que Theodoro elige unos aritos de cebolla: mis favoritos. Por mi parte, agarro dos botes de nieve, uno de chocolate para mí y uno de limón para Steph.

Suspiro, quiero a mi amigo de vuelta.

Una vez en la caja, escucho la campana del local sonar y no puedo evitar girar para ver de quién se trata.

Me paralizó en mi lugar.

—Un café —suelta el hombre, obviamente agitado. Supongo que corrió para alcanzarme—. Podrías agradecerme aceptando tomar un café conmigo. En dos días, en la cafetería que está a siete cuadras de aquí.

Sin tiempo para procesar lo que Adrián dijo, ya había desaparecido de la tiendita, dejándome con una enorme sonrisa en el rostro, recordando la vez que fui al café para compartir momentos con mi Dante.

—Vamos, mis niños, es hora de regresar a casa.

—Te traje tu helado preferido —susurro en la oreja de Steph, pero éste, al escucharme o más bien, al sentirme cerca, se pone de pie del sofá y sube al segundo piso algo apresurado. Mi pecho se oprime. Es increíble que después de tanto me siga tratando como un pedazo de basura, que siga eludiendo esto que deseo aclarar.

Con un enorme nudo en la garganta, subo las escaleras a paso lento pues haber estado toda la tarde en el parque jugando con los niños, y después del incidente, me siento demasiado exhausta, sin ningún gramo de energía viva en mi cuerpo. Giro el pomo de la puerta y me adentro en nuestra habitación, o bueno, en mi habitación puesto que desde que estamos enojados él duerme en el ático, cosa que no me agrada en lo absoluto.

—Comprendo que sigas enojado, pero en serio necesitamos hablar —digo deshaciéndome del vestido, quedando en ropa interior.

—¡Cierra la boca por una vez en tu puta vida, Evelyn! Estoy cansado de escucharte —exclama alterado, hiriéndome en el proceso. Mi labio inferior comienza a temblar y las lágrimas inundan mi rostro sin previo aviso. Me siento patética—. Oh por favor, mujer, ya deja de lloriquear, ¿acaso no sabes hacer otra cosa? Me desesperas, por Dios.

—Ya basta, Steph, por favor... ¿Que no ves que tus palabras me duelen? —murmuro cabizbaja, clavando mis ojos llorosos en mi vientre. Tengo que decirle, solo así será capaz de entender, solo así podremos volver a la normalidad y ser los mejores amigos—. Lo que leíste en esa hoja está mal, bueno, hasta cierto punto, lo que quiero decir es que el bebé...

—¡Por un demonio! ¡Ya! Realmente no entiendo qué obtienes al explicar estas cosas, no sé ni qué pensar de ti, resultaste ser peor que la puta de Carolina —vocífera, poniéndose de pie—. Tanto te quejabas de ella por ser mala madre al abandonarnos, pero por lo menos ella no asesinó a nuestro bebé como tú lo hiciste. Dime, ¿cómo quieres que esté bien cuando le arrebataste la posibilidad de vivir a ese niño? A *mi* niño —su tono es frío, amargo, tanto que las palabras que estaba decidida a expulsar, fueron selladas abruptamente.

» ¿Sabes por qué no quiero escucharte? Porque desde que leí esas malditas líneas en la recámara de Erick para mí dejaste de existir, Evelyn, perdiste el respeto que te tenía, el amor que llegué a tenerte. ¿Y sabes que es lo peor? Qué aunque desee correrte de la pinche casa no puedo porque eres la madre de mis hijos, así que por favor, te lo digo una vez más y grábatelo bien. ¡Déjalo ir! Ya no tiene caso hablar de lo mismo cada jodido instante, mis días son un desmadre total en el hospital y lo que menos necesito es llegar a casa y escuchar tu estúpida voz chillona queriendo remediar lo irremediable.

Así fue como sus palabras me dieron a entender que lo mejor es callar, como él mismo lo dijo, ya no tiene caso discutirlo, si Stephen no desea escucharme, bien, no lo hostigaré más en querer decirle la verdad, ya sabré sacar adelante mi embarazo, al fin de cuentas tengo el apoyo de Jennifer, con eso me basta.

Lo que sí me preocupa mucho es cómo demonios le explicaré a los niños que me mudaré de casa por algún tiempo porque después de esto, no tengo el valor suficiente para seguir en este lugar donde es más que obvio que no soy bienvenida.

Suelto un suspiro.

Es increíble como los cuatro hombres más importantes en mi vida me han dado la espalda u abandonado: Papá, Erick, Dante y Stephen... realmente no podré tolerar perder a alguien más, Nando y Theo son lo único que me queda, lo único que me mantiene de pie, fuerte, dispuesta a luchar por nosotros.

Y por ellos, por mantener a mis hijos a mi lado, no permitiré que me vean derrumbada.

## Quince



## Evelynn

A lo largo de tu vida te das cuenta quienes merecen tus lágrimas y explicaciones, eso lo comprendí a la perfección cuando puse pies fuera de aquella casa nada más con dos maletas en mano.

Mi error fue creer que él me perdonaría, que si le confesaba la verdad sobre nuestro bebé, sobre mi salud, podríamos estar juntos como la gran familia que siempre fuimos, no sé, tal vez planear un futuro asegurado, con nuestros pequeños, pero todo eso de derrumbó el día que me dijo aquellas palabras hirientes.

Jamás, desde que lo conocí, lo creí tan frío, tan inhumano que el simple hecho de recordarlo diciéndome una cualquiera, pero sobre todo una asesina, me parte en mil pedacitos que no sabré si algún día logre pegarlos nuevamente.

He intentado ir como si nada hubiera sucedido entre nosotros, como si la discusión que tuvimos fuera una simple pelea de parejas pre matrimoniales, no obstante, cada que lo encuentro en el pasillo del hospital, las ganas de bofetearlo para después besarlo, aparecen sin avisar, doblegándome, carcomiendo mis entrañas poco a poquito. Tal vez el hecho de tener un bebé suyo dentro de mi vientre me haga verlo de diferente manera, con más... amor. Y eso es algo tonto pues ambos quedamos en que esa palabra no estaría presente mientras mantuviéramos éste tipo de relación, además que no me siento capaz de comenzar una relación con alguien, al menos no después de haber sufrido tanta pérdida en tan poco tiempo.

Así que aquí me encuentro, de pie frente al enorme ventanal del hospital, viendo como las personas entran y salen, unos sonriendo, otros llorando, y no puedo evitar sentirme incompleta, algo me falta, siempre estuve consciente de ello, pero ahora que lo pienso, es totalmente absurdo. ¿Qué persona necesita de otra para sentirse bien? Realmente encuentro estúpido este pensamiento, yo nunca necesité de un hombre que me sostuviera cuando sintiera el mundo de cabeza, nunca quise a un hombre cerca para que me dijera que todo iba a estar bien, y aun así, la gran necesidad de tener a uno a mi lado justo en estos momentos es inmensa.

Suelto un suspiro y froto mis ojos con una mano, este día ha sido exhausto y lleno de tareas complicadas, tanto que siento que mis huesos podrían quebrarse en cualquier momento, con el más mínimo movimiento. Suelto un suspiro más para emprender mi caminata hasta la habitación de mi

paciente, obviamente primero paso por la cafetería para tomar alguna barra energética y una botella de agua puesto que mi personita lo requiere. Cuando término esa pequeña merienda, tomo el elevador hasta el séptimo piso.

Al llegar, una de las internas me da el folio de Omar Guerrero, el hombre que he estado atendiendo desde hace más de medio año cuando quedó en coma por un accidente automovilístico. Tan solo recordarlo el día que ingresó al hospital luciendo deteriorado, hacen mi pecho comprimirse como una liga recién estirada.

No entiendo cómo es que las personas son tan poco cuidadosas cuando manejan algún automóvil en carretera estrecha, menos sabiendo que no respetan los límites de las calles. Por eso mismo a veces prefiero tomar el metro o venirme con Jenn en vez de manejar, tengo miedo de que algo malo me suceda estando en la carretera donde es obvio que hay humanos irresponsables.

Agito la cabeza, atemorizada.

—El paciente ha ido mejorando y según Pérez, dice que pronto le quitaran las puntadas del rostro y manos —murmura Jane, la chica que se ha encargado de monitorearlo durante la noche. Firmo el folio y después se lo entrego a una de las enfermeras que está detrás del ordenador como costumbre.

Meto la pluma a mi bolso.

—Esas son buenas noticias, Valdez, por favor mantenme al tanto de lo que sucede con el señor Guerrero, quiero que cuando despierte alguien pueda informarlo de lo ocurrido sin llegarlo a alterar.

—Cuente con ello, doctora.

Recorro los pasillos con la cabeza en alto, vislumbrando a una que otra persona morderse las uñas de la angustia, mi siguiente cirugía no es dentro de algunas horas así que tengo tiempo suficiente para pasar a la guardería y visitar a mis hijos.

Como no tuvieron clases, decidí que lo mejor era mantenerlos cerca puesto que hoy se irán conmigo a la casa de Jenn para ayudarme a acomodar algunas cosas que se me dificultan. Quise pedirle ayuda a Erick, pero... considerando que no me dirige la palabra prefiero molestar a mis pequeños, tan solo necesito su ayuda para mover unas cajas de lugar que yo misma no puedo ni siquiera arrastrar.

Estando a unos pasos de la sala de estar, donde guardo mis comidas y alguna que otra chuchería, una mano me toca el hombro haciéndome girar de repente, y no sé cómo estuvo todo, pero mi pie logra atorarse con el otro provocando mi caída vergonzosa directo en los brazos de esa persona.

Mis ojos se abren como si fuera un búho.

—¿Es manía tuya ser tan despistada? —dice con voz ronca, profunda, sensual, que la piel de mi cuerpo se eriza y mis piernas, aquellas que están en el aire, se sienten raras, temblorosas, que estoy segura si él me suelta caeré en mi trasero.

—Sólo sí está alguien para salvarme —le respondo sin titubear.

Al darme cuenta lo que ha salido de mi boca suelta, me abofeteo mentalmente por ser tan tonta. Permanecemos así por algún rato, ambas de sus manos rodeando mi cintura, al menos lo hace hasta que logro calmar un poco mis adentros, después me suelta con suma delicadeza y me regala una de las sonrisas más bellas que he visto. Quedo anonadada por sus labios algo húmedos.

—Oh bueno, pues procuraré estar más al pendiente —sus ojos ahora sonrientes, bajan a mi vientre y ahí permanecen algún tiempo, observándolo, como si estuviera intentando descifrar lo más obvio—. ¿Puedo? —pide permiso para tocar con su mano y, por cierta razón desconocida, no le niego su petición.

Adrián coloca su enorme mano izquierda sobre mi vientre algo abultado, comienza a sobarlo con delicadeza y ternura que hacen mi corazón brincar de la emoción. Nadie nunca me había tocado de esa manera tan tersa, tan sutil que, en un intento por disfrutar su caricia inofensiva, y sabiendo que es un completo desconocido que salvó a mis pequeños aquella noche, cierro mis párpados cansados para perderme en un abismo de aguas frescas, donde no existe nada más que ese sonidito de agua deslizando por las rocas, de las ranas y aves cantando.

Es increíble que alguien como él tenga el poder de relajarme con tan solo su mano, mejor aún, es irreal creer que le permití semejante privilegio a un hombre que apenas conocí por casualidad en el parque.

—Hey, pequeño —lo escucho susurrar y cuando abro un ojo, Adrián se encuentra de cuclillas muy pegado a mi abdomen—, cuida mucho a tu mami despistada cuando nazcas, eh, no vaya ser que un día olvide alimentarte.

—¡Oye! —golpeo su hombro juguetonamente para después estallar junto con él en risas. Algunas enfermeras nos observan desconcentradas, y eso causa más alboroto en ambos.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras reímos, pero lo cierto es que hacía tiempo que no soltaba una buena carcajada sin importar las miradas de las demás personas. De hecho, casi nunca me carcajeo con tanta facilidad y ahora que lo hago, me doy cuenta que extraño ser la niña de siete años, esa jovencita que era alegre, que siempre tenía una sonrisa tatuada en su rostro por cualquier cosa, pero lo que más extraño es la forma en que mamá solía decirme que amaba mi sonrisa, mi risa, que por nada del mundo dejará que esta desapareciera pues a veces una sonrisa es capaz de hacernos sentir bien, no sólo a nosotros mismos sino también a los que nos rodean.

—Vale, vale, sólo bromeo, pero en serio, doctora, vos tenés que ser más cuidadosa por ese bebé —su acento me toma por sorpresa, tanto que no puedo evitar el ardor en mis mejillas.

—¿Qué te parece si te invito un café y me cuentas a que se debe tu visita aquí?

—Sería un placer —responde sonriendo con picardía.

Ambos damos media vuelta y caminamos hasta los elevadores para llegar al primer piso donde se encuentra la cafetería, pero antes le digo que me espere para ir a ver a mis hijos un momento.

Por el umbral puedo ver cómo Nando y Theo construyen una casita con algunos cubitos de madera, otros niños mucho más pequeños los ayudan. Estos, cuando me ven entrar, corren sin importar que las piezas caigan al suelo y se columpian de mi brazo, Adrián tiene que colocar su mano en mi cintura para no caer por el impacto al suelo.

Los niños sí que han crecido.

—¡Te extrañamos, mamá! —exclaman ambos al unísono, estrujando mi brazo. De un solo movimiento los alejo un poco para entonces atraerlos a mi pecho y darles un enorme beso en sus cabecitas. Los escucho soltar una risita y, cuando éstas cesan, sigo sus miradas y las encuentro posadas en mi compañía.

—Él es Adrián, ¿lo recuerdan?

—Cómo olvidar a mi héroe —dice Theo, sonriendo. Posteriormente deja de abrazarme para correr a los brazos de él. Mi compañía lo recibe con brazos abiertos y la punzada que siento en mi pecho me hace tambalearme.

Theo nunca es así con desconocidos.

—¿Mami, estás bien? —pregunta Fernando, acariciando mi mano con su pulgar.

—Sí, mi cielo, mejor dime, ¿cómo se ha portado Theodoro? ¿Ha hecho algún berrinche? —le pregunto para intentar calmar esa sensación rara que sentí de repente.

Las palabras que Fernando me murmura parecen no entrar en mis orejas, lo único que soy

capaz de hacer es ver cómo Adrián y Theo parecen llevarse bien, ambos están conversando de temas que desconozco y las sonrisas que tienen, las miradas tan profundas que intercambian, me desconciertan otro poco. ¿Por qué me recuerda tanto a él?

Nos quedamos alguna media hora conviviendo con ellos y después continuamos con el plan original. Una vez en el comedor preparamos un café, bueno él prepara el suyo, yo opto por un jugo de naranja natural y tomamos algún panecillo para acompañarlo. Mientras el ojimiel ve algo en la vitrina de frutas, yo sacó un billete de cien pesos para pagar, pero Adrián se entromete antes de que pueda entregar el billete a la cajera. Lo miro con la ceja fruncida, acción suficiente para que ese hombre de cabello largo y rizado me guiñe el ojo.

Sí que es atrevido.

Suelto un bufido, solamente porque deseo verlo por más tiempo dejaré que se salga con la suya, pero que ni crea que así se quedarán las cosas.

—Anda, estoy esperando —desafío dando un sorbo a mi jugo. Los ojos mielosos de este hombre se encuentran con los míos por sexta vez y la sensación que me provoca su mirada me atemoriza. Es inaudito que me sienta atraída por este ser humano.

—Mi hermano está hospitalizado aquí —y así es como comenzamos una larga platica de horas donde me narra el accidente trágico de su hermano mayor, según lo que dijo es que el pobre chocó contra un tráiler de carga y fue arrojado al barranco. Lo jugoso llegó cuando mencionó su nombre y entonces supe que el tal Omar Guerrero, el hombre al que tuvieron que reconstruirle el rostro por las severas quemaduras de cuando el carro explotó, es hermano del hombre que previno mi visita al funeral.

Su historia me intrigó tanto que, cuando miré al reloj, faltaban diez minutos para mí cirugía. ¡Sólo diez!

—Siento mucho lo de tu hermano, pero no te preocupes que está en buenas manos —le aseguro sonriendo, atando mi coleta suelta en una cebolla—. Y perdón por dejarte así, pero necesito llegar a mi cirugía.

—Descuida, Evelyn, suerte con tu cirugía, y por cierto, ¿siempre que decís? ¿Si vendrás a vuestra cita? —su mirada me da a entender la ansiedad de que se llegue el día del café, y la verdad es que yo también me encuentro emocionada, un cambio en mi rutina diaria no me vendría mal.

Si me pongo a pensar llevo tiempo sin salir con algún conocido.

—No me la perdería por nada en el mundo —reviro dándole el último vistazo para salir caminando a paso rápido hasta el elevador—. Ah, ¡y gracias por mi almuerzo! —grito a distancia despidiéndome con mi mano.

Los siguientes días pasan rápido y mi cita con Adrián me toma por sorpresa. Pido de favor a mi amiga que me cuide a los niños por algunas horas y ella acepta sin dudar, después de todo dice adorar pasar tiempo con ellos y no la culpo, incluso yo amo tenerlos cerca y compartir momentos especiales. ¿Y cómo no? Son mis tesoros.

Me coloco un vestido blanco con flores algo suelto, pues mi pequeño balón necesita espacio para sentirse fresco. Pongo un poco de labial color durazno, hago una trenza alrededor de mi cabeza ya que el calor es brutal y al darme el último vistazo en el espejo rectangular, estoy más que lista, incluso las ojeras han desaparecido un poco por el maquillaje.

Las zapatillas me las llevo en mano hasta la sala. Sobre el sillón, con un enorme tazón de frituras en su pancita, está Fernando, viendo Superman. Me acerco hasta ahí y las lágrimas que veo en sus ojitos me hace tirar los zapatos con brusquedad, asustada.

—Hey, mi cielo, ¿por qué lloras? —susurro levantando su rostro con mi mano. Los ojos



azulados de mi criatura están rojizos, su nariz algo esponjadilla y colorada también, al lado de sus piernas se encuentra el celular que Stephen le regaló cuando cumplió los ocho años, entonces siento mi sangre hervir.

Más vale no ser lo que pienso.

—Papá canceló nuestros planes al fútbol, dijo que estaba muy ocupado, pero no le creo.

—De seguro tiene trabajo que hacer, Nando, ser jefe de cirugía no es nada fácil y de seguro papi está en medio de un trabajo complicado —intento animarlo, pero su expresión amarga me hace cerrar el pico. Con brusquedad, Fernando me enseña el celular, especialmente su perfil de Facebook, y la publicación que veo hiela mi sangre.

¡Maldito cabrón!

—Tanto trabajo tiene que esa mujer lo etiqueta en un estado donde claramente dice que van rumbo a la playa —sin más, el rubio sale corriendo, dejándome ahí, con ganas de golpear a alguien.

Tocan la puerta.

Camino ya con los pies calzados hasta la entrada y al abrirla, un aroma sutil, muy varonil, invaden mis fosas nasales. Con la mirada recorro el cuerpo del hombre frente a mí, me demoro algunos segundos cuando encuentro su camisa de cuello abierta, dejando a relucir una clavícula hermosa, un cuello alargado. Separo un poco los labios, sintiendo de pronto la gran necesidad de un enorme vaso de agua helada. Adrián me observa atento y, como si fuera su intención provocarme, ladea su cabeza a un lado y las venas de su cuello se saltan, pero especialmente su esternocleidomastoideo sale a relucir.

¡Madre mía! Para qué necesito vídeos porno cuando lo tengo a él frente a mí.

—¿Gustas algún vaso para la saliva? —inquire burlón, dando un paso hacia el frente y acariciando mi barbilla con sus dedos pulgar e índice.

Pues que cabrón...

—Tengo una idea mejor...

Minutos después los cinco salimos rumbo al estadio para ver el partido que aquel hombre le canceló a mi muñequito. Compramos tres boletos más, algunas golosinas, refrescos, dos hot dogs para mí y subimos a los últimos asientos, según Nando ahí podemos disfrutar el mejor partido que recién comienza.

—Debo admitir que esto está mucho mejor que un café, ¡mira toda las personas! Nunca vi algo similar allá en Argentina.

—¿No? —pregunto intrigada, dándole una mordida a mi hot dog.

—No, y eso que la mayoría gusta del fútbol —su mirada está enfocada en los jugadores dentro de la cancha y la forma en que sonrío al verlos me hace sonreír también.

—Entonces me alegra haberlo sugerido —coloco mi mano en su pierna como gesto de satisfacción. Él, con la suya, siendo un poco atrevido, enjaula la mía sin titubear y da un suave apretón. Siento el corazón acelerarse y mis mejillas teñirse a un color más intenso.

Es inevitable no sentir ese cosquilleo en todo mi cuerpo, mejor dicho, es inevitable no pensar en esto como una señal del cielo, bien dicen que después del tormento llega la calma, y puede que Adrián haya llegado para despejar mi vida, para barrer aquellos residuos que sólo han dejado llagas y dolor.

—A mí más.

## Dieciseis



## Stephen

Cuando estás dentro del quirófano no hay interrupciones, al menos no las debe de haber si quieres que el doctor haga un buen trabajo, sin embargo, hay excepciones, un ejemplo muy claro es cuando alguno de tus aprendices necesitan información para mantener a la familia al tanto de lo que sucede con su pariente, o bien, cuando te dicen que tu mejor amiga necesita hablar contigo con urgencia, obviamente ésta segunda no tiene importancia para mí.

Le digo a Maggie que vaya a decirle a Evelyn que estoy ocupado, que después hablamos. Realmente no comprendo que pasa por la mente de esa mujer día y noche, le digo que no me moleste y es lo primero que hace cada maldito instante, cada oportunidad que tiene.

Ya no sé cómo hacerla entender que no pretendo escuchar sus malditas explicaciones, me ha dejado muy claro de lo que es capaz de hacer a mis espaldas.

Aún, cuando cierro mis ojos, la puta carta aparece en mis sueños, entristeciéndome, dándome a entender que no soy lo suficientemente bueno como para traer a otro bebé al mundo, para cuidarlo. De solo imaginar que ni siquiera tuve oportunidad de conocerlo o conocerla, me hacen querer beberme una botella entera de alcohol para intentar olvidar, para ahogar todo el pinche coraje que siento burbujear en mi interior como si fuera ácido.

Las horas transcurren como un caracol dentro del quirófano, más por el hecho que el paciente llegó casi muerto al hospital y todo porque decidió ingerir sustancias tóxicas para su cuerpo.

Gente estúpida...

Ordeno a uno de mis internos que continúe el trabajo mientras salgo a tomar un poco de aire. Quito los guantes y lavo mis manos con cierta rapidez que desconozco, posteriormente las seco con algún trapo.

Salgo del lugar agitado, sintiendo unas nauseas exageradas y antes de decidir si quiero ir al baño, me encuentro vomitando en pleno pasillo. Cuando pienso que he terminado, agarro unas cuantas servilletas y limpio el suelo mientras hablo a alguien de servicios para que le dé otra limpiada. Sin embargo, al terminar de limpiar mi asquerosidad esparcida, el mareo que siento me hace tambalearme con una camilla haciéndome caer con brusquedad al suelo.

Putá madre.

Fabricio, un compañero de turno, corre a mi dirección para ayudarme a poner de pie, no

obstante, al hacerlo, otra marea asquerosa me hace doblarme por la mitad, pero esta vez sí dejando que todo salga en un bote cercano. Solo soy capaz de escuchar las arcadas que producen mi boca, el sonido del líquido cayendo dentro de la bolsa de papel como si fueran pedazos de granizo en plena tormenta.

—Sí que estuvo dura la cruda, ¿no crees? —se burla el hombre dándome de palmadas en la espalda.

—Cierra la puta boca, Fabricio —suelto amargado, golpeando su brazo para que me deje de tocar. No soy ninguna nena que deba recibir cuidados o preocupaciones de los demás, yo mismo puedo cuidarme bien y atenderme si es necesario, al final de cuentas soy doctor.

—Alguien amaneció de mal humor...

—Nada más dime qué día no —la amargura y frialdad en cada palabra expulsada de mis labios me hacen entender que algo está mal conmigo.

Desde que Evelyn se fue de la casa, y desde que los niños quisieron irse con ella a vivir, toda mi maldita vida se ha vuelto una mierda bien bastarda. No duermo, no como bien, siempre estoy preocupado mordiéndome las uñas, pero, sobre todo, asqueado, con mareos y dolores insoportables en el cráneo.

Me fui a examinar hace días al departamento de arriba pensando que era algún tipo de migraña, pero según los resultados que arrojaron, no tengo nada. ¿Cómo carajos no voy a tener nada si me la paso devolviendo la comida? En fin, ¿qué más puedo hacer? Así haga miles estudios estoy seguro que saldrán negativos.

—Ya hombre, bájale a tu humor, estás peor que mi abuela —murmura Fabricio con evidente preocupación, cruzándose de brazos.

—Fab tiene razón, Steph, mejor ten, cómete un *sniker* —sugiere Maggie, sonriente, acercándose a nosotros con una barra de chocolate en mano. Ruedo los ojos.

—Yo no quiero ningún put... —vuelvo a vomitar.

Me encuentro recostado en una camilla con agujas encajadas en mi brazo derecho, una enfermera monitorea el suero que es inducido a mi cuerpo y anota algo en una libreta. Quiero hablar pero mi boca está extremadamente seca que prefiero callar y cerrar los ojos. Algunos minutos después el gastroenterólogo sugiere que vaya a casa a descansar, y obedezco. Tal vez lo único que necesito es reposo ya que he estado trabajando muchas horas puesto la persona encargada de mi departamento médico renunció tiempo atrás, todo porque no accedí a su petición ambiciosa.

Salgo del hospital a las nueve de la noche, disfruto del clima fresco golpear mi rostro tenso. Conduzco a la farmacia para comprar algún medicamento que olvidé pedir en el hospital y ya como a las nueve cuarenta llego a casa, sintiendo mi cuerpo y mi mente agotados por completo. Dejo mis zapatos sobre el tapete, retiro la corbata roja con un esfuerzo inmenso que, cuando deshago el nudillo, la falta de aire se hace presente, finalmente desabrocho mi playera, ya de plano sintiéndome un zombi viviente y subo hasta mi habitación para tirarme sobre la cama dura.

Intento cerrar los ojos, pero una sensación de que alguien me observa me hace incorporarme con lentitud sobre el colchón. Es él.

—¿Cómo te fue en el trabajo? —pregunta cruzándose de brazos y recargando todo su peso sobre la pared. Mis ojos caen en su cuello alargado que incluso con la luz de la luna tiene su manera exótica de relucir para encandilarme como si fuera alguna linterna.

—De la mierda —suelto así, sin ningún pelo en la lengua. Para que mentir si es cierto lo que digo, jamás había tenido un día tan miserable como el de hoy.

El chico de mechas rojas entorna los ojos, divertido, y puedo ver una diminuta sonrisa formarse en sus labios.

Esos malditos labios finos...

Llevamos días intentando recuperar el tiempo perdido pues desde que su hermana puso pies fuera de la casa, el comportamiento de Erick dio un giro de doscientos grados. Al menos así lo veo ya que por lo menos platicamos aún más y somos capaces de mantener una conversación entretenida, libre de monosílabos e insultos dolorosos.

Lo mejor de todo es que poco a poco estoy logrando escabullirme en su interior, aunque él lo niegue sé que está sintiendo algo por mí, puedo verlo en su mirada cafésosa cuando me tiene cerca, además, si me odia como dice hacerlo no me permitiera ir a dejarlo por las mañanas a la universidad antes de irme al trabajo ni mucho menos aceptaría mis salidas a tomar helado los días de mi descanso, eso ya es ganancia.

—Estoy contigo, el mío tuvo algo de eso —convino serio, clavando sus orbes brillosos en los míos. Nuestras miradas chocan cómo si de imanes se trataran, algo tienen sus ojos que logran hacerme olvidar cualquier problema que tenga en mi vida, incluso los dolores de cráneo han cesado.

Me pongo de pie en un salto y camino hasta la puerta, hacía él, no comprendiendo muy bien la razón.

—Necesito unas vacaciones urgentes... —susurro al pasar una mano por su sedoso cabello alargado, dejando más al descubierto ese cuello que tanto adoro.

Erick cierra los ojos ante mi tacto cálido, y ladea la cabeza un poco para darme más acceso a su cuello cremoso, a esos lunarcitos hechizantes. Siempre pensé que eran bellos, igual que todo su ser, pero jamás me había atrevido a hacer algo similar, tenía miedo de ser rechazado como tantas veces en el pasado.

Pero ahora que lo tengo así de pegadito a mi cuerpo, esos pensamientos mediocres han desaparecido dejando pura luminosidad en mi interior.

—¿Steph...?

—Dime, enano —le pido jadeante, perdiendo noción del tiempo que llevo acariciando su cuello, viendo sus labios entre abiertos. Mi pecho está acelerado, mi mente nublada, que en todo lo que puedo pensar con sensatez es en hacerlo mío, en besarlo como si no hubiera mañana y descubrir cada rincón escondido en su anatomía exquisita.

—Hazme el amor —murmura quedito y entonces, mandando mi estado de debilidad a la basura, lo beso sin pudor, sin remordimiento, valiéndome una mierda todo y todos. Él no me detiene, no me aleja de su cuerpo, de su piel, al contrario, me deja explorar cada rinconcito con las yemas de mis dedos, permitió engatusarse y envolverse entre las sábanas con mi cuerpo encima del suyo, besando, succionando, acariciando a mi antojo cada esquina de su suave piel, disfrutando del momento, del confort, experimentando algo completamente diferente pero deseado por ya algún tiempo.

—Si me pides que me detenga no lo haré —advierto con voz ronca en su oreja cuando él coloca una de sus pequeñas manos en mi pecho, como si quisiera empujarme para detener la acción.

—Eso no está en mis planes —responde antes de reclamar mis labios hinchados otra vez, embriagándome de una sensación prohibida, perdiéndome así en el sabor a cítricos tan exquisito de su piel entera y, sin tapujos, tomando control de la situación, lo hago mío.

Completamente mío.

Sus manos delgadas pero firmes se aferran a las sábanas grisáceas, y las mías a su cadera

musculosa, entonces, besando por última ocasión su cuello largo y bajando con mis labios por su espalda arqueada, comienzo con el primer baile erótico de la noche, sin barreras, con delicadeza, memorizando cada gemido, cada expresión y acción de nuestros cuerpos unidos piel a piel.

Jamás me imaginé haciendo esto con él, menos en un futuro cercano, no después de haber cerrado las puertas y construido una muralla metálica en mi corazón cuando Carolina se largó con aquel hombre. Tanto tiempo escondido en las penumbras debió mover algún tornillo de mi cerebro para hacerme caer por el hermano de mi mejor amiga.

Quien diría que encontraría aquello perdido en mi propia casa.

Puede que mañana me arrepienta, puede que no, las circunstancias nunca se saben, menos el destino, ahora sólo me queda disfrutar de esto porque al final sólo lo tengo a él apoyándome, comprendiéndome cuando claramente he sido un asno con los que se preocupan por mí. Es hora de dejar el pasado atrás por nuestro bien, pero sobre todo es tiempo de pedir perdón. No puedo seguir lamentando algo que ocurrió por cosas de las cuales no tengo conocimiento, si Dios así lo quiso fue por algo, lo único que me queda y debo hacer es continuar con mi vida acompañado o solitario, pero en definitiva, al lado de mis hijos, de mi amiga, los seres más importantes de mi estúpida existencia.

Y claro, al lado de este maravilloso chico que me devolvió la esperanza, gracias a él comprendí que después de estar ocultado entre las penumbras en un mundo ajeno, sí es posible encontrar una razón para amar, para vivir, pero, sobre todo, para sonreír y perdonar.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Erick, con su rostro hundido en mi pecho. Uno de sus dedos juguetea con mis abdominales y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—No —suspiro—, pero pretendo hacerlo mañana por la mañana, realmente no puedo seguir así, Rick, ya fue mucho tiempo con este dolor en mi pecho. Evelyn es mi amiga, mi mejor amiga, la que estuvo conmigo en los momentos más difíciles de mi vida y sé que lo que hizo no estuvo bien, pero primero necesito escuchar sus razones. Es lo que debí hacer antes de gritarle y decirle tanta estupidez que solo logró lastimarla.

Mi chico me observa atento, en su mirada puedo leer lo mucho que la extraña, lo mucho que se arrepiente de haberla golpeado.

—Sabes, te admiro, Steph, siempre lo he hecho y quisiera tener ese valor que tienes para ir a donde está y pedirle me disculpe, mi intención nunca fue ponerle una mano encima, pero... no supe que hacer, todo era un puto revoltijo en mi mente. Soy un verdadero idiota —sus palabras están cargadas de arrepentimiento, lo puedo sentir, me consta que nunca tuvo intención de lastimarla, pero ambos dejamos que el coraje hablara por nosotros y mira lo que nos causó.

—Fuimos unos idiotas, de eso no cabe la menor duda, pero estamos arrepentidos y eso quiere decir que no somos tan malos después de todo —intento animarlo antes de que por sus ojos broten las lágrimas que odio ver en las personas.

—Eso sí.

—Mira, si quieres mañana podemos ir a visitarla, ¿te parece? Esto que sentimos debemos decírselo a ella, no confesárnoslo a nosotros mismos. ¿Qué dices? ¿Vienes conmigo?

—No me lo perdería por nada del mundo —Erick se acerca a mi rostro y, tomándome por sorpresa, besa mis labios—. Te quiero, Steph, incluso cuando andas todo gruñón e insoportable —vuelve a besarme.

—Prometo hacer lo posible por eliminar esa amargura de mi vida —con mi nariz acaricio la

suya para después tomarlo en un fuerte abrazo. Dios, esto es tan correcto, tan delicioso.

—¡Hecho!

Por la mañana nos arreglamos algo apresurados ya que deseamos visitarla antes de que se vaya al trabajo. Engullimos algo de avena con frutas y, cuando ya tenemos nuestros maletines listos, corremos hasta mi automóvil.

Ahora que el sol parece brillar más que ninguna otra ocasión, y que Erick va a un lado mío acariciando mi mano, me doy cuenta que nunca es muy tarde para pedir perdón, para permitirme amar. Tiempo atrás oculté lo que sentía por miedo a su rechazo, pero ahora que lo tengo a mi lado me doy cuenta lo mucho que anhelé tenerlo así, conmigo, queriéndome, permitiendo a mis labios susurrarle todo aquello que guardé.

Este chico se convirtió en mi fortaleza, en mi esperanza, por él soy capaz de cualquier cosa, incluso de asumir mi más grande estupidez que fue el haberle faltado al respeto a la mujer que crío a mis niños.

Por él y por mí, caminaré con la frente en alto, llegaré hasta su puerta, y frente a ella, con una caja de chocolates, me arrodillaré para pedirle perdón, para redimir mis pecados.

De solo pensarlo me sudan las manos.

Llegamos a la casa de Jennifer más pronto de lo esperado y ambos bajamos algo nerviosos, por mi parte pensando en que le diré a esa mujer para que me deje entrar a su propiedad, porque conociéndola, será más difícil que respirar bajo el agua.

—Si fueras un poco más suspicaz te hubieras dado cuenta que Adrián se la llevó de paseo con los niños, y ni siquiera intentes preguntar a donde se fueron que no pienso decirte nada —suelta Jenn en tono amargo, cruzándose de brazos y recargando su peso sobre la puerta.

La miro petrificado, es la primera vez que luce tan molesta conmigo, de hecho, nunca la había visto molesta con nadie.

—Vamos, Jenn, no seas así, dime dónde están, quiero verlos —murmuro cabizbajo, apretando mis manos en puños. Realmente necesito ver a mi familia, necesito pedirles perdón por todo el maldito daño que les he hecho.

—¿Qué no sea así? Te diré quién no debió ser así, amigo —su tono se eleva un poco—. Ella podrá no contarme algunas cosas sobre su vida privada, y entiendo eso puesto que tú habías sido el único amigo en su vida, pero como la persona que si se preocupa por su bienestar, la que no se atrevería a dañarla con palabras hirientes o reproches, te digo, perdón, te exijo que la dejes en paz, Stephen, suficiente daño le has hecho. Eve lo último que necesita es estresarse, porque, si no lo sabes, su embarazo es riesgoso y conociéndola como lo hago, si pierde ese bebé también se perderá ella misma en un abismo lúgubre imposible de alcanzar, esa criatura lo es todo.

—Entiende Jennifer, quiero verla, solo así podré...

—¡Eso debiste pensarlo antes de llamarla asesina! ¿Sabes las noches infinitas en que lloró por esa acusación falsa? ¿Sabes qué hacía la pobre cada que se metía al baño? Ella lloraba, Steph, lloraba y maldecía cada puto día porque las ganas de decirte que no había abortado a tú bebé la carcomían viva, y no hay nada peor que callar algo que deseas decir con todas tus fuerzas. Lo peor de todo es que siempre traía esa sonrisa falsa en sus labios, yo sabía, muy en fondo sabía que toda esta mierda le dolía, pero seamos honestos, ella prefiere ocultar su dolor que mostrarlo, especialmente por sus hijos, lo último que Evelyn haría es mostrarse débil ante ellos. Así que no, no te diré dónde está ni mucho menos te permitiré que pongas un pie dentro de ésta casa, si ella quiere buscarte, lo hará. Hasta entonces quédate con tu jodido remordimiento, y trágate esos chocolates que nadie los necesita. Oh, ¡ya sé! Llévaselos a la arrastrada de Gómez.

Jenn entra a su casa hecha una furia y azota la puerta en mis narices con mucha fuerza. Me

quedo estático en mi lugar, pensando en las cosas que me dijo, sobre todo en lo correcta que está.

Fui un cobarde, un iluso que lastimó a la persona que quería, lo peor de todo es que también lastimé a Fernando cuando decidí tener una aventura con Rebeca antes que cumplirle la promesa que hice. Eso sí no me lo perdonaré.

Giro a mi lado izquierdo sintiéndome una basura total pero lo que encuentran mis ojos me hacen paralizarme. El terror inunda mi sistema.

—¿N-no abortó al bebé? —la voz de Erick es temblorosa con un ápice de decepción, pero no le hago tanto caso. De hecho, lo que acaba de decir me hacen querer arrojarme por el barranco, morir y revivir. ¡Seré papá! La sonrisa que se forma en mis labios al pensar esto cae en una firme línea cuando los ojos de este chico que adoro se llenan de lágrimas y coraje.

—Rick... ¿qué sucede? ¡Esto es una buena noticia! ¡Seré papá, enano! Volveré a tener una criaturita entre mis brazos, ¿acaso no te alegra? —me acerco con intención de besarlo pero su mano me detiene en seco.

—¿Qué si me alegra? ¿Me estás tomando el pelo? ¡¿Cómo pretendes que brinque de la felicidad cuando tendrás un hijo?! ¡Eh! Yo pude tolerar el hecho de que tú y Evy tuvieran sus encuentros sexuales, lo hacía porque pensé que no te gustaba, que solo eras hombre de mujeres, pero el hecho de que ella vaya a tener el bebé que por lo visto no abortó cambia las cosas... —sus hipidos desgarradores resuenan por los pasillos, alterándome—. Ni siquiera puedo imaginarme pretendiendo que todo está bien, carajo, ¿ahora cómo veré a mi hermana sabiendo que tendrá el hijo de la persona que pedí me hiciera el amor? ¡Esto no es justo! Siempre tiene que arruinarme todo esa mujer.

—¿Qué estás tratando de decir? —pregunto sintiendo una punzada dolorosa en mi pecho que hace tiempo no experimentaba.

Por favor que no diga lo que pienso...

—¡Qué lo de anoche fue un error, Stephen! Un puto error que terminó por mezclarse y arruinar mi jodida existencia. Como siempre.

El dolor que causan sus palabras me hace derrumbarme en mis rodillas y, sin proponérmelo, comienzo a sollozar, a sentirme roto cuando por fin me había sentido completo, feliz.

Erick sale corriendo por los pasillos y ni siquiera tengo el valor de perseguirlo porque en el fondo sé que tiene razón, lo que hicimos fue un detestable error que tarde o temprano traerá consecuencias, sobre todo, desilusiones. Bien dicen que cuando llueve, llovizna, pero a mí... a mí se me vino la tormenta entera.

## Diecisiete



## Evelynn

La frescura de la noche llega con todo y alegrías aquí en el centro de la ciudad de Monterrey, hoy se celebra el decimoquinto aniversario de la cafetería mi esperanza y Fabián Montenegro, dueño del maravilloso local que prácticamente me vio crecer como mujer, decidió invitarnos a festejar con él al lado de su espléndida esposa e hijos éste gran logro pues no cualquiera mantiene su positivismo hasta el tope ni la esperanza como este hombre lo tuvo cuando recién abrió la cafetería años atrás.

En verdad lo admiro, pero sobre todo, respeto.

Nos encontramos sentados en unas mesas talladas en madera con manteles rojizos fuera del local, vislumbrando el cielo iluminado por lucecitas de diversos colores y disfrutando de las brisas del viento casi invernadero golpear nos el rostro. Por mi parte no hago otra cosa más que admirar las exclamaciones de las personas cada que una lluvia de luz aparece en el cielo oscurecido. Los pequeños habían corrido dentro del local minutos atrás para jugar con Emiliano, el hijo mayor de los Montenegro, dejándome aquí sentada en compañía de Adrián, el hombre que no ha soltado mi mano desde que llegamos aquí. Y la verdad es que no me incómoda tenerlo apretujando mis dedos con los suyos, o acariciando mi piel con su pulgar como lo está haciendo, algo de él me hace sentir confiada, protegida, en casa.

—Lamento si no es la cita que pensaste —le susurro en la oreja cuando ambos niños regresan a sus lugares para comer una rebanada de pastel de piña que Olivia les regaló. Los ojos mielosos de Adrián encuentran los míos sin ninguna dificultad y su mano da un suave apretón sobre mi pierna. Mi corazón suelta un latido feroz.

Tal vez soy una tonta por permitirme sentir éste tipo de sensaciones a su lado, pero hey, no soy de palo y como mujer en plena gestación necesito de muchas cosas para mantenerme satisfecha, contenta, y no hablo de sexo, claro que no, aunque desearía con toda mi alma que me rompiera las bragas con cierto salvajismo, pero no.

Aún tengo límites, unos muy cabrones que no dejaré por nada del mundo bajar a cero pues las veces que he llegado al arrecife sintiéndome extasiada, que el mundo está a mis pies, más pronto que nada caigo al barranco, a lo más profundo del océano, hundiéndome, rompiendo fragmentos de mi corazón que creí sanados.



—No tenés por qué preocuparte, Lynn, estoy disfrutando esto, de hecho, es la mejor novena cita que he tenido contigo —sonríe de lado, mordiendo su labio inferior—. Pasar tiempo con vos y con tus hijos es de lo más divertido, y estos días a sus lados me han servido para darme cuenta lo genial que es tener una familia.

El calor que siento en mi pecho cuando dice esto me hace querer lanzármele a los brazos como si fuera una niña pequeña y decirle que si él gusta podría pertenecer a nuestro espacio, pero me abstengo, es muy pronto para definir lo que siento o para etiquetarnos como algo más que amigos. Sí, claro que disfruto de su compañía, tenerlo cerca me ha servido para darme cuenta que aún soy capaz de desarrollar sentimientos hacia alguien, que después de sufrir rompimientos desgarradores es posible sonreír, además, los niños parecen amarlo, pero no estoy en situación para querer intentar algo más allá de esto.

Al menos no por el momento.

—¿Seguro que no te aburrimos?

—¡Vos hablás cómo si fuera un anciano amargado! —Adrián suelta una carcajada, posteriormente inclina su cuerpo para estar más pegado a mí, lo suficiente para tener sus labios rozando el lóbulo de mi oreja. Un cosquilleo delicioso viaja de mi cuello hasta mi centro e inconsistentemente ahogo un gemido tortuoso—. Además, si estuviera aburrido ya estuviera en mi coche camino al hotel —esto último lo susurra con tanta sensualidad que me hace sentir calor en mi rostro, en mi anatomía entera, estoy segura que si ahorita me pusiera de pie, con facilidad caería al piso.

—¿Te sientes bien, má? Tu rostro está muy rojo —la voz de Fernando me hace reaccionar y golpear mi rodilla en la parte baja de la mesa. Suelto un quejido cuando el golpe comienza a punzar. Mierda, se dará cuenta que sus palabras me afectaron, mejor dicho, mis hijos se darán cuenta que éste hombre me embrutece.

—¡De maravilla, mi cielo! ¿Qué tal tu postre, eh? ¿Está rico?

—Delicioso... —murmura Adrián por lo bajo, lamiendo sus labios finos con cierto erotismo, haciéndome apretar las piernas juntas debido a mis hormonas alteradas.

El que con fuego juega, con fuego se quema, Adrián.

Horas más tarde regresamos a la casa de Jenn con bollos de carne en mano. Theo estuvo insistiendo en que le comprara algunos para llevar al colegio y no pude negarme, a decir verdad, amo esos malditos bollos porque brindan un enorme placer a mi paladar, la textura suave del pan junto con ese saborcito a carne asada con queso derretido me hace querer comerlos por días enteros, a cada rato, y bueno, mi bebé no ayuda con estos antojos brutales.

Los niños entran corriendo por la puerta dejándome a solas con él en el pasillo, la enorme luna llena hizo su aparición justo después de que las nubes que cubrían el cielo, desaparecieran. Mi pie izquierdo juguetea con una pequeña roca que hace ruidos relajantes, mis manos descansan detrás de mi espalda pues no tengo nada más que hacer con ellas.

Quiero decir algo, más sin embargo las palabras no salen de mi boca, esto me previene de agradecerle por todo lo que ha hecho durante las últimas semanas, siento que las palabras no bastan para decirle lo feliz que estoy con todo lo que hace por mí, ciertamente tenerlo cerca ya comienza a ser una necesidad inmensa tan familiar, disfruto mucho de su compañía, ¿y quién no? Adrián sabe muy bien cómo hacerme carcajear por cualquier tontería.

Una de sus manos acaricia mi brazo y en automático cierro los ojos para disfrutar de su roce. La delicadeza con la que frota mi piel me hace transportarme a otra galaxia donde los pensamientos lúgubres desaparecen dejando pura luminosidad. Los latidos alebrestados de mi corazón cambian su ritmo, dándome a entender que si continúa tocándome así, perderé el poco

control vivo en mi sistema.

Sus largos dedos exploran mi cuello ladeado y recorren a su antojo hasta topar con mi clavícula, ahí se detienen algunos instantes que parecen eternos, después, cuando no siento ningún movimiento por su parte, un cosquilleo en esa zona me hace abrir los ojos y lo que veo me derrite. Los labios húmedos de Adrián están dejando pequeños y excitantes besos por mi clavícula, así hasta que llega a mi mejilla ardiente. Para estos momentos el corazón ya lo escucho en mis orejas, ensordeciéndome, evitando que los ruidos de los carros pasantes me distraigan de su perfecta seducción.

Nuestros ojos chocan como si fueran fuegos artificiales en plena feria del pueblo, y sé con demasiada certeza que mediante ellos me está pidiendo, mejor dicho, suplicando algo, no obstante, comprender lo que quiere transmitir me es imposible de leer, o bueno, lo es hasta que esos orbes color miel que me embelesan deciden descender a mis labios y después ascender a mis ojos nuevamente al paso de varios segundos. Entonces comprendo lo que quiere hacer y, con un apretón suave sobre su brazo, lo incito a que se acerque para besarme.

Sus finos labios me toman por sorpresa.

Lento, suave, húmedo... así es nuestro primer beso ésta noche de septiembre. Mis manos temblorosas logran escabullirse por su abdomen cubierto, y ahí permanecen arrugando su playera cuando él decide pegarme más a su cuerpo para profundizar sin ningún ápice de salvajismo éste beso delicioso. Con su mano izquierda comienza a dibujar círculos en la parte baja de mi espalda, acto suficiente para hacerme soltar un agonizante gemido entre sus labios. Por momentos me pierdo en sus caricias decididas, sublimes, únicas, olvidando por completo que estamos frente a la puerta de la casa, seguramente atrayendo miradas de los peatones y vecinos.

El ritmo del beso mengua con rapidez, trayendo consigo una carcajada que enerva mi espíritu de una manera amena. Abro los ojos para encararlo.

—¿Sucede algo? —pregunto agitada, acariciando su rostro y perdiéndome en su mirada dilatada.

Ladeo mi cabeza.

—El bebé me está pateando —suelta sonriente, poniéndose de cuclillas para frotar mi engrandecido balón con su nariz—. Sos una cosita traviesa, ¿sabes? Pero aun así sos adorable, cuento los días para poder conocerte.

Una pequeña lágrima brota de mi ojo izquierdo al escucharlo hablarle con tanto amor y cariño a mi bebé, realmente no puedo comprender cómo es que alguien así pueda decir cosas tan hermosas sabiendo las palabras que le dije cuando decidí aceptar su tercera cita. Debe estar demente por continuar conquistándome como lo hace aun sabiendo que no obtendrá nada a cambio.

Al menos no por el momento.

—¿Cómo...? —musito absorbiendo por la nariz. Adrián se incorpora y toma mi rostro entre sus manos.

Las lágrimas continúan brotando sin piedad.

—Te dije que no presionarías, vos sos muy importante para mí y aunque suene alocado mi corazón ya lo tenés entre tus manos, ¿es difícil comprenderlo? —su tono es decidido, firme, él sabe lo que quiere y lo dice sin titubear, sin ningún pelo en la lengua. Esa parte suya me encanta.

—Qué más quisiera dejarme llevar, Ián, pero tú sabes mi historia, sabes por lo que he vivido y cómo he terminado con esas relaciones, yo... no soportaría una ruptura más —esto último lo digo en un suspiro que hacen al hombre frente a mí abrazarme fuerte.

Hunde su cabeza en el hueco que está entre mi hombro y cuello. Acaricio su espalda.

—No seré yo quien decida si debes o no aceptar mi propuesta, sólo te diré que soy un hombre

paciente y sabré esperarte, si querés que seamos algo más, yo encantado, si no querés que nos etiquetemos, está bien, pero por favor no te cierres, Lynn, me costó un gran trabajo hacer que confiaras en mí y no pretendo perder lo que construimos a base de arcilla —Adrián coloca sus labios en mi frente después de murmurarme estas palabras y deja un beso tronado allí, posteriormente se despide con esa sonrisa que lo caracteriza y yo me quedo de pie en el mismo lugar, observando cómo se pierde entre la penumbra de la calle.

Suspiro, es un gran ser humano.

Entro a la casa procurando no hacer demasiado ruido puesto que Jennifer tiene que madrugar mañana para su turno matutino. Sigilosamente, dejando mis zapatos en la orilla de las escaleras, subo escalón por escalón hasta llegar a mi habitación, sobre la cama ya están Theodoro y Fernando durmiendo, uno en cada orilla porque dicen que deben cuidarme.

Sí, yo duermo en medio como si fuera la hija pequeña.

Al día siguiente por la tarde estoy en el hospital revisando al señor Guerrero, al parecer si continúa reaccionando bien a los medicamentos, puede que un día de estos despierte y yo seré la primera en avisarle que su hermano lo ha procurado desde que ingresó aquí. A veces no comprendo cómo es que personas tan buenas tengan que sufrir por la pérdida de algún familiar, por la ruptura de algún noviazgo o cosas por el estilo, se me hace muy injusto que los malandros siempre se salgan con la suya.

Es repugnante.

—Me dijo Jennifer que deseabas hablar conmigo, Jane, ¿sucede algo? —le pregunto a mi interna mientras escribo las reacciones del paciente en su folio. Escucho que la joven suelta un enorme suspiro y después comienza a hablar.

—Sí, doctora, verá... su hermano Erick lleva horas esperando a que usted termine las rondas, dijo tener algo importante que comunicarle.

—¿Mi hermano está aquí? Olvida eso, ¿por qué no me habías dicho antes? Sabes que cualquier cosa relacionada con mi familia debes informármela de inmediato Jane —cuestiono indignada, saliendo de la habitación del paciente algo apresurada—. ¡No le quites tus ojos de encima, Valdez!

Las ganas de correr hasta mi hermano son inmensas, pero considerando mi condición, es peligroso, así que me abstengo y mejor camino a paso rápido hasta llegar al elevador. Pulso unos cuantos botones para llegar a la sala. Espero algunos segundos y después salgo del cubículo alterada, sintiendo gotitas de sudor bajar por mi frente.

—Oye, ¿qué haces aquí? ¿No se supone que debes estar en clase? —suelto de golpe, limpiando mi rostro con un pañuelo.

Los ojos de mi hermano me dicen que quiere hablar conmigo, al menos así lo interpreto después de que su mano me hace una seña para seguirlo. Obedezco y pronto ambos cruzamos la sala de espera hasta que salimos fuera del hospital. Aquí Erick me encara, luciendo ojeroso, desgastado, quiero acercarme para atraerlo a mis brazos que hace mucho no lo hago, pero reprimo las ganas pues no deseo incomodarlo o hacerlo enojar.

—Estoy aquí porque hay algo que debo decirte —su tono es serio, tembloroso. Asiento con la cabeza, encaminándome a una banca de madera para recuperar mi aliento. Bien me dijeron que necesitaba dejar de trabajar pero no hice caso.

—Soy toda oídos —digo con una dulce sonrisa, los ojos de mi hermano me esquivan.

—Vengo a pedirte perdón por todo, sé que estas simples palabras no son nada a comparación del daño que te he causado, pero realmente necesito tu perdón, Evy, fui un tonto que perdió la cordura, un cabrón de mierda que se atrevió a ponerte una mano encima y eso jamás me lo

perdonaré como persona, pero necesito comprendas las razones...

Todo el momento que estuvimos sentados platicando sirvió para darme cuenta el grave error que cometí y el daño que yo misma le causé a mi hermano al meterme con mi amigo, él siempre estuvo enamorado de Stephen y nunca me di cuenta, pero... ¿cómo iba a imaginar que mi bebé estaba enamorado de un hombre?

Siempre lo vi rodeado de mujeres, pero principalmente veía como ignoraba a Steph cuando éste le decía algo, es difícil de creerlo, de hecho, nunca cruzó por mi mente que Erick sintiera eso por él. ¿Qué si estoy enojada? La verdad no, si mi hermano tiene esos gustos no tengo por qué molestarme o hacer un gran alboroto, cada quien somos libres de enamorarnos de quién nos plazca independientemente de su sexo, pero eso no quita el gran dolor que siento en el pecho al saber que por mi culpa él haya decidido huir de sus sentimientos.

—Lo siento tanto, Rick, si hubiera sabido que tú...

—No tienes por qué disculparte de algo que no tenías conocimiento, las cosas pasan, Evie —su mano se coloca en mi muslo. Da un suave apretón—. Aquí lo que importa es que estamos juntos, que pude recuperarte después de todo éste tiempo, quiero ser parte de tu vida, hermana, de la vida de tus hijos, quiero ser el tío divertido que sale todos los fines de semana con sus sobrinos, quiero ser alguien en que puedan confiar y platicar de lo que sea, yo necesito a mi familia de regreso —los ojos de mi hermano se han empañado por lágrimas al igual que los míos.

Estoy segura que si mamá viviera estaría muy orgullosa del hombre en que se ha convertido su retoño, si, tuvo sus altas y bajas, unas más graves que las otras, pero al final del día sabe aceptar sus errores, no cualquiera hace eso.

—Tú eres mi familia, campeón, eres parte de nuestra familia, eso jamás lo dudes —meneo su cabello largo y una mancha rojiza en su cuello me hace quedármele viendo con intriga—. ¿Es lo que imagino? —le pregunto mirando con más atención esa mancha, las mejillas de mi hermano se encienden a un color escarlata.

Suelto una risita.

—M-me picó un mosquito —se excusa bajando la mirada a sus manos, intentando ocultar su rostro rojizo.

Oh el amor...

—Bien, pues dile a ese mosquito que necesito hablar con él.

Cuando Erick se va del hospital, yo regreso a mi labor sintiendo que floto en las nubes, pues haber recuperado a mi hermano, el pequeño que crié cuando mamá murió, brindó cierto alivio en mi corazón. De hecho, todo alrededor parece más animado y bonito.

Subo al elevador vacío y cuando está a punto de cerrarse, una mano interfiere hasta que las puertas son abiertas nuevamente. Sonrío.

—Pensé que no llegarías —murmuro recargando mi cabeza en su hombro. Adrián enlaza nuestras manos juntas.

—¿Qué? ¿Y perderme éste momento tan especial para vos? ¡Claro que no!

—En serio no sé cómo agradecerte por todo, Ián, has sido mi fulgor en la oscuridad.

—Yo sé cómo podrías agradecerme —articula travieso y en un dos por tres me encuentro estampada contra la pared sintiendo sus labios hambrientos sobre los míos.

Mis manos se meten dentro su camisa con intención de sentir esos abdominales que se marcan sobre la tela. Quiero sentir su piel con las yemas de mis dedos, deseo con urgencia y fervor recorrer toda su piel cremosa con mis labios y hacerlo gemir de placer. Joder... no sabía cuánto necesitaba a alguien enterrado entre mis piernas hasta hoy.

—Eres un perverso —susurro jadeante, dejando que sus labios recorran mi cuello completo hasta el valle de mis senos.

—Lo dice la mujer que metió mano primero —se defiende orgulloso, haciéndome perder el equilibrio cuando su enorme mano se cuela dentro de mi blusa y sostén. Muerdo mi labio con fuerza, intentando con todas mis fuerzas no gritar por lo delicioso que es tenerlo tocándome.

—M-mira q-quien habla, el hombre que se aprovecha de mujeres embarazadas... —mis palabras

se cortan abruptamente cuando sus dientes muerden mi pezón, atormentándome, provocando que pegue mi cabeza entera a la pared metálica. Mierda, mierda, y mil veces mierda, ¡lo quiero dentro de mí ya!

—Nena, si estuviera aprovechándome de ti, éste precioso pantalón tuyo ya estuviera bajo tus pies y esto —pega su miembro excitado en mi vientre abultado—, ya estuviera enterrado en lo más profundo de tu cuerpo haciéndote gritar y suplicar por más.

La campanilla del elevador anunciando que hemos llegado hacen a Adrián moverse con demasiada rapidez al otro lado del cubículo algo alterado. Los latidos de mi corazón están hasta el tope, y ni se diga de mis piernas, a estas alturas parecen gelatinas recién salidas del refrigerador. Intento dar unos pasos al frente para salir fuera pero al hacerlo me tambaleo, las manos de él tienen que sostenerme por la cadera para no caer.

Siento una deliciosa presión en mi trasero.

—To be continued... —musita por lo bajo, sonando algo ronco y dejando un beso en mi oreja.

## Dieciocho



## Evelynn

—¿Cómo demonios pretendes que aprenda a hacer una buena reconstrucción si estás casi desnudo sobre la cama luciendo tan jodidamente violable? —espeto frunciendo el ceño y poniendo mi lápiz a un lado, casi azotándolo contra el escritorio de cristal.

Adrián me observa atento para después dejar escapar una de sus risas roncadas que ya conozco de memoria.

Estamos en su hogar, una bonita cabaña a las afueras de la ciudad donde lo único que se puede aspirar es paz y armonía, eso sin mencionar el oxígeno limpio que generan los árboles. Me estuvo insistiendo tanto en que aceptara su invitación de venir con los niños, pero tenía miedo pues conociéndome contenerme sería imposible.

Ahora lo estoy comprobando.

—Oh vamos, solecito. Si quieres puedo ayudarte —me guiña un ojo, divirtiéndose por la situación. Lo veo ponerse de pie, colocar unos shorts para después caminar hacia mí sin inmutarse de cerrar la puerta de su recámara. En lo único que puedo pensar es en que mis hijos entren y vean lo que éste hombre me provoca, mejor dicho, lo que provocará si no se pone una camiseta y esconde su enorme espada que pide liberación.

Aquella cita con el ginecólogo semanas atrás solamente sirvió para darme cuenta que este hombre misterioso que salvó a mi Theo, dueño de un cabello rizado precioso y un cuerpo escultural, pero sobre todo de unos sentimientos tan puros, tan bellos como el agua bendita, es el hombre que deseo tener a mi lado, aunque sea cómo amigo sexual, porque, a decir verdad, desarrollar sentimientos profundos e intensos hacía él es lo último que quiero hacer.

No pretendo salir con un corazón roto otra vez, ya tuve suficiente de eso.

Además, estuvo de acuerdo, ambos queremos divertirnos y así será, aunque muy en el fondo sé que Adrián no es de ese tipo de hombres mujeriegos que anda acostándose con cualquiera para satisfacer sus necesidades carnales, eso lo comprobé el día que una muchacha se le insinuó en la calle. Pero la verdad no puedo ofrecerle algo más que un espacio en mi cama o la suya, enserio que es un sentimiento muy cabrón cuando alguien rompe tu corazón.

—¿Ayudarme tú? ¿Hablas en serio Adrián? Lo único que provocarás es que me excite en plena cirugía y lo más triste es que no estarás ahí para hacerte responsable de mi asuntito —hago

un puchero cuando lo tengo a sólo unos centímetros de mi cara. ¿Tan difícil es ocultar ese cuerpo detrás de las telas? Dios, este hombre me conducirá a la perdición si continúa provocándome de semejante manera diabólica.

—¿Y? Vos dijiste que por nada del mundo querías estropear tu cirugía, y que mejor que recordarla de ésta manera —su sonrisa se amplía. Dejo salir un bufido.

—Está bien, está bien —accedo poniéndome de pie, tomando un marcador negro, un libro que traje conmigo y su mano entre la mía para encaminarlo hasta la desordenada cama donde termino por empujarlo con mi dedo índice. Pero antes de montarme encima de él me aseguro de cerrar la puerta con llave por eso de las dudas.

No me agradaría nada que mis hijos me vieran es una posición comprometedora. Ya no confío en mi persona cuando lo tengo cerca en un lugar solitario.

—No quiero que me pongas una mano encima, ¿entendiste? Lo que menos deseo es terminar teniendo sexo y olvidar mis deberes, bueno sí, pero no hoy —advierto y él asiente con la cabeza, esbozado una sonrisa maliciosa, picara, de aquellas que me hacen temblar como cachorrito.

Sé bien que al tenerlo como recurso no llegaré lejos. Es más, estoy segura que todo esto terminará en una sesión pornográfica por un intento de repaso quirúrgico, pero no puedo hacer nada al respecto sí realmente quiero salir exitosa. Además, me gusta calentarlo.

Cuando Adrián está ya recostado sobre la cama de sabanas doradas, le pido de favor que quite sus bóxers porque bueno, el punto es reconstruirle el aparato sexual al paciente descuidado que decidió tener sexo como si fuera un caballo, fracturando su cosa por la mitad, y para eso necesito memorizar cada parte del pene para poder localizar algunas venas y nervios que me pidió el urólogo.

Mi amigo argentino obedece sin chistar y pronto toda su extensión es descubierta ante mis ojos. Trago saliva con dificultad y evito con todas mis fuerzas no mirarlo como si de algún helado se tratara. Sin embargo, fallo en mi labor y termino devorándolo completito que hasta se me acelera el corazón. Es tan largo y bronceado, que mi boca hormiguea por tenerlo dentro para saborear su peculiar esencia. Muerdo mi labio inferior, imaginando como sería tenerlo estrechándome con lentitud, escuchando como nuestros sexos chocan con deliberada delicia y erotismo.

Abro mi libro en la sección del aparato reproductor masculino para intentar alejar semejante obscenidad de mi mente, y con mi marcador negro comienzo a trazar pequeñas líneas sobre su ingle. Lo escucho soltar un gemido y no puedo evitar buscar sus ojos con preocupación.

—¿Te lastimé? —pregunto, a lo que él asiente sin más—. Pues ni modo, te aguantas porque tú te ofreciste.

Continuó con mi repaso alrededor de veinte minutos, marcando y diciendo algunas cosas en voz alta para facilitar mi aprendizaje, incluso Adrián toma el libro entre sus manos para ayudarme cuando algo se me olvida. Al terminar de decirle el nombre de la piel que mi mano toca, qué es la punta de su miembro, las cosas se van complicando.

Y esto no es nada bueno.

Mis manos se posan en su abdomen y sus ojos me miran preocupados. Suelta el libro con brusquedad para acariciar mi rostro.

—¿Qué sucede, Lynn? ¿Te duele algo? —pregunta sosteniéndose con sus codos para observarme mejor. Mi pecho comienza a subir y bajar con dificultad, unas pequeñas gotas resbalan sobre mi frente cayendo en su piel descubierta, y es ahí donde le dejo saber con mi expresión que necesito algo de él.

No es que la idea de tenerlo debajo de mí me moleste, sólo... no quiero que piense que por su



culpa no estoy repasando lo que debo. Sin embargo, con una mirada alentadora, hago que Adrián apriete mis muslos con fuerza, haciéndome sentir su endurecido miembro debajo de mi vestido blanco, justo como quería.

De su boca escapa un suave gemido, uno tan sensual que provoca mi clítoris doler, punzar. Ahora nuestras partes están tocando, y no puedo hacer otra cosa más que reprimir estas ganas de tenerlo dentro llenándome por primera vez. Lo único audible en la recámara son nuestras respiraciones agitadas, y las gotas de agua que caen fuera del ventanal.

—M-mejor continuaré mi trabajo —jadeo colocando el marcador abierto sobre su piel. Asiente con la cabeza.

El hombre de cabellos rizados cierra los ojos e inhala lo más profundo que puede, supongo que para intentar estabilizar su corazón acelerado. ¡Maldición! Nada de esto estuviera sucediendo si hubiera mantenido mis manos alejadas de su cuerpo, debí quedarme solo con el libro.

Con precaución me muevo hacía adelante, pero es inevitable no sentir ese enorme bulto rozando mis bragas ya húmedas. Mis pensamientos no son claros, todo dentro y fuera de mí está hecho una bola de nudos y puedo asegurar que mi rostro rojizo delata la enorme necesidad que tengo de ser asaltada sin piedad.

Sus manos, al paso de segundos interminables, y acabando con mi tortura, quitan mis bragas negras para deslizarlas hasta mis rodillas, ocasionando que el marcador que sostengo entre mis dedos, caiga al suelo junto con ellas.

—Adrián...

—Shhh —coloca su dedo índice sobre mis labios—, permítete disfrutar —dice agitado para después besarme con fiereza.

En mi mente comienzo a contar hasta sesenta, tal vez así logre calmar la marea intensa dentro de mi sistema que está aniquilando toda neurona viva.

Uno...

Sus manos acarician mis muslos.

Ocho...

Siento la frotación de sus dedos sobre mi zona, ocasionado punzadas extremas que estoy segura me mataran. Aprieto mis ojos con fuerza.

Quince...

Tiro mi cabeza hacia atrás cuando sus dedos se introducen dentro de mis pliegues palpitantes, alzó las manos cuando él decide deshacerse de mi vestido. Mis senos quedan libres.

Treinta y seis...

Su mano juguetea con uno de mis pezones excitados, entonces lo veo doblarse un poco hasta que queda a mi altura. Con sus labios lame y succiona esa proporción de piel vibrante, provocando que unos grititos cortados salgan de mis labios. Muerdo mi mano en un intento de controlar mi deseo.

Cincuenta y dos...

La cuenta que mantuve se va a la basura al igual que mis tormentos. De un sólo movimiento se entierra en mi interior y ambos dejamos salir un gruñido que hace tiempo deseaba salir. Mis caderas cobran vida por sí solas y pronto me encuentro subiendo y bajando sobre su extensión para sentirlo más profundo, más dentro de mí.

Adrián masajea mi clítoris con su mano libre, y eso solamente sirve para que aquellas contracciones que sentí antes de probarlo, incrementen. Juro que si no deja de hacerlo, terminaré corriéndome como nunca antes de tiempo.

—¿Por qué no me permites entrar a tu corazón? —musita jadeante, colocando ambas manos

en mi vientre. Dejo escapar un grito lastimero al sentirlo salir de mí y entrar de nuevo con más fuerza, ocasionando ese sonido de choque repentino que me enloquece. Lamo mi labio.

—Porque no deseo romperlo otra vez —respondo agitada, hundiendo mi cabeza en su cuello. Aspiro su aroma varonil y dejo ahí unos cuantos besos, ahora él ha tomado control de la situación.

Al terminar aquel baile erótico que me hizo explotar más de dos veces, y gemir como nunca en mi vida, mi cuerpo entero se aferra a las sabanas frescas y a su pecho cálido. Estoy recostada a un lado, observando como el cielo se oscurece por las nubes grisáceas, me pregunto si dejara de llover para más tarde puesto que necesito llegar al hospital debió a que Jane me informó sobre unos papeles que estoy segura devastarán a Adrián.

Unos rugidos salvajes provenientes de mi estómago me hacen ponerme de pie para ir a la cocina. Procuero bajar de la cama con cuidado ya que no deseo despertarlo, después de soltarle la bomba no podrá ni cerrar los ojos por algún tiempo, así que prefiero verlo descansando. Busco el reloj entre la penumbra y al encontrarlo, veo que marca las doce de la noche, entonces caigo en cuenta que dejé a mis hijos solos por más de tres horas.

Coloco una bata blanca sobre mi cuerpo desnudo y salgo de la habitación en puntitas. Los pasillos están silenciosos, de seguro se fueron a dormir temprano. Queriendo verificar mis pensamientos, camino alrededor de la casa en busca de mis pequeños, pero al verme pérdida, detengo el paso.

La poca luz que brindan los focos ha desaparecido por completo, eso me hace sentir miedo, siempre he odiado la oscuridad, desde pequeña solía dormir con luces encendidas en mi pieza. Doy unos pasos más hacia el frente, con mis manos siento la textura de la pared rasposa, entonces mis dedos topan un botón y lo pulso sin dudar. Unas linternas se encienden dando iluminación a una parte de la cabaña que no vi cuando entré.

Curiosa, me adentro al enorme cuarto, los colores de las paredes me hacen recordar algo de mi pasado, sin embargo no pongo atención y continuo caminando hasta que llego a una enorme repisa que contiene fotos de una familia alegre. A pura vista puedo distinguir que se trata de Adrián y sus papás, también hay un niño del cuál no conozco, supongo que es Omar, el hermano que está en coma. Mis manos toman un portarretrato de vidrio, son los mismos niños pero ya más grandes, entonces, cuando mis ojos recorren bien la foto de esquina a esquina, se abren como si fueran farolas y la fotografía que agarré entre mis manos, cae al suelo ocasionando que los vidrios se desparramen por la madera.

No puede ser cierto...

Los recuerdos que intenté enjaular por mucho tiempo salen a flote debilitando mis piernas. Caigo al suelo sin más. Mis manos temblorosas toman la foto y la acerco más a mis ojos, ignorando el dolor del vidrio penetrar mi piel. Un sollozo ahogado escapa de mi garganta y el piso parece moverse.

Quiero vomitar.

Una lluvia intensa me baña en cuestión de segundos y lo único que deseo es salir corriendo al hospital. ¡Debe ser una puta mentira!

—Escuché un estruendo y vine lo más rápido que pude, ¿te encuentras bien? —el tono preocupado de Adrián me hace girar lento, como si fuera el exorcista. Muerdo mi labio inferior para suprimir los sollozos que amenazan con salir.

—¿É-él quién es? —murmuro apuntando el rostro de la otra persona con mi dedo índice.

—Es mi hermano.

—Sí, claro... —suelto incrédula, limpiando mis mejillas—. ¿Por qué mientes, eh? ¿Qué ganas haciéndolo? Tú dijiste que su nombre es Omar, y ambos sabemos que no es cierto —mi voz

suenan rota, ronca, intentar controlar el coraje que siento dentro a éstas alturas es imposible.

Tengo ganas de golpearlo, de romperle esos labios por haberme visto la cara de tonta. Él sabía, perfectamente sabía de quién le hablaba, se lo describí muchas veces, incluso de dije el nombre pero simplemente me mintió. Ya sabía que era muy perfecto para ser verdad.

—¿Qué demonios decís? Su nombre es Omar, creo que lo confundes, Lynn.

—¡Yo jamás confundiría al padre de Theo! —grito exasperada, poniéndome de pie y estampando la maldita foto en su pecho. Adrián me observa petrificado—. Sabes que, no importa, ya me di cuenta del tipo de persona que eres. Resultaste peor que todos ellos.

Dicho esto, salgo apresurada de ese lugar en busca de mis hijos.

—¡Lynn! ¡Lynn! ¡Escúchame, carajo! ¡No sé de qué me hablas! —su voz a lo lejos me hace apresurar el paso.

Con mi mano izquierda sostengo mi vientre y corro, corro con toda intención de alejarme lo más pronto posible de este lugar que me llenó de puras mentiras.

Cómo siempre.

## Diecinueve



## Evelynn

Llego al tercer piso del hospital demasiado cansada, estos últimos meses han sido brutales debido al sin fin de cirugías que he tenido, y es frustrante porque antes no me cansaba por eso, pero ahora con cualquier cosita logro fatigarme con facilidad, incluso levantar un vaso de agua en mi casa me provoca cansancio extremo.

Lo primero que hago al entrar a la sala de descanso es tumbarme sobre la cama para intentar recuperar mi aliento, sobre todo esperar que mi dolor de pies cese un poco. Inhalo una buena calada de aire fresco y cuento hasta veinte para relajar mis músculos. Necesito dejar mi trabajo lo más pronto posible, es eso o andar en silla de ruedas por todos lados, eso si no sería nada bonito.

Lo último que deseo es causarle problemas al jefe.

—Veo que también tuviste un día pesado —murmura una persona, haciendo que pegue un brinco del susto. Enciendo la linterna de mi celular para encontrar a la persona misteriosa. Trago saliva.

—Pensé que estaba vacío —inquiero colocando una mano en mi abdomen, sobándolo un poco para calmar las pataditas que el bebé está soltando, de seguro también se asustó.

—Si quieres puedo irme para que estés sola —dice preocupado, posando su mirada café sobre mi mano. Siento una punzada en mi pecho. Cómo lo echo de menos.

—¡No! —grito de repente, asustándolo—, digo, no tienes por qué irte, hay suficiente espacio para los dos.

El silencio que se instala después de decir aquello me quema las venas, ¿cómo es posible que después de tanto que hemos compartido juntos, no tengo nada para decirle? Deseo hablarle como solía, contarle cada detalle de mi vida diaria, de mis alegrías, mis tristezas, quiero compartir mi embarazo con él pues gracias a la pasión que nació entre nosotros dentro de su casa puedo sentir la maravillosa dicha de ser madre otra vez.

Stephen es mi mejor amigo, el único que me conoce al derecho y al revés, y apesar de que me lastimó con sus palabras venenosas, amargas, se con todo mi corazón que tenía una razón enorme para hacerlo, si hay alguien que adora los niños igual que yo, es él.

—Perdóname, morenita, perdóname por haberte acusado de esa manera tan cruel e insensata, yo debí escucharte antes de hacer mis propias suposiciones, debí saber que tú no serías capaz de

matar a un bebé, pero la rabia, el temor, todo se juntó dentro de mi pecho en el momento que mis manos tomaron ese pedazo de papel —sus palabras suplicantes me toman por sorpresa, tanto que sin proponérmelo, las gotas de agua salada salen de mi rostro. Con mi mano cubro mi boca para ahogar un sollozo. Si, si, si, mil veces sí, Steph...

» Te amo, Lynn, eres la mejor amiga que tengo, la mejor mamá que pudieron tener mis hijos, y realmente no deseo perderte, perderlos, por unas de mis estupideces. Comprendo muy bien que un simple perdón no bastará para retroceder el tiempo y eliminar el dolor que te causé, pero por lo menos podemos intentar sanar poco a poco esa herida que con mis labios abrí —Steph se acerca cauteloso para ponerse de cuclillas, ambas de sus manos encarcelando mis mejillas húmedas. Me recargo en él, completamente rendida. —Permíteme entrar en tu vida, morenita, déjame ser yo quien te haga sonreír cuando estés al borde del cansancio, dame el privilegio de verte embarazada, de estar a tu lado a todo momento cuando nuestro angelito nazca.

No respondo, en cambio, con una de mis manos tomo la suya que está temblorosa y la guio a mi vientre, a nuestra princesa. Stephen suelta un gemido amortiguado y sus ojos cristalizados encuentran los míos. Sonrío, por primera vez desde que perdí a mi amigo, a todos los hombres importantes en mi vida, sonrío con el corazón, con mi alma en mano. Al final mantenerles rencor, o coraje no sirve de nada si no soy capaz de sentir la felicidad burbujear dentro, mis hijos, mi hermano, mi mejor amigo, todos ellos son mi felicidad.

—Eres mi razón de existir, Steph, tú me diste aquello que ningún hombre ha podido, que es mi preciosa familia —musito, tragándome el nudo que se formó en mi garganta—, y sería un gran honor tenerte a mi lado como en los viejos tiempos, al final de cuentas serás tú quien vele por nuestros angelitos el día que parta de este mundo.

—¿Qué quieres decir con velar? —sus ojos cafés se abren como si fuera un búho, y ahí, aceptando lo que Eduardo me dijo desde el día cero, le confieso la verdad.

—Mi útero está delicado, muy delicado, Steph, el obstetra ya me había advertido que esto podría suceder si deseaba continuar con el embarazo, pero no quise hacerle caso, yo no iba a permitir que me alejaran de lo que más amo en mi vida... lo que más anhelamos cuando decidimos incrementar nuestra familia.

—N-no, t-tú no puedes estarme diciendo esto —el dolor en sus palabras es igual o peor al que siento en mi pecho al saber que cuando se llegue el parto, será la última vez que vea a mis seres queridos, la última vez que la doctora Martínez camine por estos pasillos y disfrute de los placeres de la vida.

—Te lo digo porque eres el padre, mi amigo, mi confidente, nadie más que tú debe saber que cuando te digan que vida debes salvar, por más dolor que te cause, deberás, sin ningún ápice de duda, salvarla a ella —coloco mi mano sobre su mejilla—. Nuestra bebé lo es todo, Steph. Absolutamente todo.

Para estos instantes sus ojos están rojizos y sus sollozos han inundado los alrededores. Me parte verlo así, más por el hecho que le solté la peor noticia en el momento equivocado, pero a decir verdad, no podía seguir ocultándolo, alguien tenía que saber, y que mejor que él.

Como dicen, a veces nos toca dar para recibir, en mi caso, perder para vivir, así lo decidí Dios, así lo quiero yo. Este angelito que cargo en mi vientre será la luz que ilumine sus días lúgubres, será la razón de sus sonrisas, y, aunque en un principio duela, al final sabrá que fue la mejor opción.

Lo que resta de mi último día en el hospital, Steph me hace reír, vibrar, emocionarme como una chiquilla de quince años. Vamos al cine, a comer en mi restaurante favorito, me cuenta las locuras que ha vivido con sus internas locas, pero, sobre todo, me narra lo maravilloso que es

tener a Erick a su lado, soportándolo, dándole las fuerzas que necesita para salir adelante y no caer.

No cabe duda que el amor aparece cuando menos te lo esperas.

—Guau... me alegra mucho que las cosas entre ambos esté mejor que cuando vino a verme, el pobre se veía devastado, parecía zombi —inquiero llevándome un pedazo de brocoli a la boca.

—Más me alegre yo porque lo tengo a mi lado. Él es... lo es todo para mí, me devolvió la esperanza, así de simple —sonríe dando un sorbo a su refresco. Recargo mi rostro en la palma de mi mano para observarlo. Luce mayor, sin embargo eso lo hace verse sensual, atractivo. Todo un hombre hecho y derecho. Estoy orgullosa de todo lo que ha logrado con su esfuerzo—.  
¿Morenita?

—¿Mhm?

—¿Has elegido algún nombre para nuestra niña?

—Sip. Vicenta —respondo serena, frotando mi panza.

Las pataditas que da mi pequeña me hacen soltar un quejido. Para mí que la condenada gustara del fútbol al igual que su tío.

—Precioso —murmura ampliando su sonrisa y no puedo evitar acariciarle el rostro.

—Te amo mucho, Steph.

—Yo más.

A las cinco y cuarto mi amigo nos lleva a la casa para descansar, y a decir verdad lo primero que hago al bajarme de su automóvil es apresurarme a la sala de estar y tumbarme sobre el enorme sofá marrón para ver mi novela. Considerando que me dieron vacaciones por el embarazo, puedo disfrutar a mi antojo cada serie u novela que me plazca ver. Claro, acompañada de algunas golosinas.

Stephen me murmura algunas cosas en el oído antes de desaparecer por la puerta, de seguro lo llamaron del hospital para atender un mega caso, solo espero que no llegue muy noche a la casa.

Por momentos cierro los ojos y en automático mi cuerpo entra en algún tipo de transe, de hechizo. Acomodo bien mi cabeza sobre la almohada y me permito perderme por horas en lugares desconocidos, confortantes, felices.

Al abrirlos, suelto un bostezo. Las ocho de la noche. Agotada, con dolor de espalda, me pongo de pie. El timbre sonar me hace regresarme del lugar a donde iba. Arrastro los pies como un oso polar recién despertado. ¿Quién podrá ser? Abro la puerta bufando. Una pequeña caja descansa sobre el tapete rojo que tenemos en la entrada y hay una nota encima, el sueño que tenía junto con la pereza, desvanecen como agua.

Frunciendo el ceño, tomo la caja mirando a mis alrededores a ver si vislumbro al responsable, pero no encuentro a nadie, sólo los perros del vecino se encuentran ladrando.

Yo jamás te mentí, solecito, espero que al ver esto tus pensamientos cambien porque realmente no soporto estar alejado de vos, un hombre enamorado no pude estar alejado de la mujer que le hace tanto bien.

Te quiero como no imaginas. Tuyo, Adrián.

Suelto un suspiro. ¿Ahora qué quiere? ¿No le bastó mentirme por tanto tiempo? De un portazo cierro la puerta, me encamino a la cocina y allí abro la caja. Lo primero que mis ojos captan son unos discos antiguos algo rayados. Tomo uno entre mis manos para apreciarlo mejor, sobre una esquinita con marcador permanente hay un mensaje que dice: "Para mi hermano".

La curiosidad me embarga en cuestión de segundos y para saciar la necesidad, me dirijo al televisor de la sala para ver el video. Solo espero que no sea una broma porque juro que jamás lo perdonaré.

Una vez que el disco está dentro del reproductor, le pongo *play* y una imagen oscurecida aparece. Trago saliva.

Una sombra a la que supongo es la persona que hablará, comienza a murmurar por lo bajo.

Me acomodo en el sillón.

—¡Adrián! ¡Hola querido hermano! Verás, por razones tuve que salir huyendo de la casa, lamento mucho no haberme despedido pero en serio no podía permanecer más tiempo ahí. Te hago estos videos porque es la única manera en que podré comunicarme con vos sin que él se entere. Ahora estoy en Colombia con un amigo, pero muy pronto me iré a México.

Lo que ese joven le confiesa a su hermano me hace quedarme estática en mi lugar, quiero pausar el video, pero mi cerebro me impide dicha acción, de hecho, mis manos no responden. Es como si mi cuerpo se hubiera congelado.

—Hace dos meses que me instalé en México y no puedo quejarme. El clima aquí es muy bueno y a María José parece agradarle todo esto de los puestecitos con comida en cada esquina, creo que escaparnos de ese maldito agujero en Argentina fue lo mejor que pudimos hacer.

El control remoto que sostienen mis dedos cae al suelo. Dios, ¿Por qué me pasa todo esto? Estos videos comprueban que el chinito no mintió, que siempre me habló con la verdad y que en efecto no sabía de quien le hablaba. ¡Qué ilusa!

Continúo viendo los videos, cada uno tiene fechas distintas, paisajes distintos, y en cada foto aparece el mismo joven de barba y pecas. Ya no sé ni que pensar, mi mente está hecha un lío peligroso.

—¡Aceptó! ¡Majo aceptó casarse conmigo! Y lo mejor de todo es que pudimos conseguir identidades nuevas para cuando nos perdamos en el mundo, y si todo sale bien, pronto podré dejar la pinche vida que Carlos me introdujo a la fuerza —suspira el joven, sus ojos verdes limón inyectados de odio, de coraje—. Te lo juro, hermano, Carlos pagará por todo el daño que nos

hizo.

Me tapo las orejas. No puedo continuar viendo esto, no más, todo lo que Dante le narra a su hermano conforme pasan los días me hace sentir miserable, engañada, triste e inyectada con coraje ajeno.

Lo que viví con él cuando lo conocí fue una mentira: su nombre, su acento, su procedencia. Dante Ferrer me vio la cara de tonta, y yo se lo permití sin complicarle nada, al igual que Alonso. Mi labio inferior comienza a temblar descontroladamente, mis ojos se empañan, no obstante continúo viendo los videos, necesito saberlo todo aún si implique desgarrarme el alma.

—Se dio cuenta, Adrián, el hijo de puta sé dio cuenta y me mató a Majo en frente de mis ojos. ¡La mató! ¿Ahora qué mierdas haré? —suelta un grito mientras golpea algo. Las lágrimas empañan su rostro al igual que el mío—. Ella lo era todo. ¡Todo! Me dijo que jamás me dejará libre, que nunca podré escapar del narco, y que si lo intento, matara a cualquier persona que se relacione conmigo...

Apago el televisor.

Es suficiente.

El corazón parece querer salirse de su piel, mis piernas tiemblan y lo único que puedo hacer es hundirme en el sillón, hundirme con mis sollozos, con la verdad tan cruel de la persona que me obsequió el regalo más hermoso que es mi niño.

Ahora comprendo porque Dante nunca mencionó a su familia, porque me alejó tantas veces de personas desconocidas cuando quería acercarme, él solo me estaba protegiendo de su padre, de la miserable vida que tenía, de sus enemigos. Por eso aquel día de los balazos salió huyendo de la recamara con un arma en mano, iba a enfrentarse, ahora estoy segura.

Un enorme hueco se hace presente en mi pecho, me siento miserable, inútil. Coloco mis pantuflas y camino por toda la casa sin rumbo, lo único que soy capaz de pensar es en todo lo que él le contó a su hermano, en todas las emociones que cruzaron su rostro cuando le hablaba a la cámara. Entonces, cuando me detengo frente al portarretrato donde sale Theo en su primer día de clases, sonriendo, la idea que pasa por mi mente me hace apresurarme a encontrar el teléfono.

—Sí, ¿hablo al sitio de taxis? Necesito que llegue a mi casa situada en Guadalupe, es la 201 pasando la iglesia Sagrado Corazón, por favor apresúrese —dicho esto cuelgo el teléfono y subo a mi habitación para cambiarme de ropa.

Media hora transcurre para cuando me encuentro dentro del taxi rumbo a la casa de Adrián, necesito arreglar lo que rompí. Necesito pedirle perdón.

El taxista maneja a una velocidad increíble que me hace clavar las uñas en el asiento, quiero decirle que se vaya más despacio, pero si lo hago nunca llegaré a tiempo, algo dentro de mi pecho me dice que podría ser demasiado tarde.

Y no pretendo perder lo que la vida me mandó después de cinco años. No más.



## Vídeo 1



Marzo 12, 1997

11:45 PM

¿Está grabando? Uh, espero que sí. ¡Adrián! ¡Hola querido hermano! Verás, por razones tuve que salir huyendo de la casa, lamento mucho no haberme despedido, pero en serio no podía permanecer más tiempo ahí. Te hago estos videos porque es la única manera en que podré comunicarme con vos sin que él se entere, pues ambos sabemos que mi condena comenzó el día que cumplí dieciocho años.

Ahora estoy en Colombia con un amigo, cerca de Cali, acá donde vivía la tía Lucero, ¿la recuerdas? Muy pronto me iré a México para comenzar de cero y sabes, tengo miedo, mucho miedo Adrián, estoy metido en unos líos que ni yo mismo sé cómo salir, ya pedí ayuda a Tigre, pero él me sugiere que ni se me ocurra desafiar a Carlos porque conociéndolo, no dudará en lastimarme como lo hizo contigo. Y morir es lo que menos deseo en estos momentos, al menos no cuando estoy a punto de huir con la mujer de mis sueños para alejarla del mundo que ninguno de los dos pedimos.

Te quiero mucho, Ián, por favor, hagas lo que hagas, mantente oculto, yo sabré cómo localizarte. También cuida de mi sobrino, ese pequeño merece tener la familia que nosotros no pudimos por toda esta mierda, cuidalo muy bien, no permitas que ande en malos pasos, mucho menos lo dejes salir de noche, puede ser peligroso.

Algunos de mis confiables guaruras te estarán vigilando, así que no te alarmes, yo les pedí que se mantuvieran muy alerta por cualquier cosa. En caso de una emergencia, búscalos, ellos sabrán que hacer.

Después me contacto contigo, hermano.

Hasta luego.

*Posdata:* destruye los vídeos en cuanto los veas.



## Vídeo 2



Mayo 12, 1997  
8:09 AM

¡Tierra llamando a Adrián! Repito, ¡tierra llamando a Adrián! Por favor repórtese lo antes posible. Es urgente. Ja, ja, ja, ja, es mentira. Hola enano, espero que te encuentres de maravilla y que mi sobrinito se esté comportando bien, eh.

Hoy se cumplen dos meses desde que me instalé en mi nueva casa aquí en México, y no puedo quejarme. El clima es muy bueno, muy fresco a decir verdad y María José parece agradarle todo esto de los puestecitos con comida en cada esquina, creo que escaparnos de ese maldito agujero en Argentina fue lo mejor que pudimos hacer. Además, respirar estos aires es como si fuera un ave libre volando por los cielos, todo es sereno, pacífico, no tengo que preocuparme por nada cuando salgo de compras, mucho menos cuando llego tarde a casa, aquí todos te tratan con respeto y, a decir verdad, mis vecinos son agradables. Deberías venir un día, estoy seguro que te encantará.

La primera semana que me instalé, Paco, el vecino de al frente, nos invitó a una carne asada, ahí conocí a Nacho, un chico que comparte mi gusto por el fútbol. A veces en las tardes salemos a echarnos una... ¿Cómo lo dijo? Ah, sí, una cascarita. ¿Raro, no crees? Mientras nosotros jugamos, Majó y la novia de él nos echan porras. Realmente me encanta éste nuevo cambio, como deseo que estés a mi lado. Ya hasta se me pegó su acento golpeado y algunas palabras. Es increíble.

Respecto a mí y a Majó, pues... ahora estamos pensando en casarnos, bueno, yo lo estoy pensando porque aún no le digo nada. ¿Podés creerlo? ¡Al fin me casaré con ella, hermanito! Claro, si acepta la condenada. Pero a decir verdad estoy emocionado, por fin la vida me regala algo bueno, y teniéndola cerca sé que todas aquellas nubes grisáceas en mi vida pronto desaparecerán.

Puedo sentirlo.

Planeo comprar un auto muy pronto y quisiera tu opinión. Estoy entre un BMW o una LOBO F 150, ¿tú qué dices? ¿Cuál me conviene?

Espero que cuando veas esto compartas mi felicidad y puedas responderme. Te quiero, Ián, sos el mejor hermano menor que pude haber tenido. Cuídate mucho y no mimes tanto a Gustavo.



## Vídeo 3



Mayo 27, 1997

10:45 AM

Sé que no ha pasado ni un mes desde que te mandé aquel vídeo, pero quiero que seas el primero en saberlo, Adrián. ¡Dijo que sí! ¡Mi María José aceptó ser mi esposa! No sabes lo emocionado que estoy, compartir una vida a su lado ha sido mi sueño desde que tenía doce, y al fin mi sueño se está haciendo realidad. Te juro que si me aplasta un tráiler ahorita mismo moriría feliz.

Lo mejor de todo es que pudimos conseguir identidades nuevas para cuando nos perdamos en el mundo, que será después de la boda, y no, no pretendo decírtela puesto que puedo poner tu vida en peligro, es mejor no arriesgarse.

Lo que sí puedo asegurarte es que muy pronto podré dejar la pinche vida que Carlos me introdujo a la fuerza, por fin podré vengarme de lo que le hizo a nuestra madre. ¿Me escuchaste? Ese desgraciado jamás se atreverá a ponerle una mano encima a ninguna mujer en su puta vida, tenlo por seguro.

Te lo prometo por lo más sagrado que tengo, enano, Carlos pagará por todo el daño que nos hizo, especialmente por el daño que les hizo a las mujeres más importantes de nuestras vidas, en serio, me da rabia pensar en aquellas atrocidades que cometió cuando vivíamos juntos, especialmente por Gustavo, mi sobrino no merecía ver morir a su madre como yo cuando niño.

Simplemente no es justo.

Bueno, me despido, ahorita estoy a punto de irme a comprar una botella de champaña para celebrar. O tal vez un tequila, depende que se me antoje a la mera hora.

Te quiero bastante hermano mío.

Cuídate por favor.

## Vídeo 4



Octubre 05, 1997

5:18 PM

Los preparativos para la boda están casi listos, al menos eso pienso puesto que Majó ya me llevó a probar infinidad de pasteles y vinos en un local muy cálido.

Sabes, jamás creí decirlo, pero no vuelvo a beber ninguna gota de alcohol en mi vida, es en serio, tan solo pensar lo que ingerí me da asco.

Por otro lado, estoy nervioso, muy nervioso, enano. ¿Acaso así te sentiste tú cuando te casaste con Felicia? Porque déjame decirte que no he parado de vomitar desde hace días, yo pensé que habían sido las tragaderas que me di al probar el banquete, pero no, ya fui con el médico y nada, estoy perfectamente sano.

En verdad no los entiendo.

Bien, tengo que dejarte, en verdad no soporto esto, como quisiera estar contigo, tú sí sabrías que darme para este malestar. Como siempre te lo digo, Adrián, cuídate, no salgas de noche, mantén las puertas y ventanas con llave y por lo que más quieras no respondas llamadas de números desconocidos.

Debemos estar más alertas que nada.

Te quiero un friego.

Dale un abrazo a Gustavo de mi parte.

## Vídeo 5



Noviembre 29, 1997

9:15 PM

A solo un mes de casarme recibí la mejor noticia en mi vida. ¿Querés oírla? Bueno, pues agárrate bien fuerte, lán, que los próximos días no podrás ni cerrar los ojos. ¿Ya me hiciste caso? Bien. Yo... ¡Voy a ser papá!

Si, enano, serás tío de un precioso bebé. Dios, literalmente estoy temblando, mira. No sólo de felicidad, sino de temor, ¿qué tal si Carlos se da cuenta? Él jamás permitiría que un nuevo Guerrero nazca, ese bastardo lo único que ama es su sucio dinero, solo espero que no se entere porque no sé qué haré si me alejan de mí criatura como intentó hacerlo contigo.

Reza por mí hermanito, mándame las fuerzas para poder criar a mi hijo cómo tú lo hiciste, pues a pesar de tener diecisiete años sabes hacer un buen trabajo con tu pequeño, Tavo es todo un niño obediente que ha sabido mantenerse lejos y oculto por su bien y mira que apenas tiene dos añitos.

Ya hasta puedo imaginármelo de grande, todo un hombre exitoso cumpliendo sus sueños.

Pero bueno, te veo otro día y como dirían los mexicanos: te quiero un chingo, carnal.

## Vídeo 6



Diciembre 31, 1997  
11:55 PM

Se dio cuenta, Adrián, el hijo de perra sé dio cuenta y me mató a Majo en frente de mis ojos, dentro de la iglesia, carajo. ¡La mató! ¡¿Ahora qué mierdas haré?! Ella lo era todo, era mi felicidad, mi esperanza, me iba a dar un bebé. ¡Joder! No puedo creer que esto me esté sucediendo, no hoy.

Me dijo que jamás me dejara libre, que nunca podré escapar del narco y que si lo intento matara a cualquier persona que se relacione conmigo, así que ya no puedo mandarte videos, ni hablarte o mensajearte, él debe de pensar que estás muerto, que ese atentado de homicidio que supuestamente organicé por sus amenazas te dejó a diez metros bajo tierra.

Por favor no me busques, no soportaría perderte a ti también, eres lo único que me queda, hermanito...

Huye, por lo que más quieras sal fuera del país, escóndete, debes hacerlo por mí, por Gustavo. Por favor... No quiero saber que ese bastardo también me quitó a mi hermano, a mi sobrino.

Haz lo que te digo, toma todas tus pertenencias y vete. Los hombres que dejé a tu cuidado te acompañaran.

¡Sálvate! Y por favor nunca olvides que te amo.

Hasta pronto hermanito de mi corazón.



## Veinte



## Dante

La vida como la ley es demasiado injusta, no sabemos si confiar o dejarnos llevar, sobre todo si se trata de involucrar a personas que son ignorantes a nuestros pasados, a las maldades tan cabronas que nos hicieron vivir por venganza. En mi caso, preferí que mi hermano le mostrara un poco de lo que fui, de donde vengo, necesitaba que ella supiera que Adrián jamás le mentiría, que en efecto no sabía de quien carajos le hablaban pues para él, Omar siempre seré yo, así me conoció desde que estaba en pañales, y claramente así me conocerá hasta morir incluso cuando tenga otro rostro.

No mentiré, el despertar del coma después de casi dos años fue aberrante, inaceptable, mis días han sido aburridos, monótonos, lo único que he hecho es estar tirado en la cama, reflexionando, pensando en mis siguientes movimientos puesto que no puedo permanecer por más tiempo aquí, tengo que regresar a Argentina para enterrar a mi sobrino al lado de mi hermano, a mi maravilloso sobrino que murió en manos del hombre que me dio la vida, si es que así se le puede llamar al bastardo aquel que solo vino al mundo para jodernos.

Maldita la hora en que Dios nos dio un padre tan cruel, tan inhumano que solo vela por su bienestar, un hombre sin escrúpulos, adicto al dinero, a hacer daño.

Uh, en verdad lo odio al desgraciado.

Pero llorar no me sirve de nada, al menos no cuando le prometí a Gustavo, a Adrián, que jamás me dejaría derrumbar, incluso cuando esté en medio del huracán sintiendo dolor, agonía y desesperación.

Tengo que ser fuerte para ellos.

—Cuando la vida te quita, papá, tío, también te da, recuérdelo siempre —esas fueron sus exactas palabras antes de cerrar sus ojos amielados entre los brazos de mi hermano en aquel agujero donde fueron arrojados como animales y en dónde los encontré por medio de un mensaje de voz hace menos de dos meses.

Ahora que cumplí los treinta y nueve, me doy cuenta que en el narco no existe la familia, ni los amigos, ni la lealtad, solo enemigos, dinero, y el bienestar de uno mismo. Esto lo aprendí desde niño cuando mamá Elisa me decía que yo jamás sería como él, que jamás sería un asesino de sangre fría que aborrece a su familia, a sus hijos, mucho menos un drogadicto u alcohólico que

pierde la razón cuando tiene una botella entre manos.

Por eso hui en cuando Tigre me lo dijo, yo tenía diecinueve años el día que salí de mi casa junto con María José en busca de un mejor futuro, libre de balas, de polvo, drogas y asesinatos. Bien recuerdo ese día agonizante, fue un 05 de mayo de 1997 cuando compré dos boletos de camión rumbo a Colombia, realmente necesitaba alejarme de la vida tan miserable que me tocó vivir, sobre todo del infierno que Carlos me prometió cuando cumplí los dieciocho.

Cada lágrima derramada era por miedo a fallarle a la mujer que amaba, por desatar una guerra entre inocentes, pero más que nada, por haber abandonado a mi hermanito de tan sólo diecisiete años junto con su bebé, pero su mera existencia me mantuvo de pie, luchando, Adrián y Gustavo fueron mi razón de ser pues por ellos iba a buscar una solución, una manera de poder sacarlos de aquel calvario que solo nos regaló lagrimas llenas de ácido, pero me resultó complicado.

Quisiera decir que toda mi vida ha sido un asco, pero estaría mintiendo. No todo fue gris y negro, hubo una época donde los colores reinaron en mi vida, donde todo muro oscuro se pintó alegrando cada rincón.

Siempre intenté mantener una sonrisa en mis labios, no sólo porque aún conservaba mi carácter decidido, sino por ella, esa bella mujer que fue mi fulgor en aquel abismo lúgubre y profundo.

Conocí a María José un día cuando hubo una cena familiar, Carlos había invitado a la familia Hinojosa, yo me encontraba persiguiendo al pequeño Gustavo quien gateaba por todas partes por el patio trasero y al no darme cuenta por dónde iba, tropecé con una roca ocasionando mi caída encima de la hermana menor de Alonso, el único hijo varón de los Hinojosa.

Obviamente en aquella época no sabía que esa bella mujercita era familiar de él pues por mi mente nunca cruzó que alguien con semejante reputación frívola y asesina tuviera en sus manos a un angelito que no compartía el gusto por lo ilegal y atroz.

Poco a poco fui acercándome a escondidas porque si algo detestaban los grandes capos de Argentina, era que sus hijos se entrometieran en los negocios familiares, mejor dicho, en sus negocios sucios. Así que María José y yo hacíamos hasta lo imposible por vernos, por sentirnos, me encantaba la sensación a libertad que experimentaba con ella cada que me fundía en su piel.

Cada mañana que despertaba daba gracias al cielo por permitirme estar un día más con vida, disfrutando de la dicha de tener a alguien que me comprendiera. Había ocasiones donde lo negro empañaba mi vista, sin embargo, Majo lograba pintar todo de colores con su risa cantarina. Eso era algo que adoraba escuchar, por cualquier mínimo detalle, la morena sonreía, brincaba de emoción y dejaba a relucir sus imperfectos dientes llenos de metales.

Por las tardes, cuando ningún guarura nos veía, íbamos al sótano, donde, por desgracia, vivía encerrado Adrián, pero a decir verdad prefería que estuviera ahí con su hijo que afuera en el mundo cruel.

Cuando Gustavo cumplió los diez años su afición por el piano dio lugar, fue así como el pequeño sótano brillaba incluso en los días lluviosos. A cualquier lado que fueras, la melodía de ese viejo piano lograba llegar a tus oídos, relajándote, atrayéndote hacía él. De seguro Felicia, su madre, hubiera estado muy orgullosa su hijo.

Sus dieciocho años llegaron y él ya andaba dando conciertos por todo Argentina, al menos eso entendí con las cartas que Adrián me enviaba incluso cuando le dije que no lo hiciera.

Llegó a ir a España, y la emoción inyectada en sus ojos era suficiente para no perder la esperanza. Mi sobrino creció siendo un hombre hecho y derecho, con muchas metas por alcanzar y sueños que cumplir.

—Algún día seremos libre tío Omar, y cuando eso suceda, sacaré a mi padre de este maldito agujero, justo como se lo prometí a mamá en su tumba —había dicho emocionado a través del celular.

Que más hubiera dado por verlo cumplir su sueño, por haberle dicho que lo que vivió de niño jamás se repetiría porque yo velaría por su felicidad y la de su padre. Pero fallé. Gustavo murió a sus veinte años.

Suelto un enorme suspiro y cubro mis ojos con un brazo. La noche ha caído sin avisar, envolviéndome, haciéndome sentir miserable con mis recuerdos. El miércoles iré al hospital a recoger mi medicamento y comprar algunos víveres para la casa antes de tomar mi vuelo a Buenos Aires.

Me enredo entre las sabanas con intención de cerrar los ojos para dormir, pero mi acto es interrumpido cuando alguien toca la puerta abruptamente, como si tuvieran necesidad de entrar lo más pronto posible.

Tomo una pistola de mi repisa y camino sigiloso por los pasillos, sintiendo un puto nudo en mi garganta y lo gélido del piso en mis pies. ¿Quién podrá ser a esta hora? Las luces de la colonia están apagadas, y los ladridos de los perros no ayudan para el temor que se genera en cada célula de mi piel. Estando cerca de la ventana, abro la cortina para ver de quién se trata, y al hacerlo, mi corazón suelta un latido, uno demasiado intenso que provoca el arma deslizarse de mis dedos para caer sobre el piso.

Respiro profundo.

—Adrián, ¿estás despierto? Abre por favor, necesitamos hablar —solloza la mujer que siempre estuvo presente en mis pensamientos aun estando en coma, la mujer que escuchaba a diario dentro de esas cuatro paredes blancas. Ella que supo enredarme como nunca pensé—. Te lo suplico, lán, sé que me escuchas, déjame entrar, hay algo que necesito decirte... Fui una tonta, ¿sí?, pero cuando vi ese portarretrato no pude pensar otra cosa más que me habías mentido. Todo dentro de mí se revolvió como un maldito huracán que no me dejó pensar, más cuando vi los vídeos que me enviaste, yo no tenía idea de todo lo que ambos vivieron al lado de ese inhumano. Realmente los admiro, ustedes fueron unos hombres valientes que dieron todo por su familia, por salvarse el pellejo el uno al otro, y lamento tanto por lo que estás pasando, sobre todo aquel día que desconectaron a tu hermano, ahora se lo mucho que él significo para ti.

¿Desconectarme? Ah cierto, tuve que fingir mi muerte por segunda vez antes de salir a otro hospital para obtener un cambio radical de imagen física.

—¿Omar? ¿Qué haces aquí de pie? Ya es noche y el doctor te recomendó descanso absoluto, recuerda que lo que viviste no fue para más —murmura mi hermano tallándose un ojo con su puño. Solía hacer lo mismo cuando éramos pequeños, cada que me enfermaba y desobedecía a nuestra madre, ahí iba el pequeño niño de cabellos rizados a intentar doblegarme con sus ojitos para obedecer.

Lástima que ya no funcione tanto pues el carbón ya está pelotudo.

—Alguien te busca —suelto sin más, tensando la mandíbula. De pronto la emoción que sentí en mi pecho ha cesado, dejando en su paso algo semejante a la decepción con una pizca de celos. Pero no tengo derecho de sentirme así. Ella ya no me pertenece.

—¿A estas horas?

—Sí, y es mejor que atiendas la puerta, es importante —dicho esto, le doy una palmadita en el hombro y me pierdo en la penumbra de la casa, pero mi corazón, mi mente, sobre todo mis pies, me hacen esconderme detrás de la puerta que separa la cocina y sala para escuchar lo que Lynn tiene que decirle.

Mejor dicho, para ver lo que ambos hacen.

Comprendo que es una falta de respeto lo que estoy haciendo, pero no puedo pensar en otra cosa más que escucharlos, porque, si de algo soy consciente, es que después de tantos años mi corazón aún la reclama, no obstante, tengo que suprimir mis sentimientos hacia ella por dos razones: la primera, estuve ausente cinco largos años y eso no me da ningún derecho a reclamar, y en segunda, Adrián se ve feliz cuando me habla de ella, y por lo que me dijo, Evelynn también goza de su compañía.

Tal vez suene y se vea algo asqueroso estar con el hermano del que una vez fue tu pareja, si es que así le podemos llamar a lo que tuvimos, pero todo tiene una justificación, por ende, ella no es la culpable de sentir lo que sea que esté sintiendo por mi querido y único hermano.

Yo desaparecí y ella continuó con su vida, así de simple. No hay lugar para terceros.

—Perdóname, perdóname, perdóname, jamás debí gritarte como lo hice, tú... no has hecho otra cosa más que cuidarme, brindarme esa tranquilidad que necesito a mí y a mis hijos.

¿Hijos? Dios mío, ¿se casó? Debí suponerlo, una mujer como ella no pudo haberse quedado soltera por tanto tiempo. Menso sabiendo todas las cualidades que posee.

—¿Viniste hasta aquí para decirme esto? —pregunta Adrián, abriendo la puerta que los separa, su tono asombrado. Podrá tener treinta y seis años, pero su espíritu, su comportamiento y acciones aún son iguales a las de un adolescente enamorado.

—¿A caso estuvo mal?

—N-no, claro que no, solo que ya es muy noche y de seguro Stephen se quedó preocupado.

¿Stephen? ¿Su mejor amigo? Esto sí que debe ser una broma. Eso quiere decir que contrajo matrimonio con él, que tuvieron hijos... ¿Pero entonces porque está buscando a mi hermano? ¡Alto! ¿Qué demonios estoy pensando? Mejor me voy a dormir, yo no tengo por qué estar escuchando cosas ajenas, sin embargo, continuó escuchando con descaro.

Soy un completo chismoso.

—Él no sabe que vine, mucho menos los niños, ellos se quedaron dormidos, lo que quiero decir es que esto es algo que yo quise hacer, que necesitaba hacer. Muchas veces me tocó ilusionarme, Adrián, y en esas ilusiones también perdí mucho, demasiado, y ahora que volví a encontrar una persona que me comprende, que me quiere por cómo soy, pero sobre todo que respeta a mis hijos, no estoy dispuesta a perderla. Tú eres esa persona, Ián, tú y nadie más. Con tus tratos, tus palabras, lograste pegar aquellos pedacitos de mi corazón que cada noche me lastimaban, con tu nobleza lograste que cayera rendida a tus pies. Muchos creerán que treinta días no son suficientes para enamorarte con locura de alguien que conociste por casualidad, pero déjame decirte que si es posible, yo... me enamoré de ti mi chinitos, me enamoré y por eso estoy aquí frente a ti, pidiéndote una oportunidad para ser felices.

Suficiente. Lo que mis orejas escuchan es suficiente.

Giro sobre mis talones para intentar huir, pero estos me fallan. Caigo al suelo, mi espalda estrellando los vidrios de la puerta. Puta mierda.

## Veintiuno



## Dante

Me levanto del piso apresurado, ignorando el hecho de que algunos pedazos de cristal se clavaron en mis manos y que el caminito de sangre que dejo por el mosaico alarmará a mi hermano.

Corro por el pasillo, intentando no derramar más líquido rojo y me encierro en mi recámara sintiendo el corazón en la boca, sudor bajando por mi frente.

Las luces del vecindario han sido apagadas por cierta razón que desconozco, lo que hace a mi alrededor lucir tenebroso, solitario...

No puedo creer lo que acabo de hacer, yo jamás había espiado ni mucho menos escuchado conversaciones ajenas, bueno, cuando era pequeño lo hice puesto que necesitaba saber en qué demonios andaba metida mi madre, pero desde entonces no me quedaron ganas de escuchar conversaciones ajenas, justo como me sucede ahora.

Decir que no siento coraje en mi interior sería una vil mentira, ¿quién me creería? En lo personal, yo no. Lo único que deseo en este preciso momento es golpear algo, romper la puta pared o algún jarrón. No obstante, suprimo las ganas, si Adrián llegase a verme, estoy seguro que me irá mal, empezando porque tendría que explicarle mi cambio de humor tan radical, mejor dicho, mis ganas de querer asesinar a alguien a sangre fría.

Suelto un bufido.

Soy un imbécil, un completo idiota que sufre por haberse ido aquel día. Debí, debí quedarme a su lado para protegerla de aquellos balazos, pero no pude, no cuando la gente de mi padre entró a la fuerza con el objetivo de llevarse a la mujer que amaba solo porque decidí dejar el cártel. Recuerdo perfectamente esa noche, la encerré en el armario, y coloqué una canción que sabía la tranquilizaría y haría olvidar lo que sus oídos escucharon, lo que me prometí que ella jamás escucharía.

Salí hecho una bestia de mi habitación con un arma en mano, dispuesto a asesinar a cualquier mal nacido que se interpusiera en mi camino, pues nunca permitiría que lastimaran a lo único bueno que me quedaba en el mundo. Así que salí al patio y los afronté con la cara en alto, sin amedrentarme.

—¡Basta! Eres un gran hijo de perra que solo anda jodiendo la vida de los demás —le grité a

Carlos desde el umbral, tragándome el nudo que sentía en mi garganta.

Los ojos de ese hombre me miraron con frialdad, con desprecio, sabía a la perfección que me odiaba, pero me valió madres apuntarlo con la pistola.

Ya había tenido suficiente de sus mamadas.

Toda mi vida sufrí por su culpa, él me arrebató lo que más amé, por lo que luché, así que pasarle una bala por la frente era lo menos que se merecía ese hijo de la chingada.

—Te dije que nunca podrías escapar, Omar, ¿o prefieres que te llame Dante? —soltó riéndose, acercándose también con el arma en mano, apuntándome directo al corazón—. En verdad eres patético, mira que arriesgar tu pellejo por una mujerzuela que tarde o temprano te dejará por otro. En serio, que decepción.

—El que mamá se haya enamorado de mi tío no es mi problema, Carlos, ambos sabemos que no fuiste lo suficientemente hombre para tenerla a tu lado —espeté amargo, viendo como el rostro de mi padre se endurecía.

Había dado donde más le dolía y me alegraba por ello.

—Debí matarte el día que naciste maldito engendro, solo viniste a este mundo para interrumpir mis planes, me tienes cansado —sus palabras atravesaron mi corazón como si fueran agujas, haberlo escuchado decir eso me lastimó como ni pensé, pero que podía esperar de un hombre que desde niño me demostró que sólo era un estorbo en su vida.

Ahugué un gemido, no era el momento adecuado para lloriquear.

—Uh, eso debería decirlo yo, pero en fin, ambos sabemos lo que siento por ti —refuté yendo de izquierda a derecha sin bajar la pistola, de allí uno de nosotros tenía que salir muerto sí o sí, y en lo personal, no iba a ser yo—. Te lo pongo fácil, Carlos Guerrero, déjanos en paz de una puta vez o atente a las consecuencias, sabes que no bromeo.

—El niño sacó las garras —silbó burlón, alzando las manos como si estuviera sorprendido. Escupí al suelo—. Mira cabrón, en este mundo no cabemos los dos, así que te sugiero digas tus últimas palabras porque después de que jale el gatillo, de ti solo quedarán los huesos.

La seguridad con la que dijo aquello me hizo temblar, sin embargo permití que el odio gobernara en mi interior, si en verdad quería una vida al lado de mi chaparrita, si deseaba vengarme por lo que le hizo a mi familia, debía matarlo con mis propias manos incluso si eso significara huir por algún tiempo hasta que las aguas se calmaran.

—¿Por qué me odias tanto, eh? ¿Qué chingados te hice para que me mataras a todas las personas que he amado? —pregunté perdiendo mi vista al cielo oscuro, viendo las nubes empañar las estrellas, justo como lo era mi vida por su culpa.

Carlos soltó una carcajada y bajó el arma para responderme con un cinismo que llenó mi pecho de piedritas.

—Con gusto te lo responderé si me entregas a esa mujer —espeto decidido—, la verdad desde que puse mis ojos en ella las ganas de follarmela bien duro aparecieron. ¿Es buena en la cama? Porque déjame decirte que María José si lo fue, espera, tu queridito hermano también —su tono gélido mandó escalofríos por mi piel entera, no podía creer lo que mis oídos escuchaban—. Oh, pero cómo ibas a saber eso si les prohibí que hablaran, ups. Y aquí entre nosotros —susurró, elevando la comisura de sus labios con desquicio, asqueándome—, Adrián fue a quien más disfruté una y otra vez a mi antojo. Sabes, para haber sido un jovencito flacucho tenía un culo magnífico, lo mejor era tenerlo suplicando bajo mi cuerpo, cielos, eso me encendía peor que una fogata, tanto que prefería darle latigazos para que gritara con más huevos. Cada noche con Adrián era la gloria...

No podía, yo no podía seguir escuchando semejantes asquerosidades salir de su boca

venenosa. Un tiempo si supe que algo andaba mal con mi novia, pero jamás tocamos el tema puesto que ella no lo deseaba, así que ignoré mis instintos, pero de mi hermano, el pequeño que sostuve en mis brazos cuando nació, eso sí no me lo esperaba. Ahora todo era más claro que el agua, por eso lo mantenía cautivo en el sótano sin que mamá supiera, por eso Adrián poseía marcas desgarradoras en su espalda, en sus manos, en sus caderas... ¡Ah maldita sea!

¿Cómo no me di cuenta?

La rabia ya bullía por cada vena de mi cuerpo, mis dientes dolían de tanto que los apretaba y, sin sentir ningún tipo de remordimiento, me acerqué a Carlos. Furioso, lo tiré al suelo, cogí una piedra que residía a unos centímetros y se la estampé en la nariz, después en el ojo derecho, el izquierdo, y finalmente, consumido por el maldito odio, por el dolor, en su cráneo. Escuchar el sonido de sus huesos triturarse, sus gritos desgarradores, fue la sensación más gratificante que podía existir, ese hombre no volvería a lastimarnos, no volvería a meterse con mi familia, porque de ahí en adelante, el único capo poderoso de Argentina y México, sería yo, Dante Ferrer.

Esa noche me subí apresurado a mi camioneta y hui de la casa con la única intención de alejar a sus compinches de ahí para que Lynn estuviera a salvo.

Manejé por horas y horas, donde lo único que hacía era cuestionarme lo que había hecho, pensando en la reacción de ella al saber que me fui sin despedirme, sin decirle lo mucho que la amaba, eso me preocupaba más que la sangre salpicada en mi rostro, en mi cuerpo.

Los siguientes meses fueron tortura, no salía a ningún lado, no hablaba con nadie, lo único que hacía era continuar un camino sin salida, ocultándome en los pueblos donde sabía que no podrían encontrarme.

Por fortuna logré sobrevivir, y la esperanza de reencontrarme con ella crecía día a día. No fue hasta al año de estar huyendo que mis ánimos fueron bajando, ¿cómo pretendía regresar a su lado sabiendo la piedra que cargaba en mi espalda? Entonces desistí, no regresé, no la busqué, simplemente fui en la vida como un desconocido, sin familia, sin ningún amor u temor.

A la larga comprendí que la única manera de conseguir lo que deseas es teniendo dinero y poder, así que tomé el camino que mucho me perjudicó. Para el año y medio ya contaba con una gran cadena de mercancía, ya me encontraba distribuyéndola por el país, claro, tenía sus riesgos, pero poco a poco fui haciéndome de amistades, de personas que estaban dispuestas a protegerme, pero sobre todo, a comprar las drogas que producía en mi rancho.

Fue en esa época que volví a Argentina para reencontrarme con mi hermano, y no necesité nada más para sentirme completo. Convivimos, reímos, lloramos, Adrián supo cómo hacerme sentir en casa y ni se diga de mi sobrino. Juntos conocimos países extraordinarios, acompañamos a Gustavo en sus conciertos y tuve el gran privilegio de sumergirme en un mundo de paz, de armonía por dos años enteros.

Pero un octubre a media noche mi vida cambió, yo iba de regreso a casa con la cena que Tavo me había encargado, aparté la vista unos segundos de la carretera para responder una llamada y, cuando levanté la mirada, un tráiler cargado impactó la trompa de mi auto, haciéndome salir por la ventana, desgarrando mi piel en el proceso con el vidrio roto.

El dolor que sentí jamás se compararía con las cicatrices internas que ya poseía, sin embargo, no resistí y perdí conciencia en cuanto mi cuerpo impactó el suelo.

—Omar, ¿puedo pasar? —pregunta Adrián en un susurro, desconcertándome por completo. Camino a la puerta algo despacio, al parecer me quedé dormido en la silla cerca de la ventana sumido en mis pensamientos como ya es costumbre. Dejo salir un bostezo.

—Adelante —digo regresando a la silla para abrir la ventana que está detrás. Si no me equivoco ha de ser medio día, lo que quiere decir que voy tarde al hospital para recoger los

medicamentos que me suministraron días atrás. Últimamente el dolor en mi pie izquierdo ha incrementado a tal punto de robarme el sueño, de seguro los tejidos y huesos siguen débiles y si no mejoran en las próximas semanas, tendré que hacerme la idea de perderlo para siempre.

—Sólo quería ver si estabas bien, es que vi los vidrios de la cocina rotos.

—Me caí cuando fui por un vaso de agua, nada importante, Ián —miento posando mis ojos en los suyos.

Adrián suelta un enorme suspiro y después camina a mi dirección, su mano descansa en mi hombro.

—Pensé que tus puntadas se habían abierto —su tono es cálido, preocupado, justo como mamá me decía cuando me lastimaba por andar en donde no debía—. Bien, tengo que irme porque quedé en llevar a... mi novia al parque —esto último lo dice dudoso, y sé exactamente por qué.

—¿En qué quedamos, hermano? Bien sabes que no me voy a enojar por verte salir con la que una vez fue mi pareja, yo me fui por muchos años y ahora ella te quiere a ti, así que quita esa expresión que no estás haciendo nada malo —sonrío palmeando su mejilla, los ojos de mi hermano me observan con un brillo peculiar, y solamente necesito verlos para saber lo mucho que la ama—. Por favor nunca la abandones, cuídala mucho y jamás permitas que la dañen.

Enterrar un sentimiento nunca es sencillo, pero si eso implica la felicidad de mi sangre, la única persona que me queda con vida, lo haré. Él lo vale todo.

El resto de la tarde me la paso en el sótano, recogiendo algunos vídeos para quemarlos, la verdad no deseo recordar nada de mi pasado, es doloroso ponerse a pensar lo mucho que perdí, lo joven que tuve que madurar por culpa de una persona que nunca quiso tener hijos, un humano que amaba el dinero con devoción.

Con una mano tomo la caja de papel y me dirijo al patio trasero, ahí agarro el bote de gasolina y se lo vierto todo encima, sin ningún sentimiento encontrado.

Saco una cajita de cerillos de mi bolso trasero y lo enciendo, la llama roja iluminando mi existencia como nunca pensé. Aquí quedará enterrado nuestro pasado, y aquí mismo comenzará una nueva vida, una oportunidad para vivir, para sonreír.

Ya no estoy dispuesto a sentir dolor, a que mi hermano lo sienta, no quiero verlo llorar por pérdidas de personas que ama, suficiente tuvo con Felicia, con Gustavo, y si mi chaparrita es su gran felicidad, tendrá mi completo apoyo así tenga que tragarme los malditos celos que me carcomen.

Ya no quiero más tristezas.



## Veintidos



## Evelynn

Debilidad, ansiedad, felicidad, eso experimento cada que me encuentro al lado de Adrián sintiendo sus manos enredarse en mi cabello castaño, o acariciando a mi preciosa Vicenta que nunca parece descansar. Su presencia en mi vida fue como una estrella fugaz repentina, una estrella que no pretendía dejar entrar a mi alma, sin embargo, entró, aguardó y ahí permaneció incluso cuando le dejé muy claro que no necesitaba más drama en mi vida. Y solo por eso le estoy agradecida, porque él me regresó la esperanza, esa pequeñísima molécula de felicidad que creí extraviada cuando las personas más importantes para mí me abandonaron como si no significara nada.

Antes, cuando era una niña inocente e indefensa, pensaba que después de sentir un inmenso dolor en el pecho jamás podría recuperarme o sonreír, pero ahora que soy adulta, que he vivido, conseguido y sentido tanto a lo largo de estos años, con la cara en alto puedo decirle a esa niña temerosa que no importa el sufrimiento, pues a la larga podremos encontrar una manera de cubrir ese hueco oscuro, esos sentimientos que carcomen el alma pedacito por pedacito, pero lo mejor, que al final de ese túnel infinito hay una luz esperando para envolvernos, para seducirnos, y hacer que los demonios malvados, esos que no nos permitían cerrar los ojos, desaparezcan.

—Tatuajes de tus besos llevo en todo mi cuerpo... —canta Ián con su voz cálida, sensual, haciéndome caer en lo más profundo del mar.

Llevamos un mes de ser oficialmente novios y estos treinta días a su lado han sido los mejores, claro, contando los anteriores a éste. Siento que en cualquier momento puedo desfallecer.

La primera semana de ser oficiales me llevó a un rancho lleno de flores donde me preguntó si estaba dispuesta a compartir una vida a su lado, ese día no pude creer lo que mis oídos escuchaban. Sí bien no fue una proposición de matrimonio con anillo y todo, fue la mejor velada que pude haber tenido, una donde nuestros cuerpos se unieron al son de la música. Además, la comida que preparó para nosotros fue deliciosa, exquisita.

A la tercera semana fuimos con los niños a un parque acuático pues insistían en querer ver un pescadito similar a Dory o a Nemo, esos niños y sus caricaturas que no me dejan dormir. Pero no miento, yo también me llevé una gran sorpresa cuando las personas de ahí nos mostraron a los pequeños animalitos nadando en el agua, fue... mágico.

Y ahora que me pongo a pensar, realmente no me veo en otro lugar que no sean los brazos de Adrián, esos largos y fornidos brazos que se convirtieron en mi refugio, en mi guarida especial donde sólo yo tengo acceso.

Él ha sabido comprenderme, apoyarme, pero sobre todo, ha logrado mantener la sonrisa sobre mis labios, en los de mis hijos. Por eso lo adoro tanto.

—Tatuados sobre el tiempo, el tiempo que te conocí... —murmuro la canción, perdiendo mis ojos en esas perlas mielosas que ya me sé de memoria. Él sonríe, dejando relucir aquellos perfectos dientes que muchas veces han mordido mis labios y mi piel con suavidad.

—Te amo, Lynn, ¿lo sabes, verdad? —asiento, jalando su camisa un poco para alcanzar su boca.

Estamos en su habitación, disfrutando de la bella melodía reproducirse, observando los rayos solares filtrarse por la puerta del balcón. A lo lejos se pueden escuchar las risas de mis hijos y la voz de Stephen, de seguro están jugando a las escondidas o algo por el estilo, esos niños parecen nunca cansarse, pueden estar corriendo por horas y siempre tienen la misma sonrisa dibujada en sus caritas, no cabe duda que cuando uno es niño los problemas ajenos resbalan como agua, y es preferible así, yo quiero que cuando ya no esté presente en éste mundo mis hijos, Fernando y Theodoro, me recuerden como la mujer que ahora soy, feliz, alegre, enamorada de la vida, pero sobre todo, que cuando tengan a su hermanita entre brazos puedan narrarle lo valiente que fue su madre, lo mucho que luchó por mantenerla viva.

Doy un pequeño brinquito y pronto mis labios se encuentran sobre los suyos, besando y succionando a mí antojo. El pulso de mi pecho comienza acelerarse, últimamente me es difícil mantenerme estabilizada, pues por cualquier cosita me prendo, más si Adrián está involucrado.

Las manos de mi novio se cuelan por mi vientre, después asciende a mis senos, allí frota a su antojo, haciéndome tragar los gemidos tortuosos puesto que sus labios se posesionaron de mí completamente, como siempre.

Deseo con todas mis fuerzas desnudarlo, hacerlo mío, sentir su masculinidad llenándome como sólo él sabe hacerlo, sin embargo, un ruido similar a un disparo nos hace mordernos la lengua y correr lo más rápido posible a la sala de estar.

Por mi mente pasan demasiadas escenas horribles, mis hijos muertos, sangre por todos lados, gritos y camionetas entrando a la fuerza adentro. Acuno mi vientre con ambas manos para acelerar mi paso, Adrián se ha adelantado dejándome atrás echa una bola de preocupación. Cuando logro llegar a la sala, lo que mis ojos ven me hacen tranquilizarme y soltar un maldito suspiro amortiguado.

Muchas gracias señor...

—Lamento mucho haberlos asustado, pero estaba matando una serpiente que encontré en el patio —explica un hombre alto, de espalda ancha y piel clara. En su mano izquierda sostiene una escopeta con cierto profesionalismo que me confunde.

Muchas veces vi a papá con ese tipo de armas allá en nuestra antigua casa, solamente las usaba para divertirse o para matar a algún lagartijo o como este hombre dijo, serpientes. Jamás pensé volver a ver una tan cerca.

—Guau, ¿en serio? ¿Me puedes enseñar a usarla? —pregunta Theo, emocionado, tocando con su manita esa arma inofensiva. Stephen se cruza de brazos.

—Hijo, esas cosas no son un juego.

—Pero papi, solo quiero usarla de perdido una vez —suplica, acercándose al supuesto Stephen serio.

Ahogo una carcajada, pero en parte tiene razón, esos juguetes no son algo que debe tomarse a

la ligera. Qué tal si le llega una posta a su hermano o alguna otra persona, entonces sí estaría en problemas, esas condenadas bolitas de metal duelen como si estuvieran sacándote algún órgano sin anestesia.

—Ya escuchaste a tu padre, Theo —inquiero caminando a su dirección. Aquel hombre, del cual no sé el nombre, me sigue con su mirada oscura, tan oscura como un abismo y no puedo evitar sentirme nerviosa, intimidada—. Mejor ve a jugar con Nando al patio, anda —le doy una palmadita en su espalda. Pronto ambos niños salen corriendo por la puerta trasera y Stephen detrás de ellos.

Me quedo a solas con el desconocido.

—Vaya, incluso a mí me diste miedo —suelta burlón, dejando en el sillón ese aparato del demonio. Mis ojos siguen sus movimientos y mis orejas canalizan su voz profunda—. ¿Los dos son tuyos?

—Sí —me limito a responder. Hay algo en él que me altera, y no necesariamente es malévolo, es otra cosa, pero no sabría cómo explicarlo, solo sé que esa voz la he escuchado en otra parte, en otros tiempos, más no recuerdo en donde—. ¿Y tú quién eres?

El hombre deja escapar una risita ronca, sensual, lo que hace a mi yo interior preguntarme su relación con Adrián. Tienes rasgos similares.

—Soy primo de Ián, desde que me enteré que su hermano había sido desconectado vine directo a su casa, supuse que necesitaría apoyo.

Lo que dice no tiene sentido, sé perfectamente que los hermanos Guerrero no tienen más familiares ni en México ni en Argentina, al menos eso aclaró Dante en los videos que grabó años atrás. Aquí hay algo más, pero no preguntaré pues a veces es mejor callar para no recibir respuestas que probablemente nos lastimen.

Además, recordar el día que desconectaron al padre de mi hijo no es para nada agradable, menos sabiendo que fui yo quien presionó ese botón al frente del hombre que robó mi corazón sin esperarlo.

Recuerdo a la perfección el sonido de ese aparato disminuyendo, aturdiendo mis orejas, haciéndome comprender que pronto un maravilloso hombre al cual amé como loca vería las puertas del cielo, pero sobre todo, recuerdo el rostro de Adrián, jamás había visto algo tan desgarrador.

Debió dolerle perder a su hermano mayor, ese ser divino que hizo lo imposible por salvarlo, por intentar recuperar la libertad que tanto le prometió.

—Pues bienvenido primo de Adrián, yo son Evelyn Martínez —extiendo mi mano para saludarlo, tragándome el nudo que de pronto apareció en mi garganta. Pensar en aquella fecha solamente sirve para alterar mis terminaciones nerviosas.

—Mucho gusto Evelyn, yo soy Dan... —tose, sus ojos abriéndose como platos. —Soy Danilo —sonríe, es obvio que está nervioso.

Preguntaría por qué pero estoy demasiado fatigada para meterme en terrenos ajenos, así que mejor me despido y regreso a la habitación, llevándome algún plato de golosinas y frutas de la cocina.

El día del parto se acerca más y cada vez me encuentro ansiosa, nerviosa, aterrada. Hablé con Adrián, una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en estos últimos días.

Le conté mis planes, los riesgos de este acto, al final no pude guardármelo para mi sola pues él merecía saber que pronto estaría cuidándolo desde otro lugar.

En un principio se negó, no daba crédito a lo que mi boca expulsaba, pero como era de esperarse, comprendió, me brindó todo su apoyo y ahora puedo estar tranquila.

Claro, eso no impidió que mi novio gritara a los cuatro vientos semejante cosa, pero eso solamente sirvió para darme cuenta que tomé la decisión correcta desde un inicio. Él me ama como yo a él, ¿qué más puedo pedir?

Hoy es sábado, el cumpleaños número seis de Theo. Estoy en la cocina, inflando algunos globos con ayuda de Adrián y Stephen. Insistieron tanto en hacerle una fiesta a mi pequeño que no pude negarme, mi chiquito merecía ser feliz y que mejor que celebrar el día de su nacimiento al lado de las personas que lo adoramos.

—¿A qué horas nos van a entregar el pastel? —pregunta Adrián llevándose un globo a la boca para inflarlo.

—A medio día —le responde Steph, cortando pedazos de cinta adhesiva para pegar los globos. Los observo por algunos minutos.

Es increíble como estos dos se llevan bien, incluso podría decirse que se han convertido en los mejores amigos y la verdad eso me quita un enorme peso de encima.

—Los adoro —me encuentro diciendo mientras que con mi mano izquierda froto mi vientre. Ambos me encuentran con sus ojos brillosos. Ladeo la cabeza, sonriendo—. Soy una afortunada por tenerlos a mi lado, en serio.

—Si supieras que los afortunados somos nosotros, solecito, sin ti la vida no tendría sentido —dice Adrián mientras me regala una de esas bellas sonrisas que adoro.

—Mejor dicho, nuestra existencia sería una mierda difícil de limpiar —finaliza Steph con una carcajada.

Gotitas de aguas bajan por mis mejillas. Estoy feliz, contenta, muy emocionada. Bien dicen que cuando la vida quita, da, y es justamente lo que sucedió conmigo.

Yo perdí mucho a lo largo de mis veintinueve años, pero también gané demasiado, y eso es algo que siempre agradeceré.

—Vengan aquí par de tontos —murmuro en llanto, abriendo mis brazos para que ambos hombres se acerquen a mí. Ellos no dudan ningún momento en acercarse y pronto nos encontramos compartiendo el abrazo más tierno y cálido que pueda existir.

La pequeña Vicenta suelta unas pataditas.

—Alguien quiere unirse —inquire Adrián, colocando su mano sobre mi pequeña. Stephen derrama algunas lágrimas. Poco después, el hombre que no creí llegaría temprano a ayudarnos, entra por la puerta luciendo decaído.

—¡Rick! Me alegra mucho que llegaras temprano —chillo caminando a una velocidad apresurada para encontrarlo. Sus brazos me reciben sin dudar.

Ahora sí puedo morir en paz. Literal.

Desde aquella tarde en el hospital donde el perdón reinó entre ambos, las cosas en la casa no pudieron ir mejor. Erick dejó su actitud fría e inhumana a un lado, regresando a ser el hombrecito que crié cuando era adolescente, ese niño risueño y parlanchino. Sus calificaciones en la universidad subieron, y ahora se le ve más feliz, no sé si es por el hecho de tener a Steph a su lado como pareja o el simple hecho de haber enjaulado los malos recuerdos. Lo cierto es que me siento orgullosa de lo que ahora es, un casi policía, listo para salir al mundo y defender a las personas de los narcos, esos demonios que solo joden las vidas de inocentes.

En una ocasión me dijo que quería irse al ejército mexicano, pero que no estaba dispuesto a dejarme en mi estado, así que optó por elegir una carrera algo similar.

—Saqué un siete en matemáticas —dice decaído, estampando su espalda en la pared. Stephen suelta una carcajada y Erick lo fulmina con la mirada—. ¡Esto no es gracioso, Steph! Así nunca lograré servir a mi país.

—Tranquilo, enano, yo te ayudaré a estudiar, no por nada gané varias medallas en olimpiadas de matemáticas cuando era joven —el tono de voz que usa mi amigo con mi hermano calienta mi corazón. No cabe duda que el amor transforma a las personas.

—Eso espero, porque la ves pasada dijiste lo mismo y me cambiaste por una de tus cirugías —murmura ofendido, girando su rostro a la izquierda.

Adrián y yo intercambiamos miradas y decidimos que lo mejor es continuar inflando globos, pero la acción repentina del castaño nos hace quedarnos estáticos al suelo. Siento mis mejillas arder cuando veo a Stephen besar a mi hermano con una sensualidad inmensa.

Erick lo empuja a un lado.

—¡Idiota! —grita avergonzado, saliendo corriendo de la cocina.

Todos estallamos en risas.

La tarde transcurre con normalidad, algunos colegas del trabajo vienen a la casa, y también los compañeros de mis hijos. Theo está más que emocionado, todo el rato se la pasa sonriendo, corriendo de un lugar a otro, eso me deja pensando, sobre todo suspirando. ¿Cómo ira a ser mi niño en algunos años? ¿Logrará algún día formar la familia que dice querer? ¿Tendrá novia? ¿Llegará a casarse? ¿Y mi Vicenta? ¿Fernando? ¿Qué será de ellos?

Todas estas preguntas bombardean mi mente como no imaginé, y para no romper en llanto, salgo apresurada al patio trasero para respirar.

Estando una vez afuera, una sombra a mi lado izquierdo me hace sobresaltarme, pero al ver de quién se trata, mi corazón se estabiliza.

—¿Así que éste es el adiós? —pregunta Adrián, metiendo sus manos a los bolsillos y perdiendo su vista a la nada. Hago una mueca.

—Es un, “hasta pronto” —contesto acercándome a él, reposando mi cabeza en su hombro.

El hombre de ojos color miel se tensa ante mi acción y sé, con demasiada certeza, que este golpe no le será fácil, ni a él, ni a nadie. Sin embargo ya no puedo hacer nada al respecto. La decisión está hecha y no habrá poder humano que me haga cambiar de opinión.

—¿Por qué a mí, eh? ¿Qué demonios le hice a la vida para que me quitara todo lo que amo? ¿Acaso es mi karma por haber afrontado a mi padre cuando quiso quitarme a mi hijo? ¿Fue eso? —las preguntas comienzan a salir de su boca con tanto dolor que suprimir las lágrimas por más tiempo es imposible.

—Bien dicen que el golpe final no lo da uno, sino la vida, solo ella sabe que merecemos, que necesitamos y, aunque a veces pensemos que todo es injusto, debemos saber que absolutamente todo tiene una razón, Ián.

—Tú eres mi razón, Lynn, y perderte... —me encara, lloroso, su mano enlazando la mía con fuerza—, perderte será un dolor del cual nunca me curaré. Yo no quiero perderte, solecito, me niego a pensar que tan solo en un mes más ya no estarás a mi lado, que ya no podré besarte ni hacerte el amor o escuchar tu risa por la casa. Te amo, Evelyn Martínez, te amo con toda mi alma y si pudiera cambiar mi vida por la tuya, lo haría, mi amor, lo haría porque nadie más que tú merece quedarse al lado de sus seres queridos.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, el primer silencio que me deja pensando, analizando la situación. Qué más quisiera quedarme pero no puedo, todo está decidido. El tiempo que pasamos llorando en el patio trasero es infinito, a lo lejos se escucha la música que Jenn escogió para amenizar la fiesta.

Hay tantas cosas que deseo decirle, pero mejor espero a que ambos nos calmemos. Cuando

los sollozos se detienen, y el viento comienza a soplar a una velocidad impresionante, giro mi cuerpo entero para quedar frente al dueño del cabello más rizado y precioso que he visto.

Hasta ahorita me doy cuenta lo alto que es, mis labios apenas llegan a topar con su clavícula y eso me hace viajar al pasado, pero más que nada recordar lo que siempre decía Dante, que yo era chaparrita.

Pero no es momento de pensar en eso, tengo que aprender a enjaular cada memoria que una vez me hizo sonreír, en estos tiempos lo único que debo hacer es enfocarme en mi presente, Adrián es mi presente y claramente será mi futuro a corto plazo.

Respiro profundo, como si nunca hubiera sentido el oxígeno llenar mis pulmones en mucho tiempo y, poniéndome de puntitas para alcanzar su altura, beso con delicadeza su lóbulo enrojecido, así mismo, le murmuro las palabras que mi corazón exigen, aquellas que sé, alegraran el cielo.

—¿Q-qué? —titubea, sus ojos abriéndose demasiado, sus mejillas tiñéndose de un rojo escarlata que antes no había visto en su rostro. Muerdo mi labio, luce tan vulnerable y guapo que besarlo es lo único que deseo hacer. Pero me freno.

—Señor Guerrero —aprieto su mano, enfocando mis ojos en los suyos —tal vez lo tome por sorpresa, pero usted sabe que esto —apunto a mi pecho—, le pertenece desde hace mucho tiempo. Este canijo amor que amenaza con sacar mi corazón a la primera mirada, a la primera palabra es el responsable de mis actos con usted.

—¿Qué intentas decir?

—Adrián... ¿aceptas casarte conmigo?

Aceptó.

La boda se llevó a cabo dos semanas después, no fue nada exagerado, solo nuestra familia asistió pues no deseaba crear tanto alboroto con personas que no conozco. Nos casamos en el patio de su cabaña, y un día antes mi prometido me llevó a la capilla de la ciudad, donde frente a la Virgen de Guadalupe prometió amarme y apoyarme hasta el último momento.

La emoción que sentí en mi pecho cuando Stephen me encaminó por el camino de rosas blancas fue inolvidable, ya para ese entonces mi cuerpo se cansaba más de la cuenta, pero aun así me mantuve firme hasta llegar al final de ese trayecto.

Adrián me recibió sonriente, en sus ojos podía ver esa chispa de emoción que seguramente yo tenía, y, frente a nuestros amigos, a mis hijos, a mi hermano, y rodeados de puras rosas blancas dijimos *si acepto* sin dudar.

Al final de la fiesta mis pies ya no respondieron, el peso de la bebé era mucho para mi cuerpo debilitado, así que aguardé sentada en una silla de ruedas, no sólo ese día, sino también lo que restó del embarazo.

Él estuvo cada hora a mi lado, ateniéndome, comportándose como el caballero que siempre fue. Me ayudó a comer, a bañar, incluso leía cualquier libro que le pedía. Jamás podría agradecer lo que hizo por mí durante ese tiempo, lo cierto fue que nunca me miró con lástima. Siempre con cariño y amor, algo que le estaría agradecida incluso después de la muerte.

El día del parto llegó junto con una marea de dolores que nunca creí sentir. Llegamos al hospital muy temprano, y lo primero que hicieron fue someterme a algún quirófano pues no podían esperar más. Stephen y Adrián lucían preocupados, devastados, todo el momento sostuvieron mis manos, intentando aliviar mi dolor.

—Vamos, doctora, usted puede, puje una vez más —gritó Méndez, y junto con él grité lo más fuerte que pude.

Para esos momentos mis fuerzas estaban en cero, quise rendirme, pero no lo hice, seguí

adelante, así hasta escuchar el llanto de mi preciosa Vicenta. Tuve las fuerzas suficientes para sostenerla en mis brazos, para besar su cabecita. Mi pequeña parecía una enorme bolita rosa, y los rasgos de Stephen podían verse a kilómetros.

Ese fue el momento más hermoso de mi existencia.

—Hola, mi amor, soy tu mami —susurré en su cabecita, ignorando el hecho de que mi pulso estaba cayendo en cada segundo, de que los doctores me miraban como si estuvieran viendo a un fantasma—. No sabes las ganas que tenía de conocerte... Mira, ellos son tus papis...

Poco a poco mis ojos fueron cerrándose y lo último que percibí fue como los hombres más importantes en mi vida suplicaban ayuda con demasiada agonía, una enfermera me quitó a mi hija de los brazos, de seguro por miedo a que cayera al suelo, pero sabía, en el fondo sabía que la decisión que tomé no fue en ningún pecado.

Mi misión fue cumplida.

# Fin